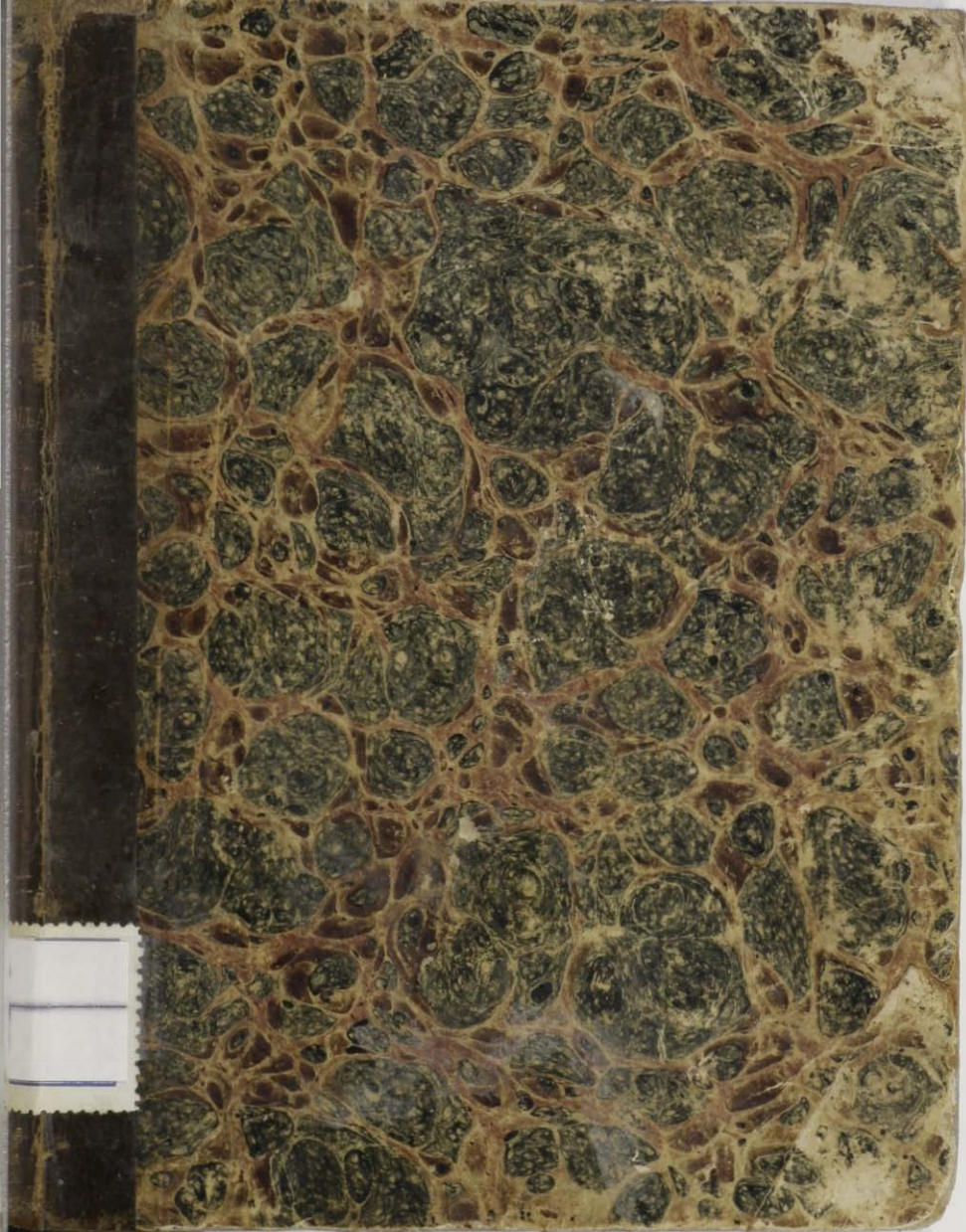






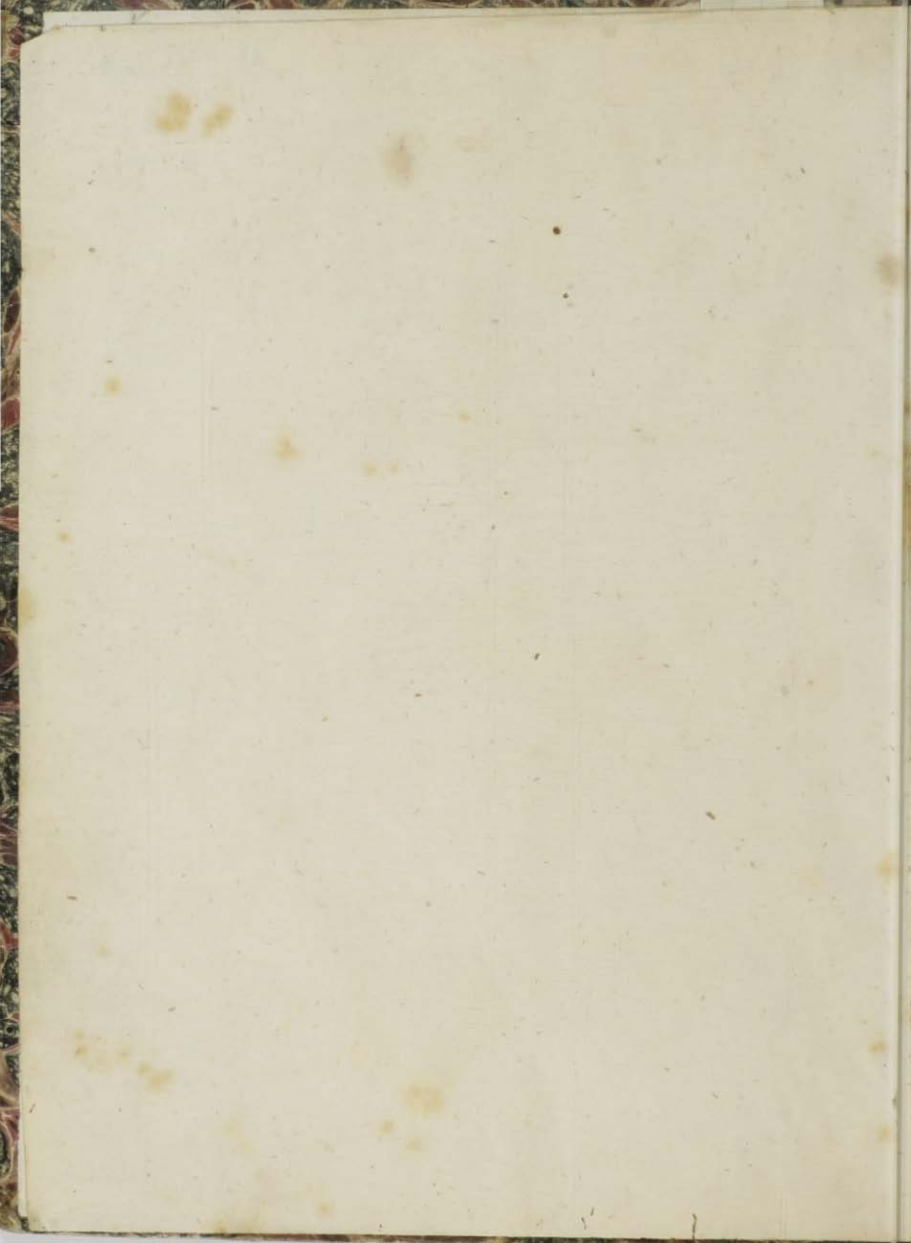
Handwritten text, possibly a name or title, in cursive script.

Handwritten text, possibly a name or title, in cursive script.

Handwritten text, possibly a name or title, in cursive script.

M. 14467

7/11



R/279

LA MUGER DEL COLLAR DE TERCIOPELO,

POR

ALEJANDRO DUMAS, PADRE.

TRADUCCION DE

GONZALO BRAÑAS. *(Gallego)*

EDICION DE LA ILUSTRACION.



SORTIÑA.

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE PUGA:

1861.

R. 14450

LA MUJER
DEL COLLAR DE TERCIOPELO.

POE

ALEJANDRO DUMAS, PADRE.

TRADUCCIÓN DE

GONZALO BRUJAS.

EDICIÓN DE LA ILUSTRACIÓN



GONZALO BRUJAS.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE PUGA.

1861

como el purísimo color del cielo que reflejaba, estaba agitado en ciertos parajes por los aleros de una tropa de cisnes, mientras que sobre uno de los pilotes clavados de trecho en trecho para indicar los paises, lamóvil y semejante á una de esas aves esculturadas en los sepulcros, veíase á un comensal (1). El cual, de pronto, se dejó caer como una piedra y se sumergió para atajar su presa, tornando luego á la superficie con un pez atravesado en el pico; tras esto devoraba su presa, se encaramaba á su estaca, y se ponía en zancos, tan taciturno é inmóvil como antes, hasta que un nuevo pez, pasando á corta distancia, estimulaba su espíritu, lo hacía ascender la potencia y desahogarse nuevamente para reaparecer otra vez.

Y, en tanto que esto pasaba, llenaba de cinco en cinco minutos el aire una hilera de timoneros cuyas alas de pluma, ta, hestacándose sobre el blanco mate del plumage, tornaban á manera de un dibujo cuadrado, y semejábanse á una baraja compuesta hácticamente azas de otros (2), lanzada al espacio en una sola línea.

En el horizonte arguina Túnez, es decir, un hachamiento de casas cuadradas sin ventanas, que ascendían en forma de antitétro, blancas como la nieve y resaltando en

El Arsenal.
El cuatro de diciembre de 1846, hallándose anclado mi buque desde la víspera en la bahía de Túnez, desperté hacia las cinco de la mañana bajo una de esas impresiones de profunda melancolía que, durante un día entero, humedecen nuestros ojos y agitan nuestro pecho.

Aquella impresion provenía de un sueño.

Salté de mi lecho abajo, vestí un pantalon abotinado, y subí al puente, desde el cual miré en frente y en derredor de mí.

Esperaba que el maravilloso paisaje que se mostraba ante mi vista distrajesa mi preocupada imaginacion, tanto mas obstinada, cuanto que, para estarlo, tenia una causa menos real.

Delante de mí, á un tiro de fusil, contemplaba el muéllé que se estendia desde el fuerte de la Goleta hasta el del Arsenal, dejando un angosto paso á las embarcaciones que quieren penetrar en el lago desde el golfo. Aquel lago, de aguas tan azules

como el purísimo color del cielo que reflejaba, estaba agitado, en ciertos parages, por los aleteos de una tropa de cisnes, mientras que sobre uno de los pilotes clavados de trecho en trecho para indicar los bagíos, inmóvil y semejante á una de esas aves esculpidas en los sepulcros, veíase á un cormoran (1), el cual, de pronto, se dejaba caer como una piedra y se sumergía para atrapar su presa, tornando luego á la superficie con un pez atravesado en el pico; tras esto devoraba su presa, se encaramaba á su estaca, y se ponía en acecho, tan taciturno é inmóvil como antes, hasta que un nuevo pez, pasando á corta distancia, estimulaba su apetito, le hacia sacudir la pereza y desaparecer nuevamente para reaparecer otra vez.

Y, en tanto que esto pasaba, hendía de cinco en cinco minutos el aire una hilera de flamencos cuyas alas de púrpura, destacándose sobre el blanco mate del plumage, formaban á manera de un dibujo cuadrado, y semejábanse á una baraja compuesta únicamente de ases de oros (2), lanzada al espacio en una sola línea.

En el horizonte erguía Túnex, es decir, un hacinamiento de casas cuadradas, sin ventanas, sin aberturas, que ascendían en forma de anfiteatro, blancas como la greda y resaltando sobre el azul del cielo con una sorprendente limpieza de contornos. A la izquierda se elevaban, como una inmensa muralla almenada, las montañas de Plomo, cuyo nombre denota su tinte sombrío; á la falda de ellas serpeaban el marabut y aldea de los Sidi-Fathallah. A la derecha era dado distinguir la tumba de San Luis y el sitio donde estuvo edificada Cartago, dos recuerdos de los mas grandes que hay en la historia del mundo. Por último, detrás de nosotros balanceábase al áncora la *Montezuma*, magnífica fragata de vapor, de fuerza de cuatrocientos cincuenta caballos.

Ciertamente habia allí cosas capaces de distraer la imaginación mas preocupada; á la vista de tantas riquezas naturales é

(1) Cuervo acuático.—N. del T.

(2) Téngase en cuenta que la baraja francesa es distinta de la española.—N. del T.

históricas, cualquiera hubiera olvidado el ayer, el hoy y el mañana. Pero mi espíritu habia retrocedido diez años, fijándose obstinadamente en un solo pensamiento, clavado por un sueño en mi cerebro.

Tornóse fija mi pupila, y el espléndido panorama que ante mí se desarrollaba borrose poco á poco en la vaguedad de mi mirada, no viendo muy pronto nada de cuanto existia. La realidad desapareció; despues, en medio de ese nebuloso vacío, como al contacto de la varita de una hada, se dibujó un salón artesonado de blanco, en uno de cuyos ángulos, sentada delante de un piano sobre el cual erraban sus dedos distraidamente, estaba una muger inspirada y pensativa á la vez; una musa y una santa. Reconocí al punto á aquella muger, y murmuré como si hubiese podido oirme:

—Yo os saludo, Maria, llena de gracias; mi espíritu está con vos.

Luego, no pudiendo resistir mas á aquel ángel de blancas alas, que me trasportaba á los días de mi juventud, y que, á modo de vision encantadora, me mostraba aquella casta figura de doncella, de muger y de madre, dejéme llevar por la corriente de ese rio denominado memoria; el cual se remonta hácia lo pasado en lugar de descender hácia lo porvenir.

Entonces me asaltó y dominó ese sentimiento tan egoísta, y al propio tiempo tan natural del hombre, que le incita á no encarcelar su pensamiento dentro de sí mismo, doblando con el trato la estension de sus sensaciones, y vertiendo en fin en otra alma el alicor dulce ó amargo que rebosa en la suya.

Tomé una pluma y escribí:

«A bordo del *Veloz*, á la vista de Cartago y Túnez 4, de diciembre de 1846.

«Señora,

«Al abrir una carta fechada en Cartago y Túnez, os preguntareis quien puede escribiros desde semejantes parages, y es-

perareis recibir un autógrafo de Régulus ó de Luis IX. ¡Ay! señora, el que desde tan lejos pone á vuestros pies su humilde recuerdo no es un héroe, ni un santo; y si, por acaso, se semeja en algo al obispo de Hipona, cuya tumba ha tres días visitaba, no es mas que en la primera parte de la vida de este grande hombre donde pudiera encontrarse algun parecido. Verdad es que, como él, puede rescatar esta primera parte de la vida, dando por precio la segunda. Pero ya es tarde para hacer penitencia, y, segun las mayores probabilidades morirá de igual manera que ha vivido, no atreviéndose siquiera á dejar sus confesiones póstumas, las cuales en rigor pueden ser contadas, mas ni por pienso leídas.

«Habeis apelado á la firma, ¿no es cierto, señora? y por tanto sabeis muy bien quien os escribe; de suerte que ahora me preguntareis cómo entre este magnífico lago, que es el enterramiento de una ciudad, y el pobre monumento que sirve de sepulcro á un rey, el autor de los *Mosqueteros* y de *Monte-Cristo* ha soñado en escribiros, justamente cuando, en Paris, á vuestra puerta, permanece un año entero sin visitaros.

«Primeramente, señora, Paris es Paris; es decir, una especie de torbellino, donde uno pierde la memoria de todas las cosas en medio del ruido que causa el mundo corriendo y la tierra girando. En Paris, bien lo echais de ver, hago lo propio que el mundo y la tierra: corro y giro, sin contar que, cuando no giro ni corro, me pongo á escribir. Pero entonces, señora, el caso es distinto, pues cuando escribo no estoy tan alejado de vos como sospechais, porque vos sois una de esas raras personas para las cuales escribo, y es por demás extraordinario que no me diga cuando doy fin á un capítulo que me place, ó á un libro que me agrada:—Maria Nodier, ese espíritu singular y encantador, leerá estas páginas;—y acrece mi orgullo, señora, porque espero que después que hayais leído lo que acabo de escribir, quizás á vuestros ojos crezca yo en estima.

«Y tanto es así, que, tornando á mi pensamiento, la noche pasada he soñado, no me atrevo á decir con vos, pero acerca de vos, dando al olvido las olas que balanceaban al gigantesco

—22—

barco de vapor que el gobierno me presta, y á bordo del cual doy hospitalidad á uno de vuestros amigos y á uno de vuestros admiradores, á Boulanger y á mi hijo, sin contar á Giraud, Maquet, Chancel y Desbarolles, que se colocan en el número de vuestros conocidos; tanto es así, iba diciendo, señora, que me he quedado dormido, sin soñar con nadie ni en nada, y como casi estoy en el país de las *Mil y una noches* me ha visitado un genio y me ha inspirado un sueño cuya reina erais vos. El sitio á donde me ha conducido, ó mas bien vuelto á trasportar, valia mas que un palacio y aun que un reino: era aquella buena y excelente casa del Arsenal en tiempos de su alegría y su felicidad, cuando nuestro queridísimo Carlos hacia los honores de ella con toda la franqueza de la hospitalidad antigua, y nuestra respetadísima María con toda la gracia de la hospitalidad moderna.

«¡Ah! creedme, señora; al trazar las anteriores líneas, no he podido menos de exhalar un hondo suspiro. Aquel tiempo ha sido un tiempo dichoso para mí. Vuestra espiritualidad se comunicaba á todas las personas, y alguna vez, oso decirlo, á mi mas que á ninguna otra. Ya veis que un sentimiento egoísta me aproxima á vos. Yo siempre hallaba medio de robar un átomo de vuestra adorable vivacidad, ni mas ni menos que el guijarro del poeta Saadi robaba una parte del perfume de la rosa.

«¿Recordais el traje de arquero de Pablo, los zapatos amarillos de Francisca Michel, y el disfraz de mi hijo, ataviado de descargador de bateles? ¿recordais aquél hueco donde estaba colocado el piano, y donde vos cantabais *Lazzara*, maravillosa melodía que me habeis prometido, y que, sea dicho sin reproche, jamás me habeis dado?

«Pues bien! puesto que estoy evocando vuestros recuerdos, vamos mas lejos todavia. ¿Os acordais de Fontaney y de Alfredo Johannot, de esas dos figuras veladas, siempre tristes en medio de nuestras risas, porque en los hombres condenados á morir en la flor de la edad hay no sé qué vago presentimiento de la tumba? ¿Os acordais de Taylor, sentado en un ángulo de

la estancia, inmóvil, mudo, soñando en qué nuevo viaje podría enriquecer á la Francia con un lienzo español, un bajo relieve griego, ó un obelisco egipcio? ¿Os acordais de Vigny, quien, por entonces, estaba distante quizás de creer á su transfiguración, y desdeñaba mezclarse aun en la muchedumbre de los hombres? ¿Os acordais de Lamartine, en pie delante de la chimenea, dejando rodar á nuestras plantas la armonía de sus bellísimos versos? ¿Os acordais de Hugo, mirándolo y escuchándolo como Eteocles debía escuchar y mirar á Polinice, solo entre nosotros con la sonrisa de la igualdad sobre los labios, en tanto que Mme. Hugo, recostada en el canapé, jugaba con sus hermosos cabellos y parecía fatigada con la parte de gloria que pesa sobre su frente?

•Y luego, mezclados entre estas personas, veíase allí á vuestra madre tan sencilla, tan buena, tan dulce; á vuestra tía Mme. de Tercy, tan ingeniosa y benévola; á Dauzats, tan novelesco, hablador y decidor; á Barye, tan aislado en medio, del bullicio, que de continuo su espíritu parece enviado por su cuerpo para rebuscar una de las siete maravillas del mundo; á Boulanger, hoy tan melancólico, mañana tan risueño, siempre tan gran pintor, gran poeta y leal amigo, así en su tristeza como en su alegría; por último, á aquella niña corriendo de aquí para allá, entre los grupos de poetas, pintores, músicos, peregrinos ingenios, agudas gentes y hombres de ciencia; aquella niña que yo tomaba en las manos, y que os ofrecía como una estatuita de Barre ó Pradier... ¡Oh! ¡Dios mío! de todo esto ¿qué ha sido, señora?

•El Ser Supremo ha lanzado su soplo sobre la clave de la bóveda, y el edificio mágico se hundió, huyendo cuantos lo poblaban, y quedando todo desierto en aquel mismo sitio donde todo vivía, sonreía y estaba floreciente.

•Fontaney y Alfredo Johannot han muerto, Taylor ha renunciado á los viajes, de Vigny se ha hecho invisible, Lamartine es diputado, Hugo par de Francia; y Boulanger, mi hijo y

yo nos encontramos en Cartago, desde cuyo punto arrojo ese hondo suspiro de que os acabo de hablar, el cual, apesar del viento que arrebató como una nube el moribundo humo de nuestro buque, nunca alcanzará tantos preciosos recuerdos que el tiempo, con sus alas sombrías, arrastra silenciosamente hacia la pardusca bruma de lo pasado.

«Oh primavera, juventud del año! ¡Oh juventud, primavera de la vida!

«He ahí, pues, el mundo de antes, que un sueño me ha devuelto anoche; sueño tan brillante, tan visible, pero al propio tiempo, ¡ay de mí! tan impalpable como esos átomos que danzan en medio de un rayo de sol, infiltrado en un cuarto oscuro por el resquejido de una contraventana entornada.

Y ahora, señora, ¿verdad que no os admirará esta carta? Sin cesar zozobraría el presente, sinó estuviese mantenido en equilibrio por el peso de la esperanza y el contrapeso de los recuerdos; y desgraciada ó felizmente, yo soy de aquellos en quienes los recuerdos pueden mas que las esperanzas.

«Pero hablemos de otra cosa, pues si se permite á uno estar triste es á condición de no contaminar á los demás con su tristeza. ¿Qué hace mi amigo Bonifacio? ¡Ah! ocho ó diez dias hará que he visitado una ciudad, la cual ya le habrá valido hartos quebraderos de cabeza cuando halle su nombre en el libro de ese pícaro usurero llamando Salustio (1). Esa ciudad es Constantina, la antigua Cyrta, maravilla fabricada en lo alto de un peñasal, sin duda por una raza de animales fantásticos, de alas de águila y manos de hombre, como los dos grandes viajeros Herodoto y Levaillant cuentan haber visto.

«En seguida hemos permanecido momentáneamente en Utica, y largamente en Byzerta, en cuya última ciudad ha hecho Giraud el retrato de un escribano, y Boulanger el de su oficial ma-

(1) *Crispus Sallustius*, célebre historiador romano, que nació en Amiterna (hoy Santo-Vittorino) y murió 55 años antes de J. C., después de haberse entregado durante su vida á toda clase de excesos, y de haber adquirido malamente inmensas riquezas en Numidia, de cuyo país le nombró gobernador Julio César.—N. del T.

yor. Os los envío, señora, á fin de que podais compararlos con los es cribanos y curiales de París. Dudo que estos se lleven la palma.

«En cuanto á mi, he caído al agua cazando flamencos y cisnes, accidente que, á haberme acaecido en el Sena, helado probablemente á estas horas, hubiera podido tener malas resultas; pero que, en el lago de Caton, hase reducido á hacerme tomar un baño, vestido y calzado como yo estaba, no sin gran admiración por parte de Alejandro, de Giraud y del gobernador de la ciudad, los cuales seguían nuestra barca con la vista desde lo alto de un terrado, y no acertaban á esplicarse un suceso que atribuían á un acto de mi capricho, cuando no era mas que la pérdida de mi centro de gravedad.

«He caído como los cormoranes de que al principio os hablé, señora; como ellos he desaparecido, y como ellos he tornado á la superficie del agua; solamente que, como ellos, no traía un pez en la boca.

«Cinco minutos después no pensaba mas en semejante accidente, y estaban tan seco como M. Valery, merced á las ardientes caricias del sol.

«¡Oh! yo quisiera, doquiera que esteis, señora, dirigiros un rayo de este sol deslumbrador, aunque no fuese mas que para hacer germinar en vuestra ventana una mata de myosotis

«Adios, señora: dispensadme que os haya escrito tan prolija carta; bien sabeis que es una cosa que no puedo remediar, y, lo propio que el niño que prometia no tornar á hacer papel de persona, os doy palabra de no caer en otra tentación; pero ¿porqué el conserje del cielo ha dejado abierta esa puerta de marfil por donde salen los dorados ensueños?

«Recibid, señora, el homenaje de mis mas respetuosos sentimientos.

«ALEJANDRO DUMAS.

«Dad en mi nombre un cordial apretón de manos á Julio.»

Ahora bien, ¿á qué viene esa carta íntima, preguntarán los

lectores? Es que, para referirles la historia de la mujer del collar de terciopelo, érame preciso abrir las puertas del Arsenal; es decir, de la morada de Cárlos Nodier.

Y puesto que ya están franqueadas de par en par por mano de su hija, y que, por consiguiente, abrigamos la seguridad de ser perfectamente acogidos, «quien bien me quiera que me siga.»

II

El Arsenal.—Continuacion.

A la estremidad de Paris, prolongándose á lo largo del muelle de los Celestinos, dando la trasera á la calle de Morland y dominando el rio, elévase un vasto edificio, de sombrío y triste aspecto, conocido por el nombre de *Arsenal*.

Una parte del terreno sobre el cual se asienta esta maciza fábrica llamábase, antes de la cava de los fosos de la ciudad, el Champ-au-Plâtre. Paris, cierto dia que se preparaba para la guerra, compró el campo é hizo construir parques para resguardar la artilleria. Hacia 1553, apercibióse Francisco I de que carecia de cañones, y tuvo la idea de mandar fundirlos. Se apropió, pues, uno de los parques de su buena ciudad, con promesa, empero, de devolverlo tan pronto como la fundicion estuviese terminada; mas, so protesto de acelerar los trabajos, se apropió un segundo, y en seguida un tercero, por supuesto con igual promesa de restitucion; luego, en virtud del proverbio que dice que lo que es bueno de tomar es malo de dejar, no devolvió los tres parques ocupados.

Veinte años después, incendiáronse unos doscientos quintales de pólvora que dentro había. La esplosion fué terrible: París tembló como tiembla Catania los días que Encélaides se remueve. Algunas piedras fueron lanzadas hasta el remate del arrabal de Saint-Marceau, y el fragor de aquel terrible trueno fué retumbando de eco en eco hasta Melun. Las casas de las inmediaciones oscilaron un instante, ni mas ni menos que si estuviesen heodas, y en seguida desplomáronse sobre si mismas. Los pescados perecieron en el río, muertos por aquella desusada conmocion; en fin, treinta personas, arrebatadas por el empuje del huracan de llamas, volvieron á caer hechas pedazos, y ciento cincuenta fueron heridas. ¿De qué provenia aquel siniestro? ¿Qué causa reconocia aquella desgracia? Siempre se ignoró, y, en consecuencia de tal ignorancia, se atribuyó á los protestantes. Carlos IX hizo reconstruir, con arreglo á mas estenso plano, los edificios destruidos. Carlos IX era todo un edificador: hacia esculpir el Louvre, y tallar la fuente de los Inocentes por Juan Goujon, que fué muerto, como todos saben, por una bala perdida. Hubiera dado felizmente cima á sus obras el rey-artista y el rey-poeta, si Dios, que tenia que arreglar con él ciertas cuentas pendientes desde el veinticuatro de agosto de 1572, no le hubiese llamado para sí.

Sus sucesores continuaron las construcciones comenzadas. Enrique IV (1) mandó esculpir, en 1584, la puerta que da frente al muelle de los Celestinos, adornándola con columnas en forma de cañones, y haciendo poner este distico de Nicolás Bourbon, que en tan alta estima tenia Santeuil, sobre el fronton de mármol que servia de coronamiento á las columnas:

*Etna hæc Henrico vulcania tela ministrat
Tela giganteos debellatura furores.*

(1) En el original se lee Enrique III; pero debe ser un verro de imprenta, por cuanto el Bearnès, como se dió en llamar á Enrique IV, fué el restaurador del Arsenal, y en obsequio del buen rey compuso el autor de la *Imprecacion contra el parricidio*, Bourbon, los dos versos latinos de que hace mérito Alejandro Dumas.—N. del T.

Lo cual significa en castellano:

«El Etna prepara aquí los dardos con que Enrique debe aniquilar el furor de los gigantes.»

Y, con efecto, después de haber aniquilado á los gigantes de la Liga, Enrique ordenaba plantar el jardín que se ve en los planos del tiempo de Luis XIII, mientras que Sully establecía allí su ministerio, y hacia pintar y dorar los hermosos salones que encierran en nuestros días la biblioteca del Arsenal.

En 1825, Carlos Nodier fué llamado á la dirección de esa biblioteca, y abandonó la calle de Choiseul, donde vivía, para habitar su nueva morada.

Nodier era un hombre estremadamente simpático, sin un vicio, pero con muchos defectos; defectos encantadores, á la verdad, que constituyen la originalidad del hombre de genio; así que, era pródigo, descuidado, amigo de vagar de una parte á otra.... ¡tan amigo de vagar como Figaro era perezoso! con delicia.

Nodier, salvo rarísimas escepciones, sabía cuanto es dado al hombre saber; además, Nodier tenía el privilegio del hombre de genio: cuando no sabía inventaba, y lo que inventaba era talmente ingenioso y probable, y estaba tan bien coloreado, que se confundía con la realidad.

Por otra parte, lleno de sistemas, paradógico entusiasta, pero no propagandista, para sí mismo era Nodier paradógico, y para él solo se forjaba sistemas; una vez adoptados sus sistemas y aceptadas sus paradojas, Nodier no tenía inconveniente en cambiar sus elucubraciones, reemplazándolas inmediatamente con otras.

Era, pues, el hombre de Terencio, á quien nada humano le es extraño: amaba por el placer de amar; amaba como el sol resplandece, como el agua murmuría, como la flor perfuma: todo lo que era bueno, bello y grande, érale simpático, buscando hasta en lo malo cuanto había de bueno, á semejanza del químico que del jugo de una planta ponzoñosa extrae un saludable medicamento.

¿Cuántas veces había amado Nodier? Ni él mismo sería capaz

de decirlo, porque, como gran poeta que era, siempre confundía la idealidad con la realidad. Tanto amor había acariciado Nodier en las creaciones de su imaginación, que había concluido por creer en su existencia. Para él, Teresa Aubert, la Hada de las Migajas é Inés de la Sierra, habían existido. Eran hijas suyas como María; eran hermanas de María. Solamente que Mme. Nodier no había tenido parte alguna en aquellas creaciones, pues Nodier, parodiando á Jupiter, había sacado á todas aquellas Minervas de su cerebro.

Y no eran únicamente criaturas humanas, no eran únicamente hijas de Eva é hijos de Adam lo que animaba con su soplo vivificador Nodier. Nodier había inventado un animal, y luego bautizado su invento. Tras esto, sin inquietarse de lo que Dios decir pudiese, habíalo dotado de vida eterna.

Este animal era el *taratantaleo*.

Mis lectores no conocen el taratantaleo, ¿no es verdad? Ni yo tampoco. Mas Carlos Nodier lo conocía como los dedos de sus manos, y contaba las costumbres, los hábitos y caprichos del taratantaleo. Hasta os hubiera referido sus amores si, desde el momento en que se apercibió de que el taratantaleo encerraba el principio de la vida eterna, no lo hubiese condenado al celibatismo, toda vez que la reproducción era inútil existiendo la resurrección.

¿Cómo había descubierto Nodier el taratantaleo?

Voy á decíroslo:

A la edad de dieciocho años, Nodier se ocupaba de entomología. Puede dividirse en seis fases diferentes la vida de Nodier:

Primeramente trató acerca de historia natural: la *Biblioteca entomológica*;

Seguidamente, de lingüística: el *Diccionario de las omanotopéyas*;

Luego, de política: la *Napoleónica*;

Luego, de filosofía religiosa: las *Meditaciones del cláustro*;

Luego, de poesía: *Ensayos de un joven bardo*;

Y por último, se dedicó á la novela: *Juan Sogor, Smarra*,

Trilby, El pintor de Salzburgo, Mademoiselle de Marsan, Adela, El vampiro El sueño de oro, Los recuerdos de la juventud, El rey de Bohemia y sus siete castillos, Las fantasías del doctor Neóphobus, y otras mil encantadoras producciones que todos conocen, que yo conozco, mas cuyos títulos no acierta á trazar mi pluma

Encontrábase, pues, Nodier en la primera fase de sus trabajos. Nodier se ocupaba de entomología en un sexto piso,—uno mas de los que señala Beranger para vivienda del poeta. Hacía experimentos por medio del microscopio, examinando los pequesísimos seres infusorios; con tal afición, que, mucho antes que Raspail, había descubierto todo un mundo de animales invisibles. Un día, después de habersometido á exámen el agua, el vino, el vinagre, el queso, el pan, todos los objetos en fin con los cuales se hacen habitualmente semejantes esperiencias, cogió un poco de arena húmeda de los canalones, y la colocó en el fondo de su microscopio, aplicando en seguida un ojo al lente.

Entonces vió como se movia un animal rarísimo, que tenia la forma de un velocípedo, y estaba provisto de un par de ruedas que hacia girar con rapidez. ¿Tenia que atravesar un rio? sus ruedas le servian como las de un barco de vapor. ¿Tenia un camino seco que franquear? sus ruedas le servian como las de una calesa. Lo miró y remiró Nodier, examinándolo, dibujándolo y analizándolo con tanta calma, que dió al olvido que tenia una cita; pero, acordándose de ella al fin y al cabo, puso á un lado su microscopio, su arena, y el taratantaleo cuyo mundo era ésta.

Cuando volvió Nodier, ya era tarde. Estaba fatigado, y, por tanto, se acostó y se durmió como se duerme á los dieciocho años. De suerte que hasta el día siguiente, al abrir los ojos, no tornó á pensar en la arena, en el microscopio y el taratantaleo.

¡Ay! durante la noche habíase secado la arena, y el pobre taratantaleo, que sin duda necesitaba la humedad para vivir, había muerto. Su pequeño cadáver yacia tumbado de costado,

inmóviles sus ruedas. Ya no navegaba el vapor, ni rodaba el velocípedo.

Pero, muerto y todo como estaba, no por eso dejaba de ser el animal una curiosa variedad de los efimeros, y su cádaver bien merecia ser tan cuidadosamente conservado como el de un mahmouh ó el de un mastodonte; solo que, como cualquiera comprenderá, preciso era tomar precauciones mucho mayores para manejar á un animal cien veces mas chico que un arador (1), que para mudar de sitio á un animal diez veces mas corpulento que un elefante,

Valiéndose de las barbas de una pluma, trasportó Nodier la arena desde el microscopio á una cajita de carton, destinada á servir de sepulcro al taratantaleo.

Nodier formaba propósito de mostrar aquel cadáver al primer sabio que se atreviese á subir las escaleras de los seis pisos.

En tantas cosas tiene uno que pensar á los dieciocho años, que es permitido olvidar el cadáver de un efimero. Nodier dió al olvido durante tres meses, medio año, un año quizás, el cadáver del taratantaleo.

Pero cierto dia cayó la cajita en sus manos, y quiso ver qué cambio habia operado aquél año en su animácululo. El tiempo estaba tempestuoso; anchas gotas de lluvia desprendianse de las nubes. Para ver mejor, acercó el microscopio á la ventana, y vació en su fondo el contenido de la cajita.

El cadáver continuaba como siempre, inmóvil y tumbado sobre la arena; solamente el tiempo, que tantos estragos hace en los colosos, parecia no haberse acordado del insecto infusorio.

Contemplando estaba Nodier su efimero, cuando de pronto una gota de lluvia, empujada por el viento, cae sobre el microscopio y humedece los granos de arena.

Entonces, al contacto de aquella vivificante frescura, párecele á Nodier que su taratantaleo se reanima, que mueve una antena, y luego la otra; que hace girar una de sus ruedas, y

(1) Insecto muy pequeño, de figura esférica, el cual, segun dicen, vive en la epidermis. — N. del N.

en seguida entrambas; que recuperara su centro de gravedad, que sus movimientos se regularizan, y, en fin, que vive.

El milagro de la resurreccion acaba de tener lugar, no al cabo de tres dias, sino al cabo de un año.

Diez veces renovó igual experimento Nodier: diez veces secó la arena, y murió el taratantaleo; otras tantas roció la arena, y el taratantaleo resucitó.

No era un efímero el ser descubierto por Nodier: era un inmortal. Segun todas las probabilidades, su taratantaleo habia presenciado el diluvio, y debia asistir al juicio final.

Desgraciadamente, un dia que Nodier, por vigésima vez quizás, se aprestaba á verificar nuevas experiencias, una bocanada de viento arrebató la arena seca, y, con la arena, el cadáver del fenomenal taratantaleo.

Nodier cogió una y otra vez puñaditos de arena mojada de su canalon, y de otros mas; pero fué inútilmente, porque nunca tornó á hallar el equivalente de lo que habia perdido: aquel taratantaleo era el único de su especie, y, muerto para los hombres, no vivia mas que en los recuerdos de Nodier.

Verdad es que de tal modo vivia, que jamás de ellos se borró.

Hemos hablado de los defectos de Nodier: el mas dominante al menos á los ojos de Mme. Nodier, era su bibliomanía que hacía la felicidad de Nodier, pero al propio tiempo la desesperacion de su muger.

Todo el dinero que ganaba Nodier era invertido en libros; ¡cuántas veces el descubridor del taratantaleo, que salia de casa con intento de buscar doscientos ó trescientos francos, absolutamente necesarios para la familia, regresó con un volumen raro, con un ejemplar único!

El dinero habia quedado en la gaveta de Techener ó Guillemot.

Mme. Nodier queria regañar; pero Nodier sacaba su volumen del bolsillo, lo abria, lo cerraba, y mostraba á su muger una falta de impresion, que servia para reconocer la autenticidad del libro.

Y á todo esto diciendo:

—Piensa, mi buena amiga, que yo volveré á hallar trescientos francos, mientras que un libro semejante.... ¡hum! un libro semejante es inhallable; dirígete mas presto á Pixerecourt.

Pixerecourt era la admiracion de Nodier, quien siempre ha adorado el melodrama. Nodier denominaba á Pixerecourt el Corneille de los *Boulevards*.

Casi todas las mañanas venia Pixerecourt á visitar á Nodier.

Por la mañana, consagrábase éste á recibir las visitas de los bibliófilos, y allí se reunian los marqueses de Ganay, de Château-Giron y de Chalabre; el conde de Labedoyere; Berard, el hombre de los Elzeviro, que, en sus ratos de ocio, rehizo la Carta de 1830; el bibliófilo Jacob; el erudito Wess, de Besanzon, el universal Peignot, de Dijon; en fin, se reunian los sabios extranjeros, los cuales, tan pronto como llegaban á Paris, se hacian presentar ó se presentaban solos en aquel cenáculo cuya fama era europea.

Allí, consultábase á Nodier, oráculo de la reunion; allí, se le mostraban libros; allí, se le pedian notas: ésta era su distraccion favorita. En cuanto á los sábios del Instituto, no tenian costumbre de concurrir á aquellas reuniones, pues miraban á Nodier con envidia. Nodier asociaba la gracia y la poesia á la erudicion, y esto era una falta que la Academia de ciencias no perdona, á imitacion de la Academia francesa.

Cárlos Nodier se burlaba, y murmuraba algunas veces. En cierta ocasion, acababa de escribir el *Rey de Bohemia y sus siete castillos*; aquella vez habia ido demasiado lejos, y, por tanto, creyóse á Nodier reñido con el Instituto para siempre jamás. Pero no sucedió así: la Academia de Tombouctou abrió á Nodier las puertas de la Academia francesa.

Nada mas natural entre hermanas.

Después de dos ó tres horas de un trabajo invariablemente fácil; después de haber cubierto diez ó doce cuartillas de seis pulgadas de largo por cuatro de ancho, poco mas ó menos, de una letra legible, regular, y sin raspadura alguna, salia Nodier.

Ya en la calle, Nodier caminaba á la ventura, siguiendo, empero, casi siempre la línea de los muelles, pero pasando y re-

pasando el río, según la situación topográfica de los baratillos; luego dejaba á los baratilleros y entraba en las librerías, desde donde se dirigía á los establecimientos de encuadernación.

Conviene advertir que Nodier no solo era conocedor de libros, sino también de pastas. Las obras maestras de Gaston bajo Luis XIII, de Dresseuil bajo Luis XIV, de Padeloup de tiempo de Luis XV, y de Derome del de Luis XV y XVI, éranle tan familiares que, con los ojos cerrados, empleando simplemente el tacto, las reconocía. Nodier había hecho revivir la encuadernación, que, cuando la Revolución y el Imperio, había cesado de ser un arte, y la fomentó dirigiéndola á los restauradores de este arte, á los Touvenin, Bradel, Niedée, Bozonnet y Legrand. Touvenin, postrado por la tisis, se levantaba de su lecho de agonía para echar la última ojeada á las empastaciones que hacía para Nodier.

Las correrías de Nodier terminaban casi siempre en casa de Crozét ó Techener, dos cuñados desunidos á causa de la rivalidad, y entre los cuales iba á interponerse su plácido carácter. Allí había también reunión de bibliófilos, que se juntaban para hablar acerca de libros, ediciones y ventas, y para efectuar cambios. Tan pronto como Nodier aparecía, saludábalo un grito; pero, así que abría la boca, reinaba un no interrumpido silencio. Entonces Nodier narraba y echaba á volar paradojas, *de omni re scibili et quibusdam aliis*.

Por la noche, después de la comida de familia, trabajaba ordinariamente Nodier en el comedor entre tres velas colocadas en triángulo, ni más ni menos; ya dejamos dicho en qué papel y letra escribía Nodier, siempre con pluma de ganso. El descubridor del taratantaleo miraba con horror las plumas metálicas, de igual modo que, en general, miraba todos los modernos inventos: el gas le enfurecía, el vapor le exasperaba, y veía el fin del mundo, infalible y cierto, en la tala de los bosques, y en el agotamiento de las minas de carbón de piedra. En sus arranques contra los progresos de la civilización, era cuando Nodier estaba brillante de verbosidad y terrible de vehemencia.

Hacia las nueve y media de la noche, tornaba á salir Nodier;

aquella vez no era la línea de los muelles la que seguía sinó la de los Boulevards: entraba en el teatro de la Puerta de San Martín, en el del Ambigú ó el de los Funámbulos; en los Funámbulos sobre todo. Nodier es quien ha divinizado á Debureau; para Nodier, no habia mas que tres actores en el mundo: Debureau, Potier y Talma. Estos dos últimos ya no existian; pero quedaba Debureau, y Nodier se consolaba con él de la pérdida de los otros.

Cárlos Nodier habia visto cien veces el *Buey de rabia*.

Todos los domingos, Nodier almorzaba en casa de Pixerecourt, donde volvía á encontrar sus visitantes: al bibliófilo Jacob, rey en tanto que Nodier no estaba allí, virey cuando Nodier llegaba; al marqués de Ganay, y al de Chalabre.

El marqués de Ganay, espíritu variable, caprichoso, enamorado de un libro como un cortesano del tiempo de la Regencia pudiera estarlo de una muger, no descansaba hasta poseerlo; luego, al punto que lo poseía, le era fiel, y mas que fiel entusiasta, por espacio de un mes, llevándolo siempre consigo y deteniendo á sus amigos para hacérselo ver; de noche lo metía debajo de la almohada, dormía, despertaba, encendía una bugia para contemplarlo, mas no lo leía jamás; cotidianamente envidiaba los libros de Pixerecourt, que Pixerecourt rehusaba venderle á cualquier precio que fuere, y de lo cual se vendaba comprando en la almoneda de Mme. de Castellane un autógrafo que ambicionaba Pixerecourt diez años hacía.

—¡No importa! decia Pixerecourt furioso; yo lo tendré.

—¿El qué?

—Vuestro autógrafo.

—¿Y cuándo, decid?

—¡Cuando murais, voto á tal!

Y Pixerecourt hubiera cumplido su palabra, si el marqués de Ganay no hubiese juzgado á propósito sobrevivir á Pixerecourt.

En cuanto al marqués de Chalabre, solamente ambicionaba una cosa: una Biblia que nadie tuviese; Biblia que anhelaba con ardor. Tanto atormentó á Nodier para que éste le indicase un

ejemplar único, que Nodier concluyó por hacer mas de lo que deseaba el marqués: señalóle un ejemplar que no existia.

Inmediatamente el marqués de Chalabre se dió prisa á buscarlo.

Ni Cristóbal Colon se afanó mas para descubrir la América, ni Vasco de Gama puso mayor empeño para encontrar las costas de la India, que el marqués de Chalabre para hacerse con la Biblia que buscaba. No obstante, la América existia entre los 70 grados de latitud Norte y los 53 y 54 de latitud Sur, y la India estaba situada, á no dudar, a quende y allende el Ganges; en tanto que la Biblia del marqués de Chalabre no estaba situada en ninguna latitud, ni existia mas acá ó mas allá del Sena. De ahí que Vasco de Gama diese con la India, y que Cristóbal Colon descubriése la América, pero que el marqués, por mucho que rebuscase, de Norte á Sur, de Oriente á Occidente, no acertára á hallar su Biblia.

Cuanto mas inhallable se hacia, con tanto mas ardor se dedicaba el marqués de Chalabre á averiguar qué era de tan precioso libro.

Primero habia ofrecido quinientos francos; luego, mil; después, dos mil; en seguida, cuatro mil, diez mil.... Todos los bibliófilos andaban revueltos con motivo de aquella malaventurada Biblia. Escribióse á Alemania y á Inglaterra. ¡Nada! En vista de una nota del marqués de Chalabre, nadie se hubiera tomado tantas molestias, y se hubiera respondido sencillamente: *No existe*. Pero una nota de Carlos Nodier estaba en distinto caso. Si Nodier habia dicho: —La Biblia existe,—incontestablemente la Biblia existia. Podria equivocarse el papa; empero, Nodier era infalibleme.

Tres años duraron las indagaciones. Todos los domingos el marqués de Chalabre, almorzando con Nodier en casa de Pixérecourt, le decia:

—Y bien, mi querido Carlos....,

—¿Y bien...?

—¡Inhallable!

—*Quære, et invenies*, contestaba Nodier.

Y, lleno de nuevo ardor, el bibliómano tornaba á buscar su libro, que nunca parecia.

Por fin trajeron una Biblia al marqués de Chalabre.

No era la Biblia indicada por Nodier; pero, entre una y otra, no habia mas que un año de diferencia en la fecha. No estaba impresa en Kehl, sinó en Strasburgo; verdad es que la distancia era solamente de una legua. Tampoco era única; mas el segundo ejemplar, el solo que existia, se encontraba en el Libano en el fondo de un monasterio druso. El marqués de Chalabre llevó la Biblia á Nodier, pidiéndole su parecer.

—¡Diantre! respondió Nodier, que veia al marqués próximo á perder la razon sinó daba con una Biblia: quedaos con esa, mi querido amigo, puesto que es imposible averiguar el paradero de la otra.

El marqués de Chalabre compró la Biblia mediante la suma de dos mil francos, y luego la hizo encuadernar de una manera espléndida y la puso en un cajoncito reservado.

A su muerte, el marqués de Chalabre legó su biblioteca á Mlle. Mars; Mlle. Mars, que distaba de ser bibliómana, suplicó á Merlin que clasificase los libros del finado, y que procediese á la venta. Merlin, que era el hombre mas honrado de la tierra, entró cierto dia en casa de Mlle. Mars con treinta ó cuarenta mil francos en billetes en la mano.

Habíalos encontrado en una especie de cartera practicada en la magnifica pasta de aquella Biblia casi única.

—¿Por qué, pregunté á Nodier, habeis jugado tal burla al pobre marqués de Chalabre, cuando sé que sois tan poco burlador?

—Porque se arruinaba, amigo mio, y durante los tres años que empleó en buscar su Biblia no pensaba en otra cosa; al cabo de esos tres años ha gastado dos mil francos; de otro modo, durante esos tres años, hubiera gastado cincuenta mil.

Y ahora que conocemos á nuestro amado Nodier, y sabemos qué hacia los dias de trabajo y los domingos por la mañana, digamos qué es lo que hacia los domingos desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche.

III.

El Arsenal.—Continuacion.

¿Cómo habia conocido yo á Nodier?

Como se conocia á Nodier, recibiendo de él un favor. Era en 1827, cuando yo acababa de dar la postrera mano á *Cristina*; á nadie conocia en los ministerios, ni en el teatro; mi administracion, en lugar de servirme de algo para poderme acercar á la Comedia Francesa, era mas bien un impedimento. Dos dias ó tres hacia que escribiera este último verso, que ha sido tan fuertemente silbado, y tan estrepitosamente aplaudido:

Bien.... piedad tengo, padre; ¡qué lo acaben!

Por debajo del verso que precede habia trazado la palabra *fin* no tenia mas que hacer, pues, que leer mi drama á los señores comediantes del rey, y ser recibido ó rechazado por ellos.

Desgraciadamente, en aquella época el gobierno de la Comedia Francesa era como el de Venecia, repúblicano; pero, la

propio tiempo, aristocrático, y no era dado á cualquiera llegar junto á los serenísimos señores del comité.

Existia, es cierto, un examinador encargado de leer las obras de los jóvenes que nada habian hecho hasta entonces, quienes, en consecuencia, no tenian derecho á leerlas por si mismos sinó previo exámen; pero se conservaban en las tradiciones dramáticas tan lúgubres historias de manuscritos que aguardaban ser leídos durante uno ó dos años, y aun três, que yo, aficionado del Dante y de Milton, no osaba afrontar aquellos limbos, temblando que mi desdichada *Cristina* fuese á aumentar simplemente el número de

Questi sciaurati, che mai non fur vivi.

Yo habia oído hablar de Nodier como protector nato de todo poeta inédito. Supliquéle que me proporcionase una entrevista con el baron Taylor, y accedió á mi ruego. Ocho dias después leia mi drama en el Teatro-Francès, y quedaba poco menos que admitido.

Digo «poco menos,» porque habia en *Cristina*, relativamente al tiempo en que vivíamos, esto es, al año de gracia de 1827, tales enormidades literarias, que los señores comediantes ordinarios del rey no se atrevieron á recibirme sin mas ni mas, y subordinaron su opinion á la de M. Picard, autor de la *Petite Ville*.

M. Picard era uno de los oráculos de entonces.

Fermin me condujo á casa de M. Picard, el cual me recibió en una biblioteca guarnecida con todas las ediciones de sus obras, y adornada con su busto. Tomó mi manuscrito, me citó para dentro de ocho dias, y, tras esto, despedímonos.

Al cabo de los ocho dias, hora por hora, me presenté á la puerta de M. Picard. M. Picard indudablemente me aguardaba: recibíome con la sonrisa de Rigoberto en la *Maison á vendre*.

—Caballero, me dijo alargándome mi manuscrito, curiosamente enrollado, ¿contais con algunos medios de existencia?

El principio distaba de ser halagüeño.

—Si, señor, respondí; tengo un empleillo en la casa del señor duque de Orleans.

—Pues bien, hijo mío, dijo poniendo el farrago entre mis manos, que me estrechó de paso, tornad á vuestra oficina.

Y, encantado de haber topado con una espresion de efecto, frotóse las manos, dándome á entender con un gesto que no estaba mas que hablar.

No por eso dejaba de deber agradecimiento á Nodier; así que, me dirigí al Arsenal. Recibiome Nodier como acostumbraba recibir, con la sonrisa tambien en los lábios.... Pero hay sonrisas de sonrisas, segundice Moliere.

Quizás un día olvidela sonrisa de Picard; en cambio, jamás olvidaré la de Nodier.

Traté de probar á Nodier que yo no era incuestionablemente indigno de su proteccion, como pudiera creerlo en virtud de la respuesta que Picard me habia dado, y por tanto le dejé mi manuscrito. Al día siguiente recibí una delicada carta suya, que me dió nuevo aliento, y en la cual me invitaba á las reuniones del Arsenal.

Aquellas veladas del Arsenal tenian cierto encanto, cierta cosa que mi pluma no podrá nunca esplicar. Verificábanse el domingo, y daban comienzo en realidad á las seis de la tarde.

A dicha hora, la mesa estaba puesta. Concurrían los convidados de fundacion: Cailleux, Taylor, Francis Wey, á quien Nodier amaba como á un hijo; además, por casualidad, dos ó tres convidados; y, por último, cuantas personas querian.

Una vez admitido uno en la intimidad, tan llena de encantos, de la familia, podia ir á comer á casa de Nodier cuando le daba la gana. Siempre habia allí dos ó tres cubiertos aguardando á los convidados llevados por la casualidad. Si los tres cubiertos no eran bastantes, añadiase un cuarto, un quinto, un sexto; y si era menester alargar la mesa, se alargaba. Pero ¡desgraciado el que llegase el décimotercio! Este comia desapiadadamente en una mesita aparte, á menos que un catorceno no acudiese á relevarle de su penitencia.

Nodier tenia sus manías: prefería el pan moreno al blanco, el estaño á la plata, el sebo á la estearina.

Solamente Mme. Nodier, que le servia á su antojo, paraba la atencion en semejantes cosas.

Al cabo de uno ó dos años, yo era uno de esos amigos intimos de que acabo de hablar. Podia, pues, llegar sin recado á la hora de comer: recibíanme con gritos que no me dejaban duda alguna de que era acogido con cordialidad, y se me hacia sentar á la mesa, ó por mejor decir yo me sentaba, entre Mme. Nodier y Maria.

Trascurrido cierto tiempo, lo que no era mas que un hecho llegó á ser un derecho; tanto, que, cuando concurría algo tarde y estaba comenzada la comida, hacian una seña de escusa al que ocupaba mi asiento, y ¡sí por Dios! levantábase y situábase donde podia el convidado usurpador y desatojado.

Nodier pretendia que yo era una buena fortuna para él, puesto que le dispensaba de hablar. Pero, si era una buena fortuna para él, era una fortuna harto mala para los demás. Nodier era el hombre mejor decididor del mundo. Por mas que se hiciese á mi conversacion cuanto se hace al fuego para que flámee, aventarlo, atizarlo, y arrojar esa limalla que hace saltar las chispas del espíritu á semejanza de las de la fragua, todo ello era cháchara, viveza, juventud, en una palabra; mas estaba lejos de ser esa ingenuidad, ese encanto inesplicable, esa gracia infinita, donde, como en una red extendida el cazador de pájaros, se coje todo, aves y avecillas. En fin, yo no era Nodier.

Era un mal sustituto: he ahí todo.

Pero, á veces, me cansaba de hablar, y preciso era, en vista de mi negativa, que hablase Nodier, pues estaba en su casa; entonces todo el mundo escuchaba, niños y hombres. Era á la par Walter Scott y Perrault; era el sabio en pugna con el poeta, y la memoria en lucha con la imaginacion. Cuando tal sucedia, no era solamente Nodier digno de ser escuchado, sino tambien digno de ser visto: su largo y enflaquecido cuerpo, sus largos y delgados brazos, sus largas y blancas manos, su rostro prolongado, que respiraba melancólica bondad, todo esto se armonizaba con su espresion convencedora, modulada en ciertos tonos periódicamente traídos por un acento francocontés que jamás Nodier ha

perdido del todo. ¡Oh! entonces el relato era cosa inacabable, siempre nueva, nunca repetida. El tiempo, el espacio, la historia, la naturaleza eran para Nodier esa bolsa de Fortunatus, de la cual Pedro Schlamill sacaba sus manos siempre llenas.

A todo el mundo habia conocido Nodier: á Danton, Carlota Corday, Gustavo III, Cagliostro, Pio VI, Catalina II, el gran Federico.... ¡que sé yo! De igual modo que el conde de San German y el taratantaleo, habia asistido á la creacion del mundo y atravesado los siglos, sufriendo mil y una trasformaciones. Con motivo de semejantes trasformaciones, se habia fraguado una teoria de las mas ingeniosas. Segun Nodier, los sueños no eran otra cosa que un recuerdo de los dias transcurridos en otro planeta; una reminiscencia de pasados sucesos. Segun Nodier, los sueños mas fantásticos correspondian á hechos acaecidos en otros tiempos en Saturno, en Venus ó Mercurio: las mas estrañas imágenes eran simplemente la sombra de las formas, que habian dejado hondos recuerdos en nuestra alma inmortal. Visitando por vez primera el museo fósil del Jardín de Plantas, no pudo menos de prorumpir en una exclamacion, puestornaba á hallar animales vistos por él en el diluvio de Deucalion y Pyrra. En ciertas ocasiones escapábasele decir que, notando la tendencia de los templarios á la posesion universal, habia aconsejado á Jacobo Molay que refrenasen su ambicion. No era culpa suya si Jesucristo habia sido crucificado; solo, entre tantos como estaban presentes, habiale advertido las malas intenciones de Pilato. Tambien, mas que á ningun otro personaje, era al Judío Errante á quien habia tenido ocasion de encontrar Nodier: la primera vez en Roma, en tiempo del pontificado de Gregorio VII; la segunda en Paris, la vispera de la jornada de San Bartolomé; la última fué en Viena del Delfinado, acerca de todo lo cual poseía preciosísimos documentos. A propósito de esto salvaba un error en que habian caído sabios y poetas, y particularmente Edgardo Quinet: no era Ahasverus, nombre mitad griego y mitad latino, como se llamaba el hombre de los cinco sueldos, sino Isaac Laquedem, de cuya certeza podia responder, puesto que á él mismo se lo habia oído pronunciar.

Y luego, de la política, de la filosofía y de la tradición, Carlos Nodier pasaba á la historia natural. ¡Oh! ¡cuán atrás dejaba en esta ciencia á Herodoto, Plinio, Marco Polo, Buffon y Lape-
cepede! habia visto arañas en cuya comparacion la de Pelisson era un avechuchillo, y conocido sapos en comparacion de los cuales Matusalen era un chicuelo; finalmente, habia estado en relaciones con caimanes á cuyo lado no era la tarasca mas que un lagarto.

Á Nodier, como á todos los hombres de genio, acontecianle á veces cosas extraordinarias. Un dia, buscando lepidópteros (1) durante su permanencia en Stiria, pais de las rocas graníticas y de los árboles seculares, trepó por un árbol á fin de alcanzar una cavidad que divisaba, y metió en ella la mano segun costumbre que tenia, con harta imprudencia, pues en cierta ocasion sacó de un hueco semejante el brazo adornado con una serpiente que se habia arrollado en espiral; un dia, pues, habiendo hallado una cavidad y metido la mano en dicha cavidad, tropezó con una cosa blanda y glutinosa, que cedia á la presion de sus dedos. Retiró vivamente la mano, y miró: dos ojos brillaban con tenue resplandor en el fondo del hueco. Nodier creia en el diablo; así que, al divisar aquel par de ojos, que tenian alguna semejanza con los de brasa de Caron, como los denomina el Dante, Nodier se dió prisa á huir; mas, tras un un rato de reflexion, se reanimó, cogió un hacha, calculó la profundidad del agujero, y púsose á practicar una abertura en el sitio donde persumia que debia hallarse aquel desconocido objeto. Al quinto ó sexto hachazo manó sangre del árbol, ni mas ni menos que, á los tajos de la espada de Tancredo, la sangre corrió del bosque encantado del Tasso. Mas no fué una hermosa mujer armada de punta en blanco la que se le apareció, sinó un enorme sapo inscrustado en el árbol, al cual sin duda habia sido llevado por el viento cuando era del tamaño de una abeja. ¡Cuánto tiempo hacia que estaba allí? Doscientos, tres-

(1) Mariposas: llámense así á causa del polvillo, ó plumon invisible, que recubre sus alas.—N. del T.

cientos, quinientos años quizás. Sus dimensiones eran cinco pulgadas de largo por tres de ancho.

Otra vez, en Normandia, en la época en que llevaba á cabo con Taylor el viaje pintoresco por Francia, Nodier entró en una iglesia; de la bóveda de aquella iglesia pendia una gigantesca araña y un disforme sapo. Dirigióse á un aldeano, deseoso de adquirir noticias acerca de aquella singular pareja.

Y he aquí cuanto el labriego le refirió, después de haberle conducido junto á una de las losas sepulcrales, sobre la cual aparecía esculpido un caballero tendido encima de su armadura.

Este caballero era un antiguo baron, quien habia dejado en la comarca tan malos recuerdos que se desviaban los mas osados, á fin de no pisar su sepultura; y no por respeto, sino por terror, Colgando por cima de esta tumba, como cumplimiento de un voto hecho por el caballero en la hora de la muerte, debia arder noche y dia una lámpara, y al intento habia dejado firmada una piadosa fundacion el finado, que subvenia á aquel gasto, y aun á otros mayores.

Un sereno dia, ó mas bien una serena noche, en que, por casualidad, no dormia el cura párroco, apercibióse desde la ventana de su habitacion, que caia frente por frente de la de la iglesia, de que la luz de la lámpara se debilitaba y se extinguia. Lo atribuyó á un accidente cualquiera, y no hizo mas alto por aquella noche en semejante cosa.

Pero, á la noche siguiente, habiéndose despertado el cura á las dos de la madrugada, ocurriósele la idea de averiguar si la lámpara estaba encendida. Bajó del lecho, se acercó á la ventana, y se convenció por sus propios ojos de que el templo estaba sumido en la mas profunda oscuridad.

Tal acontecimiento, reproducido dos veces en el espacio de cuarenta y ocho horas, adquiria cierta gravedad. Al despuntar el alba, el cura mandó venir al sacristan, y le acusó de buenas á primeras de haber gastado el aceite en aderezar su ensalada, en vez de ponerlo en la lámpara. El sacristan juró á grito herido que era falso; que todas las noches, durante los quince años

que hacia era sacristan, llenaba concienzudamente la lámpara. Preciso era, pues, que lo que sucedia fuese obra de aquel pícaro caballero, el cual, después de haber atormentado en vida á los vivientes, tornaba á atormentarlos al cabo de trescientos años que llevaba enterrado.

El párroco declaró que se fiaba de las palabras del sacristan, pero que no por eso deseaba menos vivamente asistir al aliño de la lámpara. En consecuencia, al anochecer, estando el cura presente, fué vertido el aceite en el recipiente, y luego encendida la lámpara. Ya encendida, el cura cerró por su propia mano la puerta de la iglesia, guardó la llave en el bolsillo y retiróse á su casa.

En seguida tomó su breviario, se acomodó en una poltrona junto á la ventana, y, con los ojos fijos alternativamente sobre el libro y sobre la iglesia, esperó.

Hacia media noche, el resplandor que iluminaba las vidrieras fué disminuyendo y palideciendo, y por último se estinguió.

Aquella vez existia una causa estraña, misteriosa, inesplicable, en la cual el pobre sacristan no podia tener parte alguna.

Durante un momento, pensó el párroco que se indrducian en la iglesia los ladrones, y que robaban el aceite; pero, aun suponiendo que los que cometian aquel atentado fuesen ladrones, eran mozos bien honrados en su clase, puesto que selimitaban á hurtar el aceite, teniendo á mano los vasos sagrados.

No debian ser salteadores: existia otra causa distinta de las que era dado imaginar; una causa sobrenatural tal vez. El cura resolvió dar con aquella causa, fuese cual fuese.

Al dia siguiente volvió á verter por sí mismo el aceite, á fin de convencerse de que no era víctima de un juego de manos, y hecho esto, en lugar de marcharse como la vispera, se ocultó en un confesonario.

Trascurrieron horas y horas, y la lámpara seguia alumbrando con una claridad inalterable; por fin sonaron las doce de la noche.....

El párroco creyó oir un leve ruido, semejante al causado por una piedra sacada de su sitio, y luego vió la sombra de unas patas

gigantescas; cuya sombra trepó por un pilar, corrió á lo largo de una cornisa, apareció un instante en el remate de la bóveda, descendió por la cuerda abajo, y paróse sobre la lámpara, que comenzó á palidecer, concluyendo por chisporrotear y apagarse.

Hallóse el cura en medio de la oscuridad mas completa, y comprendió que tenia que repetir aquella experiencia, aproximándose al sitio donde tenia lugar la escena.

Nada mas fácil: en vez de situarse dentro del confesonario que estaba á la parte de la iglesia opuesta á la lámpara, no tenia que hacer mas que ocultarse en el confesonario colocado á algunos pasos de ella solamente.

Todo fué hecho al dia siguiente como el anterior; lo único que varió el cura fué cambiar de confesonario, y provistarse de una linterna sorda.

Hasta media noche, la misma calma, el mismo silencio, igual exactitud de la lámpara en llenar sus funciones. Pero, tambien como la víspera, á punto que daban las doce de la noche, igual ruido. Sin embargo, como el rumor era producido á cuatro pasos del confesonario, los ojos del párroco pudieron fijarse en el parage de donde provenia. El rumor partia de la tumba del caballero.

Trás esto levantóse lentamente la losa que cubria la sepultura, y, por la abertura de la tumba, vió salir el cura una araña del tamaño de un perro de aguas, con el pelo de seis pulgadas de longitud, y las patas de una vara, la cual se puso incontinente, sin vacilacion, sin buscar un camino que parecia serle familiar, á trepar por el pilar, á correr por la cornisa, á descender á lo largo de la cuerda, hasta que, llegada al remate, comenzó á beber el aceite de la lámpara: ésta se apagó.

Entonces recurrió el cura á su linterna sorda, cuya luz dirigió hacia la tumba del caballero.

Pronto se apercibió de que el objeto que la tenia entreabierta era un sapo tan grueso como un galápago, el cual, inflándose, alzaba la losa y daba paso á la araña, que marchaba al punto á chupar el aceite y volvía á compartirlo con su compañero.

Entrambos vivían así, siglos hacía, en aquella sepultura, donde habitarían probablemente hoy día, si un accidente no hubiese revelado al párroco la presencia de un ladrón cualquiera en su iglesia.

Al día siguiente, el cura requirió á los feligreses: levantaron la piedra, y mataron al insecto y al reptil, cuyos cadáveres fueron suspendidos de la bóveda, para prueba de tan extraño suceso.

Por otra parte, el aldeano que narró esto á Nodier era uno de los que habían sido llamados por el cura para combatir á aquellos dos comensales de la tumba del caballero, y se había cebado particularmente en el sapo. Una gota de la sangre del inmundo animal cayó sobre un párpado del campesino, y á poco le deja ciego como Tobías.

Y ¡gracias á Dios que no había quedado mas que tuerto!

IV.

El Arsenal.—Conclusion.

Para Nodier, las historias de sapos no se limitaban á solo lo que acabo de contar: habia algo de misterioso en la longevidad de este animal, que placia á la imaginacion de Nodier. Así que, sabia todas las historias de sapos centenarios ó milenarios; cuantos sapos habian sido descubiertos en medio de piedras ó de troncos de árboles, desde el sapo encontrado en 1756 por el escultor Leprince, en Eretteville, en el centro de una durísima piedra donde estaba sepultado, hasta el sapo encerrado por Herissan, en 1771, en el corazon de una bola de yeso, y al cual halló perfectamente vivo en 1774, todoseran conocidos suyos. Cuando se le preguntaba á Nodier de qué vivian los desgraciados prisioneros,—Comen su piel, respondia.—Entre otros, Nodier habia hecho estudio particular de cierto sapo presumido, que mudara pellejo nuevo seis veces en un solo invierno, y que comiera otras tantas veces el viejo. En cuanto á los que

estaban en medio de piedras de formacion primitiva, desde el principio del mundo, como el sapo que fué descubierto en la cantera de Brunswick, en Gothia, la inaccion total en que por fuerza habian permanecido; la suspension de la vitalidad en una temperatura que no permitia ninguna disolucion, y que, por lo tanto, no hacia necesaria la reparacion de ninguna pérdida; la humedad del sitio, que conservaba la del animal, impidiendo su destruccion por el desecamiento; todo esto parecía á Nodier razones suficientes para aferrarse en una conviccion, á la cual contribuia por iguales partes su fé y su ciencia.

Por otra parte, tenia Nodier, y creemos haberlo ya manifestado, cierta humildad natural, cierta inclinacion á hacerse pequeño á sí propio, que le arrastraba hácia los pequeños y humildes. Nodier bibliófilo, hallaba entre los libros obras maestras olvidadas, que se apresuraba á desenterrar del sepulcro de las bibliotecas. Nodier filántropo, hallaba entre los vivos poetas desconocidos, por él sacados á la luz y conducidos á la celebridad; cualquiera injusticia, cualquiera opresion sublevaba su ánimo, y, á su modo de ver las cosas, si se oprimia al sapo, si se era injusto para con él, es porque uno no sabia ó no queria saber las virtudes del sapo. El sapo era buen amigo, lo cual ya habia probado Nodier por la asociacion de este reptil y de la araña, y, en rigor, probábalo dos veces refiriendo otra historieta de sapo y lagarto, no menos fantástica que la primera. Además, no solamente era el sapo buen amigo, sinó tambien buen padre y esposo: partiendo á su esposa, el sapo daba á los maridos las primeras lecciones de amor conyugal; asegurando los huevecillos de su familia entre sus patas de detrás, ó colocándolos sobre sí, el sapo daba á los gefes de familia las primeras lecciones de paternidad. En cuanto á esa baba que el sapo destila, y aun arroja cuando se le atormenta, afirmaba Nodier que era la sustancia mas inocente del mundo, y que la prefiria á la saliva de muchos críticos que conocia y cuyos nombres callaba.

No por eso dejaban de ser recibidos los críticos en casa de

Nodier como las demás personas, pues eran tan bien acogidos como cualquiera otra; pero, poco á poco, ibanse retirando, porque no estaban á su gusto en medio de aquella benevolencia que constituia la atmósfera natural del Arsenal, y á través de la cual no pasaba la burla sino á la manera de la *lucciola* en esas bellísimas noches de Niza y de Florencia; es decir, arrojando un resplandor y ocultándose al punto.

En estas y otras pláticas llegábase al fin de estos deliciosos banquetes de confianza, en los cuales todos los accidentes, á escepcion de un salero volcado, y de un pan puesto del revés, mirábanse por el prima filosófico. Nodier, en el fondo, era sibarita, y apreciaba á las mil maravilas esa sensualidad perfecta que no consiente ningun movimiento, ninguna mudanza de asiento, ninguna incomodidad, en suma, entre los postres y el complemento de los postres. Durante aquel momento de goce asiáticos, se levantaba Mme. Nodier, y disponia que iluminasen el salon. Muchas veces yo, que no tomaba café, la acompañaba. Mi elevada estatura érale de gran utilidad para encender la araña, sin necesidad de subirse á las sillas.

Se iluminaba entonces el salon, pues antes de comer, asi como tambien los dias ordinarios, uno era recibido invariablemente en el cuarto de dormir de Mme. Nodier; se iluminaba el salon, y reflejaba su luz sobre los blancos artesones de gusto de Luis XV, alumbrando además un mueblaje de los mas sencillos, compuesto de doce sillones y un canapé de casimir encarnado, cortinas de igual color, un busto de Victor Hugo, una estatua de Enrique IV, un retrato de Nodier y un paisaje alpestre de Regnier.

En este salon, cinco minutos después de su iluminacion, entraban los convidados, en pos de los cuales caminaba Nodier, unas veces apoyado en el brazo de Dauzats, otras en el de Bixio, no pocas en el de Francis Wey y en el mio, y siempre suspirando y quejándose, ni mas ni menos que si solo estuviese animado por un soplo vital. En seguida iba á tenderse en una poltrona, á la derecha de la chimenea, estendiendo las piernas y dejando colgar los brazos; ó bien iba á colocarse de pié, delante de la

chimenea, con las pantorrillas al amor de la lumbre, y de espaldas al espejo. Sise acomodaba en el sillón, todo estaba dicho: Nodier, embebido en ese instante de beatitud que proporciona el café, quería disfrutarlo egoístamente, siguiendo los vuelos de su espíritu; si se apoyaba en el mármol de la chimenea, era cosa distinta: disponíase á narrar. Entonces callaban todos, á fin de no perder una palabra de una de aquellas historietas de su juventud, semejantes á una novela de Longus ó á un idilio de Teócrito; ó refería algún sombrío drama de la primera república, del cual siempre era teatro un campo de batalla de la Vendée, ó la plaza de la Revolucion; ó, en fin, alguna misteriosa conspiracion de Cadoudal ó de Oudet, de Stops ó de Lahorie; entonces, los que entraban guardaban silencio, saludaban con la mano, é iban á sentarse en un sillón ó se recostaban contra los arnesados. Concluía al cabo la historieta, como todo concluye; no se aplaudía; mas tampoco se aplaude el murmullo de un río, ni el canto de un pájaro; en cambio, como sucede con el murmullo dissipado, y con el canto estinguido, seguía se escuchando. Entonces Maria, sin hablar palabra, se sentaba al piano, y, de repente, un brillante disparo de notas poblaba los aires, á modo de preludios de un fuego de artificio. Al punto los jugadores, diseminados por los ángulos de la estancia, se sentaban frente á las mesas, y el juego comenzaba.

Nodier, durante largo tiempo, únicamente habia jugado á la batalla, que era su juego favorito, y en el cual se consideraba maestro consumado; mas habia acabado por hacer una concesion al siglo, y jugaba al ecarté.

Maria, mientras tanto, cantaba alguna letra de Lamartine, de Hugo ó mia, puesta en música por ella misma; luego, en medio de aquellas encantadas melodías, que siempre parecian cortas, oíase de repente el ritornelo de una contradanza: cada caballero buscaba una pareja, y daba principio un baile.

Baile lleno de atractivos, cuyo gasto hacia Maria, dirigiendo á compás de rápidas notas arrancadas por sus dedos á las telas del piano, una palabra á cuantos junto á ella pasaban, á cada cadena de damas, á cada figura, en fin, de la contradanza.

A contar desde entonaes, Nodier desaparecia, completamente olvidado, pues no era uno de esos amos de casa absolutos y regañones, cuya presencia se nota, y cuya aproximacion se adivina. Era el huésped de la antigüedad, que se eclipsaba para hacer lugar á aquel á quien recibia, y que se contentaba con ser gracioso, tímido, casi femenino.

Por otra parte, Nodier, después de haber desaparecido un rato, concluia por desaparecer de vez, pues acostumbraba acostarse temprano, ó mejor dicho ser acostado temprano. Mme. Nodier era la que estaba encargada de este cuidado. Durante el invierno, salia ella primeramente del salon; algunas veces, cuando no habia brasa en la cocina, veíase pasar un calentador, que era llevado y conducido al dormitorio. Nodier salia en pos del calentador, y he ahí explicado todo.

Al cabo de diez minutos, tornaba á entrar Mme. Nodier. Nodier quedaba acostado, y se dormia al son de las melodias de su hija, y al rumor de las pisadas y de las risas de los bailarines.

Un dia notamos que Nodier estaba infinitamente mas humilde que de ordinario. Aquella vez, tenia un aire embarazado y vergonzoso. Preguntámosle con inquietud, qué es lo que le aquejaba.

Nodier acababa de ser nombrado académico.

Acto continuo, con semblante contrito, nos dió una porción de excusas á Hugo y á mí.

Pero él no tenia la culpa: la Academia le habia llamado á su seno, precisamente cuando menos lo esperaba.

Es que Nodier, tan erudito él solo como todos los académicos juntos, demolia piedra tras piedra el diccionario de la Academia; con referencia á esto, contaba que el inmortal encargado de redactar el artículo *Cangrejo* habíale mostrado cierto dia su artículo, pidiéndole al propio tiempo parecer.

El artículo estaba concebido en los términos siguientes:

«Cangrejo, pequeño pescado encarnado que camina hácia atrás.»

—No hay mas que un error en vuestra definicion, respondió

Nodier, á saber: que ni el cangrejo es pez, ni encarnado, ni camina hácia atrás... el resto está perfectamente.

Olvidábame decir que, á todo esto, se habia casado Maria, la cual se llamaba á la sazón Mme. Menessier; pero tal matrimonio en nada habia cambiado los hábitos del Arsenal. Julio era amigo de todos, y, tiempo hacia, veíasele concurrir á la casa: se quedó allí, en vez de concurrir como los demás; he ahí todo.

Me equivoco: hubo tambien un gran sacrificio, pues Nodier vendió su biblioteca. Nodier amaba sus libros; pero adoraba á Maria.

Preciso es añadir una cosa; y es, que nadie sabia crear la reputacion de un libro como Nodier. Cuando queria vender ó mandar vender un libro, glorificábalo por medio de un artículo, haciendo de él, con lo que llegaba á rastrear, un ejemplar único. Recuerdo la historia de un volúmen intitulado el *Zombi del gran Perú*, que Nodier pretendia haber sido impreso en las colonias, y cuya edicion destruyó con su autoridad privada: el libro valia cinco francos; llegó á valer cien escudos.

Cuatro veces vendió Nodier sus libros; pero conservaba siempre cierto número de ellos; núcleo precioso, con ayuda del cual, al cabo de dos ó tres años, habia reconstruido su biblioteca.

Un dia aquellas deliciosas fiestas quedaron interrumpidas.

Hacia uno ó dos meses que Nodier estaba mas delicado, mas quejumbroso. Verdad es que tal hábito tenia uno de oír gemir á Nodier, que no se hacia mucho caso de sus ayes. Esto consistia en que, con el carácter de Nodier, dificultosa tarea era separar el mal real de los padecimientos quiméricos. Sin embargo, aquella vez debilitábase de dia en dia. Cesaron sus correrías por los muelles y los Boulevards, sustituyéndolas, cuando un rayo del sol de otoño se infiltraba á través de los grises vapores que velaban el azul del cielo, un lento paseo hácia Saint-Mandé.

La conclusion del paseo era una mala taberna, donde, cuando gozaba cabal salud, regalábase Nodier con pan moreno. En

estas escursiones, de ordinario le acompañaba toda la familia, á escepcion de Julio, que no podía abandonar su oficina. Iban, pues, con él Mme. Nodier, Maria y sus dos niños, Cárlos y Georgina; la una no queria separarse del marido, ni la otra del padre, ni del abuelo los pequeñuelos: todos presentian que les restaba muy poco tiempo de estar con él, y trataban de aprovecharlo.

Hasta el postrimer instante, insistió Nodier en que se celebrase la comida y la reunion del domingo; pero no se tardó en echar de ver que, aun retirado en su cuarto, el enfermo no podia soportar el rumor y movimiento del salon. Un dia anunciónos Maria tristemente que el próximo domingo estaria cerrado el Arsenal; luego, apagando la voz, dijo á los mas íntimos:— Venid; hablaremos.—

Encamóse al fin Nodier para no tornar á levantarse.

Yo fui á verlo.

—¡Oh! mi querido Dumas, me dijo tendiendo los brazos hacia mí, tan pronto como me vió; cuando estaba bueno, vos no teníais en mí mas que un amigo; desde que estoy enfermo, en mí teneis un hombre reconocido. No puedo trabajar; pero todavia puedo leer, y, como estais viendo, leo vuestras obras; si me siento fatigado, llamo á mi hija, y mi hija las lee.

Y Nodier mostróme efectivamente mis libros esparcidos sobre el lecho y la mesa de noche.

Fué aquel uno de mis momentos de orgullo real. Nodier aislado del mundo; Nodier impedido para el trabajo; Nodier, ese talento inmenso que lo abarcaba y lo sabia todo; Nodier leia mis obras, y se solazaba con su lectura.

Estrechéle las manos, y hubiera querido besárselas; tanto reconocimiento abrigaba mi pecho.

A mi vez, habia lei lo la vispera una produccion suya; un tomito que acababa de salir á luz en dos quadernos de la *Revue des Deux-Mondes*.

Era *Inés de las Sierras*.

Quedé maravillado: aquella novela, una de las últimas escritas por Nodier, respiraba tanta frescura, aparecia pintada con

tan vivos colores, como si fuese una obra compuesta en los días de su juventud, que Nodier hubiese hallado y publicado al tocar el ocaso de la vida.

Aquella historia de Inés es una historia de aparicion de espectros y fantasmas; solo que, enteramente fantástica en la primera parte, cesa de serlo en la segunda; de suerte, que el fin sirve de esplicacion al principio.

No contento con tal aclaracion, le hablé de esto con amargura á Nodier.

—Es verdad, me dijo; no he tenido razon; mas poseo otra historia, y no la echaré á pérder, estad tranquilo.

—¡En hora buena! ¿y cuándo dareis comienzo á vuestra obra? Nodier me cogió una mano.

—No la echaré á perder, contestó, porque no seré yo quien la escribirá.

—¿Quien, pues?

—Vos.

—¡Cómo! ¿yo, mi buen Carlos? Pero reparad que ignoro vuestra historia.

—Os la contaré. ¡Oh! en cuanto a ésta, la guardaba para mí, ó mejor dicho para vos.

—Mi buen Carlos, vos la narrareis, la escribireis y la imprimireis.

Nodier meneó la cabeza.

—Voy á referiros la, dijo; si me restablezco, me la devolvereis.

—Aguardad hasta mi próxima visita, pues tiempo tenemos.

—Amigo mio, voy á repetiros lo que yo le decia á un acreedor, cuando le daba algun dinero á cuenta:—Tomad y tomad.—

Y comenzó á narrar.

Jamás Nodier había narrado de una manera mas henchida de encantos.

¡Oh! ¡si yo hubiera tenido una pluma! ¡si yo hubiera tenido papel! ¡si yo hubiera podido escribir tan aprisa como unas palabras seguan á otras palabras....!

La historia era larga, y quedéme á comer.

Después de la comida, Nodier se había amodorrado; así que, salió del Arsenal sin tornar á verlo.

No volví á verlo mas.

Nodier, que con tanta facilidad exhalaba ayes, entonces había tenido cuidado de ocultar, hasta el último momento, sus sufrimientos á su familia. Cuando descubrió la herida, conocióse que era mortal.

No era solamente cristiano Nodier, ¡sinó tambien bueno y verdadero católico. Habiale encargado á Maria que enviase á buscar un sacerdote, cuando se acercase su postrera hora. La hora había sonado, y Maria envió á buscar al rector de San Pablo.

Nodier se confesó. ¡Pobre Nodier! debía haber cometido bastantes pecados en su vida; mas, de fijo, no tenia que reprocharse una falta.

Terminada la confesion, entró toda la familia.

Nodier estaba en una alcoba sombría, desde la cual alargaba los brazos á su muger, á su hija y á sus nietos.

Detrás de la familia, se agrupaban los criados.

Detrás de los criados estaba la biblioteca; es decir, esos amigos que nunca varían: los libros.

El rector recitó las preces en voz alta, y Nodier respondió tambien en alta voz, como hombre familiarizado con la liturgia cristiana. Luego, concluido el rezo, abrazó á todos los presentes, y animó á todos, afirmando que se sentia aun con vida para un día ó dos; sobre todo, si se le dejaba dormir por espacio de algunas horas.

Dejaron á Nodier solo, y durmió cinco horas.

El 26 de enero, á la caída de la tarde, esto es, la víspera de su muerte, tomó incremento la fiebre y produjo un poco de delirio; hacía media noche, á nadie reconocía Nodier, y su boca pronunciaba palabras incoherentes, entre las cuales mezclaba los nombres de Tácito y de Fenelon.

A cosa de las dos de la madrugada, la muerte empezaba á llamar á la puerta: una crisis violenta se apoderó de Nodier; y su hija, que estaba inclinada sobre las almohadas, ofrecióle una

taza llena de una pocion calmante. El moribundo abrió los ojos, miró á Maria, y la reconoció por sus lágrimas: entonces tomó la taza de manos de ella, y bebió con avidez el brebaje que contenia.

—¿Te agrada? preguntó Maria.

—¡Oh! sí, hija mia; como todo lo que viene de tí.

Y la afligida Maria dejó caer su cabeza sobre las almohadas, cubriendo con sus cabellos la húmeda frente del moribundo.

—¡Oh! si tu permanecieses así, murmuró Nodier, yo no moriría jamás (1).

La muerte continuaba llauando á la puerta.

Principiaban á enfriarse las estremidades del enfermo: á medida que se remontaba la vida, concentrábase en el cerebro, haciendo de Nodier un espíritu mas claro que antes.

Entonces bendijo á su mujer y á sus hijos, y, tras esto, preguntó qué dia era aquel del mes.

—El 27 de enero, respondió Mme. Nodier.

—No olvidareis esta fecha, ¿no es cierto, amigos míos? dijo Nodier.

Luego, volviéndose del lado de la ventana,

—¡Cuanto diera por ver, una vez mas, la luz del dia! añadió.

En seguida aletargóse.

Poco después, su hálito tornóse intermitente.

Por último, á punto que la primera claridad de la mañana heria los vidrios, abrió nuevamente los ojos; hizo con los labios y la vista una señal de adios, y espiró.

Con Nodier, todo murió en el Arsenal: alegría, vida y luz; fué aquello un duelo que todos nos tocó de cerca, pues cada cual perdía una porción de sí mismo al perder á Nodier.

Yo tengo, á lo que creo, mas no sé cómo decirlo, algo de cadáver desde que dejó de existir Nodier.

(1) Francis Wey ha publicado, acerca de los postreros instantes de Nodier, una noticia llena de interés, pero escrita para los amigos; por lo cual solamente se tiraron veinticinco ejemplares.—N. de A. Dumas.

Ese algo, únicamente vive cuando hablo de Nodier,
He ahí porqué de él hablo tan á menudo.
Ahora bien: la historia que vais á leer, oh lectores, es la
que me refirió Nodier.

En la ciudad alemana por excelencia, rampante y bellísima
la vez, un tanto triste, ó mas bien un tanto pensativa; era la
ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine, y de las poesías
de Goethe, de Euphrosine Büchmann y de Werther.
Con efecto, hasta ahora una mirada sobre Mannheim, para
jugar al instante, viendo sus casas, sinóticamente alineadas,
su división en cuatro barrios ó cuarteles, sus anchas y harmo-
nías calles donde no crece un tallo de yerba, su fuerte muralla,
sus cascos portados por una doble fila de ventanas, que la
atravesaban desde un extremo al otro hasta esta sola para jugar,
como iba diciendo, con la lancha y rápidamente la corriente la lleva
en el farsito, en el tiempo en tiempo las pasadas, una más ó
pocas en el farsito, una más ó pocas en la historia de Werther, ó una
guía en la de Schiller.

Hay, sobre todo, una plaza que tiene un carácter particular,
y es la plaza donde se eleva la vez la iglesia y el teatro.

V. La familia de Hoffmann.

En el número de esas bonitas ciudades esparcidas á las márgenes del Rhin, á semejanza de las cuentas de un rosario cuyo hilo sería el río, preciso es contar á Mannheim, la segunda capital del gran ducado de Baden, y la segunda residencia del gran duque.

Hoy que los barcos de vapor suben y bajan el Rhin, pasando por delante de Mannheim; hoy que un camino de hierro conduce á Mannheim; hoy que Mannheim, en medio del estruendo de la fusilería, ha alzado, con los cabellos en desorden y el ropaje tinto en sangre, el estandarte de la rebelión contra su gran duque, no sé ya lo que es Mannheim; pero, en la época en que comienza esta historia, es decir, pronto hará cincuenta y seis años (1), voy á describiros lo que era.

(1) Alejandro Dumas escribía estas páginas en el año 48 ó 49, y al hablar de la revolución de Alemania alude á los sucesos de 1848, cuando unos tronos cayeron y otros vacilaron al empuje de la democracia. —N. del T.

Era la ciudad alemana por excelencia, tranquila y política á la vez, un tanto triste, ó mas bien un tanto pensativa; era la ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine, y de los poemas de Goethe: de Enriqueta Belmann y de Werther.

Con efecto, basta arrojar una mirada sobre Manheim, para juzgar al instante, viendo sus casas simétricamente alineadas, su división en cuatro barrios ó cuarteles, sus anchas y hermosas calles donde no crece un tallo de yerba, su fuente mitológica, su paseo perfilado por una doble hilera de acacias, que la atraviesa desde un extremo al otro; basta esto solo para juzgar, como iba diciendo, cuán dulce y quietamente trascurriría la vida en tal Paraíso, si de tiempo en tiempo las pasiones amorosas ó políticas no pusiesen una pistola en la diestra de Werther, ó un puñal en la de *Sand*.

Hay, sobre todo, una plaza que tiene un carácter particular, y es la plaza donde se elevan á la vez la iglesia y el teatro.

Iglesia y teatro han debido ser edificados en una misma fecha, probablemente por igual arquitecto, quizás al mediar el siglo pasado, cuando los caprichos de una favorita tanto poder tenían sobre el arte que éste tomaba su nombre, desde el templo hasta la casita, desde la estatua de bronce de diez codos hasta la figurita de porcelana de Sajonia.

El teatro y la iglesia de Manheim están, pues, contruidos según el estilo Pompadour.

La iglesia tiene dos nichos exteriores: en el uno vése una Minerva, y en el otro una Hebe.

Sobre la puerta del teatro hay dos esfinges, de las cuales la una simboliza la Comedia, y la Tragedia la otra.

La primera tiene bajo una de las patas una máscara, y la segunda un puñal; ambas aparecen con las cabezas peinadas según la moda de entonces, con la cabellera empolvada y echada hacia atrás, lo cual se aviene á las mil maravillas con el carácter egipcio de las esfinges.

Por lo demás, toda la plaza, casas, muros y árboles, están fabricados y recortados con arreglo al propio gusto, y forman uno de los conjuntos mas raros.

Pues bien: á un aposento situado en el piso principal de una casa cuyas ventanas caían lateralmente sobre el atrio de la iglesia de los jesuitas, vamos á conducir á nuestros lectores, haciéndoles observar que nos rejuvenecemos mas de medio siglo, y que nos hallamos, por lo que respecta á años, en el de gracia ó de desgracia de 1795, y por lo que toca á día y mes á diez del mes de mayo, domingo por mas señas.

Todo está, pues, floreciendo: las algas á orillas del rio, las margaritas en las praderas, el espino en los setos, la rosa en los jardines, el amor en todas partes.

Añadamos ahora que uno de los corazones que con mas fuerza palpitaban en la ciudad de Manheim y sus alrededores era el del jóven que habitaba ese cuarto de que acabamos de hablar, y cuyas ventanas daban al atrio de la iglesia de padres jesuitas.

Jóven y habitacion merecen una descripcion particular, principiando por ésta última.

La estancia, á no dudar, pertenecia á un hombre á la vez caprichoso y aficionado á las artes, pues que tenia el triple aspecto de taller, almacen de música y gabinete de trabajo.

Veíase allí una paleta, pinceles, un caballete, y sobre el caballete un boceto á medio hacer.

Veíase tambien una guitarra, una viola y un piano, y encima del piano estaba una sonata abierta.

Por último, veíase asimismo tintero y papel, y en una hoja de papel se leía el comienzo de una balada.

Luego, pendiendo de las paredes, habia allí arcos, flechas, ballestas del siglo XV, grabados del XVI, instrumentos de música del XVII, cofres de todas las épocas, jarros de todas las formas, aguamaniles de todas las especies; y en fin, collares de vidrio, abanicos de plumas, lagartos disecados, flores secas, todo un mundo, para concluir; pero todo un mundo que no valia arriba de veinticinco thalers de plata de buena ley.

El habitador de aquel cuarto ¿era un pintor, un músico ó un poeta? Ignorámoslo.

Mas lo cierto es que era un fumador; pues, en medio de

tantas colecciones, la mas completa, la mas vistosa, la que ocupaba el puesto de honor, y brillaba los rayos del sol por cima de un antiguo canapé, al alcance de la mano, era una coleccion de pipas.

Fuese lo que fuese, poeta, músico ó pintor, por entonces no fumaba, ni pintaba, ni componia, ni escribia.

No: solamente miraba.

Y miraba inmóvil, de pié, apoyado en la pared, reteniendo el aliento; y lanzaba sus miradas por la abierta ventana, después de haberse hecho un baluarte con la cortina, á fin de ver sin ser visto, como se mira cuando los ojos no son mas que los lentes del corazon.

¿Qué es lo que miraba?

Un parage enteramente solitario á la sazón, el atrio de la iglesia de padres jesuitas.

Verdad es que el atrio estaba desierto porque la iglesia estaba llena.

Y viniendo á otra cosa, ¿qué aspecto tenia el que habitaba aquel cuarto y miraba desde detrás de la cortina, y cuyo corazon palpitaba así al mirar?

Era un jóven de dieciocho años á lo sumo, bajo de talla, flaco de cuerpo, y de fisonomia adusta; sus largos cabellos negros caían á veces desde la frente hasta debajo de los ojos, que quedaban velados, á no ser que no desviase el pelo con la mano; y, á través de aquel velo de cabellos, la mirada del jóven brillaba fija y parda, como la de un hombre cuyas facultades mentales no deben permanecer constantemente en perfecto equilibrio.

Nuestro jóven no era poeta, ni pintor, ni músico; era un compuesto de esto: músico, pintor y poeta en una pieza; era un todo extraño, caprichoso, mezcla de bueno y malo, de bizarro y tímido, de activo y perezoso; era, en fin, Ernesto Teodoro Guillermo Hoffmann.

Habia nacido en una rigurosa noche del invierno de 1776, mientras silbaba el viento y caía la nieve, y sufría todo el que está desprovisto de riquezas; vió la luz primera en Königsberg, en el fondo de la vieja Prusia, y vióla tan débil, tan canijo,

tan raquiticamente configurado, que la exigüidad de su persona hizo creer á todas las gentes que era mas del caso mandar cavar una fosa, que comprar una cuna; vino al mundo el mismo año en que Schiller, terminando su drama los *Bandidos*, firmaba: *Schiller, esclavo de Klopstock*, y abrió los ojos en el seno de una de esas antiguas familias de la clase media, parecidas á las nuestras del tiempo de la Fronda, como se ven todavia en Alemania, mas como no se verán bien pronto en ninguna parte.

La madre del recién nacido era de un temperamento enfermizo, pero de una resignación profunda, lo cual daba á su delicada figura un aire de melancolía llena de gracia; y el padre de la criatura era de severo continente, como convenia á un consejero criminal y comisario de justicia en el tribunal superior provincial.

El joven tenia además tíos jueces, tíos bailios, tíos burgo-maestres, y tías jóvenes, bellas y graciosas aun, todos músicos, todos artistas, todos felices y alegres. Hoffmann contaba haberlos visto: traílos á su imaginación colocados en torno de él, niño de seis, de ocho, de diez años, ejecutando estraños conciertos en los que cada cual tañía uno de esos antiquísimos instrumentos cuyos nombres ni se saben hoy dia: timpanos, rabeles, cítaras, sistros, violas de amor y otros mas. Bien es verdad que nadie, á escepcion de Hoffmann, habia visto á aquellos tíos músicos, á aquellas tías idem, ni tampoco que tías y tíos retirábanse unos en pos de otros como espectros, despues de haber apagado, al retirarse, las luces que ardian sobre sus atriles.

De todos los tíos, sin embargo, existia uno, así como de todas las tías otra.

Esta tia era uno de los mas risueños recuerdos de Hoffmann.

En la casa donde Hoffmann habia pasado su infancia y su adolescencia, vivia una hermana de su madre; una joven de dulces miradas, que penetraban basta lo mas recóndito del alma; una joven amable, espirital, llena penetración, la-cual, en

el niño que todos tenían por loco, por maníaco, por rabioso, vislumbra un espíritu eminente; así que, solo abogaba ella por él... cerca de la madre, se entiende, ó le predecía talento y gloria; predicción que, mas de una vez, hizo asomar lágrimas á los ojos de la madre de Hoffmann, pues sabiamuy bien que la compañera inseparable de la gloria y del talento es la desgracia.

Esta tia, era la tia Sofia.

Era música, como toda la familia, y tocaba el laud. Cuando Hoffmann despertaba en su cuna, despertábase inundado de una vibrante armonía; cuando abria los ojos, veia la agraciada figura de la jóven, con el instrumento asido. Vestia ordinariamente una bata verdemar, con motas bermejas, y acompañaba frecuentemente un anciano músico de piernas torcidas y peluca blanca, que tocaba un contrabajo mas grande que él, del cual se colgaba subiendoy bajando, ni mas ni menos que un lagarto á lo largo de una calabaza. En aquellos torrentes de armonía, que rodaban como una cascada de perlas de los dedos de la bella Euterpe, Hoffmann habia bebido el encantado filtro que á él tambien le habia hecho músico.

Así que, segun dejamos dicho, la tia Sofia era uno de los mas preciosos recuerdos de Hoffmann.

No sucedia otro tanto con respecto á su tío.

La muerte del padre de Hoffmann y la enfermedad de su madre, habíale entregado en manos de este tío, el cual era tan económico como despilarrado Hoffmann, tan metodizado como escéntrico Hoffmann, y cuyo espíritu de orden y arreglo de continuo habia pesado sobre su sobrino, pero tan inútilmente como se habia ejercitado el del emperador Carlos V en sus péndulos: por mas que el tío hacia, siempre sonaba la hora en la fantasia del muchacho, jamás en la suya.

Por lo demas, el tío de Hoffmann, apesar de su arreglo y su orden, no profesaba odio á las artes y al talento, y aun llegaba hasta tolerar la música, la poesia y la pintura; empero, pretendia que un hombre sensato no debía recurrir á semejantes en-

tretenimientos sino despues de comer, para facilitar la digestion. En virtud de este tema, habia reglado la vida de Hoffmann: tantas horas para el sueño, tantas para el estudio de la abogacia, y tantas para las comidas; y luego, tantos minutos para la música, tantos para la poesia, y tantos para la pintura.

Hoffmann hubiera querido tornar esto del revés, y decir: tantos minutos para la jurisprudencia, y tantas horas para la pintura, tantas para la poesia y tantas para la música; pero Hoffmann no era dueño de sus acciones, y de ahí resultó que el jóven tomó aversion al estudio de las leyes, por lo cual cierto dia abandonó á Koenigsberg llevando algunos thalers en los bolsillos, y por fin llegó á Heidelberg, donde hizo un pequeño alto, mas donde no pudo quedarse á causa del malísimo estado de la orquesta del teatro.

En consecuencia, de Heidelberg trasladóse á Manheim, cuyo teatro, próximo al cual vivia segun hemos visto, pasaba por rival de las escenas líricas de Francia é Italia; y decimos de Francia é Italia, porque debe tenerse presente que, solamente cinco ó seis años antes de la época en que dá comienzo nuestra narracion, habia tenido lugar en la Academia real de música la gran lucha entre Gluck y Piccini.

Hoffmann encontrábase, pues, en Manheim, alojado á inmediaciones del teatro, subsistiendo del producto de su música, de su poesia y de su pintura, junto á algunos federicos de oro que su buena madre le mandaba de tarde en tarde, cuando nosotros, arrogándonos el privilegio del *Diablo cojuelo*, hemos levantado el techo del cuarto del jóven para mostrarlo á nuestros lectores de pié, apoyado en la pared, inmóvil tras de su cortina, pero al propio tiempo anhelante y con la vista clavada en el pórtico de la iglesia de los jesuitas.

VI.

Un enamorado y un loco.

A punto que algunas personas, que salían del templo no obstante estar á medio celebrar la misa, atraían mas y mas la atención de Hoffmann, llamaron á la puerta. Nuestro jóven movió la cabeza y golpeó impacientemente el piso con el pié, mas no respondió palabra.

Llamaron por segunda vez.

Una torva mirada cayò como un rayo sobre el indiscreto, á través de la puerta.

Tornaron á llamar por vez tercera.

Esta vez, el jóven permaneció quedo, y parecia visiblemente decidido á no abrir.

Pero, en lugar de obstinarse en seguir dando manotazos á la puerta, el visitante se contentó con pronunciar uno de los primeros nombres de Hoffmann.

—¡Teodoro! gritó.

—¡Ah! ¿eres tú, Zacarías Werner? preguntó Hoffmann?

—Sí, yo soy; ¿te importa estar solo?

—No; aguarda.

Y Hoffmann franqueó la entrada.

Un jóven alto, pálido, delgado y de rubios cabellos, entró con aire un si es no es azorado. Contaria três ó cuatro años mas que Hoffmann. Tan pronto como se vió dentro, posó las manos sobre los hombros de éste, y los lábios sobre la frente, como pudiera hacerlo un hermano mayor.

Con efecto, era un verdadero hermano para Hoffmann. Nacido en la misma casa que él, el futuro autor de *Martin Lutero*, de *Attila*, del 24 de febrero y de la *Cruz del Báltico*, habia crecido bajo la doble proteccion de su madre y de la madre de Hoffmann.

Las dos mugeres, ambas atacadas de una afeccion nerviosa, que terminó en una enagenacion mental, habian transmitido á sus hijos esta enfermedad, la cual, atenuada por la trasmision, convirtióse en imaginacion fantástica en Hoffmann, y en predisposicion melancólica en Zacarías. La madre de este último creia-se, á ejemplo de la Virgen, encargada de una mision divina. Su hijo, su Zacarías, debia ser el nuevo Cristo, el futuro Silo prometido por las Escrituras. En tanto que el niño dormia, le entretegia coronas de florecillas, con las cuales le ceñia la frente; luego, arrodillábase delante de él, cantando con voz dulce y armoniosa los mas hermosos cánticos de Lutero, y esperando, á cada versículo, ver convertida la guirnalda en aureola.

Los dos niños fueron criados juntos, y, sobre todo, porque Zacarías moraba en Heidelberg, donde seguia los estudios, habia huido Hoffmann de casa de su tio; á su turno, pagando á Hoffmann amistad con amistad, Zacarías habia abandonado á Heidelberg y unídose á Hoffmann en Manhium, cuando éste, corriendo en busca de mejor música, habia dejado á Heidelberg por Manheim.

Pero, una vez reunidos, lejos de la autoridad de aquella madre tan buena, entrambos jóvenes se habian aficionado á los

viages, complemento indispensable de la educacion del estudiante aleman, y resolvieron visitar Paris:

Werner, á causa del estraordinario espectáculo que debia presentar la capital de Francia, en medio del periodo del terror á que habia llegado;

Hoffmann, para comparar la música francesa con la música italiana, y mas que nada para estudiar los recursos de la Ópera Francesa en punto á decorado y servicio de la escena, pues á la sazón habia concebido la idea que le acarició durante su vida, y era la de hacerse director de un teatro.

Zacarias Werner, libertino por temperamento, aunque religioso por educacion, contaba con aprovecharse al propio tiempo de la licencia de costumbres que reinaba en 1795, y de la cual uno de sus amigos, llegado recientemente de Paris, habíale hecho una pintura tan halagadora, que concluyera por seducir al voluptuoso estudiante.

El segundo, esto es, Hoffman, formaba propósito de ver los museos, de los cuales le habian referido maravillas, y en donde podia, pasando de la música á la pintura, comparar las escuelas italianas con las escuelas alemanas.

Por lo demás, cualquiera que fuesen los motivos secretos que aguijaban á los dos amigos, en ambos era igual el deseo de visitar la Francia.

Para cumplir este deseo, no les faltaba mas que una cosa: dinero. Pero, por una estraña coincidencia, quiso la casualidad que Werner y Hoffmann hubiesen recibido el mismo dia cada uno cinco federicos de oro, enviados por sus madres.

Diez federicos de oro sumaban con corta diferencia doscientas libras: era, pues, una respetable cantidad para un par de estudiantes, que pagaban por casa, lumbre y manutencion cinco thalers mensuales. Mas dicha cantidad era harto insuficiente para poner por obra el famoso viage proyectado.

Ocurrióseles entonces una idea, y, como á los dos jóvenes se les vino simultáneamente á las mentes, los dos la tomaron por una inspiracion del cielo.

Esta idea era acudir al juego, y arriesgar cada cual sus cinco federicos de oro.

Con aquellos diez federicos no habia viage posible; arriesgándoselos, podian ganar una suma bastante para dar la vuelta al mundo.

Dicho y hecho: la estacion de las aguas se aproximaba, y, á contar desde el primero de mayo, estaban abiertas las casas de juego. Werner y Hoffmann entraron en una de estas casas.

Werner tentó el primero fortuna; mas perdió, en cinco jugadas, sus cinco federicos de oro.

Llegábale el turno á Hoffmann.

El jóven aventuró temblando su primer federico de oro, y ganó.

Animado por tal comienzo, dobló la puesta. Hoffmann estaba de vena: de cinco jugadas ganaba cuatro, y nuestro jóven era de los que tienen confianza en la buena suerte. En lugar de titubear, caminaba de ganancia en ganancia, y hubiérase podido creer que un poder sobrenatural le ayudaba; pues sin combinacion ni cálculo arrojaba su oro sobre un naípe, y su oro se doblaba, triplicaba, quintuplicaba Zacarias. mas tembloroso que un calenturiento, mas descolorido que un espectro, murmuraba de vez en cuando:—Basta, Teodoro.... basta.—Empero, el jugador reíase de aquella timidez pueril, y el oro seguia al oro, ó mas bien el oro engendraba oro. En fin, dieron las dos de la madrugada, hora en que cerraba sus puertas el establecimiento; así que, cesó el juego, y entrambos jóvenes, sin tomarse la molestia de contar, llenaron los bolsillos de oro. Zacarias, que no acertaba á creer que se hallaba poseedor de tan crecido caudal, salió el primero. Iba á seguirle Hoffman, cuando un oficial veterano, que no le había perdido de vista durante todo el tiempo que habia estado jugando, detúvolo á punto que iba á traspasar el dintel de la puerta.

—Jóven, dijo poniéndole una mano sobre el hombro y contemplándolo fijamente, al paso que vais hareis quebrar la banca, no lo dudo; pero, cuando la banca haya quebrado, contad con que sereis simplemente una presa del diablo.

Y tras esto, sin aguardar respuesta de Hoffmann, desapare-

ció el veterano. Hoffman, á su vez, salió; mas ya no era el mismo. La prediccion del viejo soldado le habia enfriado como un baño de nieve, y aquel oro, del cual llevaba colmados los bolsillos, pesábale y hacíale creer que llevaba sobre sí una carga de iniquidades.

Werner aguardaba sumamente gozoso, y entrambos tornaron juntos á casa de Hoffmann; el uno riendo, bailando y cantando; el otro cabizbajo, casi sombrío.

El que reía, bailaba y cantaba, era Werner; el que estaba cabizbajo, casi sombrío, era Hoffman.

Pero, aparte de esto, los dos determinaron partir al día siguiente por la tarde para Francia.

Separáronse despues de abrazarse.

Una vez solo, Hoffmann contó su dinero.

Hallábase dueño de cinco mil thalers, ó sean veintitres ó veinticuatro mil francos.

Reflexionó durante largo rato, y al cabo pareció tomar una difícil resolucion.

En tanto que reflexionaba, á la luz de un quinqué de cobre, que alumbraba la estancia, su cara estaba pálida y bañada de sudor su frente.

A cada rumor que en derredor percibía, por mas que aquel rumor fuese tan ténue como el vuelo de un mosquito, sobresaltábase Hoffmann, volvíase y miraba en torno suyo con terror.

La prediccion del oficial no abandonaba la memoria del jóven, y murmuraba quedamente versos de Faust, pareciendole ver, en el umbral de la puerta, el raton roedor; en un ángulo del aposento, el negro perro de aguas.

Por último, tomó un partido decisivo.

Separó mil thalers, cantidad que él conceptuaba necesaria para su viage, y empaquetó los cuatro mil thalers restantes; luego, sobre el paquete, pegó una tarjeta con lacre, y escribió lo siguiente:

Al señor burgomaestre de Koenigsberg, para repartir entre las familias mas pobres de la ciudad.

Y en seguida, contento de la victoria que sobre sí mismo acababa de obtener, y sereno ya por obra tan meritoria, desnudóse, y durmió de un tirón hasta el día siguiente á las siete de la mañana.

A las siete se levantó, y su primera mirada fué para los mil thalers visibles, y para los cuatro mil lacrados. Juzgaba que todo habia sido un sueño.

La presencia de los objetos aseguróle de la realidad de lo que habia acontecido la víspera.

Pero lo que sobre todas las cosas era una realidad para Hoffmann, aunque ningun objeto material se la recordase, era la predicción del oficial veterano.

Asi pues, sin arrepentimiento alguno, se vistió como de costumbre, y, colocando el paquete de los cuatro mil thalers debajo del brazo, fué á llevarlos por sí mismo á la diligencia de Königsberg, no sin haber cuidado antes de encerrar en un cajon los otros mil thalers.

Hecho esto, como estaba convenido, y no lo ignoran nuestros lectores, que los dos amigos partirian aquella misma tarde para Francia, Hoffmann dióse prisa á hacer sus preparativos de viaje.

Al propio tiempo que iba y venia, cepillando una casaca, doblando una camisa, ó acomodando un par de pañuelos, Hoffmann dirigió una mirada á la calle y quedó como clavado en su sitio.

Una jóven de dieciseis á diecisiete años, hermosa, pero forastera á no dudar en Manheim, puesto que Hoffmann no la conocia, avanzaba por el extremo opuesto de la calle encaminándose á la iglesia.

Hoffmann, en sus ensueños de poeta, de pintor y músico, nada semejante habia entrevisto.

Aquella muger superaba no solo á todo lo que hasta entonces contemplára, sinó tambien á todo lo que esperaba contemplar.

Y sin embargo, á la distancia en que se hallaba, no veia mas que un admirable conjunto, cuyos detalles escapábansele.

La jóven venia acompañada de una anciana erizada.

Una y otra subieron lentamente las gradas de la iglesia de padres jesuitas, y desaparecieron bajo el pórtico.

Hoffmann dejó su baul á medio llenar, una casaca morada á medio cepillar, un casacon de abrigo á medio plegar, y permaneció inmovil detrás de su cortina.

Allí ha aparecido á nuestra vista, aguardando la salida de la jóven que habia visto entrar.

Solamente le asaltaba un temor, á saber: que la jóven fuese un ángel, y que, en vez de salir por la puerta, volase por la ventana remontándose á los cielos.

En tal situacion hémoslo hallado, y, después de nosotros, fué encontrado por Zacarías Werner.

El recién venido, como dejamos consignado, apoyó una mano sobre el hombro de su amigo, á quien, al propio tiempo, besó en la frente.

Trás esto, exhaló un descomunal suspiro.

Aunque Zacarías Werner estuviese siempre pálido, á la sazón estaba mas pálido que de ordinario.

—¿Qué tienes? preguntóle Hoffmann con inquietud.

—¡Oh! ¡amigo mio....! exclamó Werner; soy un bandido, un miserable, y merezco la muerte!... Divídeme la cabeza con uu hacha....traspásame el corazon con una flecha....Ya no soy digno de ver la luz del sol.

—¡Bah! dijo Hoffmann con su plácida distraccion de hombre afortunado; ¿qué es, pues, lo que te sucede, querido amigo mio?

—Sucede.... ¿quieres saber lo que sucede, no es verdad? ¿no es esto lo que me preguntas?... ¡Pues bien! amigo mio, ¡el diablo me ha tentado!

—¿Qué significa lo que estás diciendo?

—Que cuando he visto todo mi caudal esta mañana, pareció-me que habia tanto oro, tanto, que creí un sueño todo lo que nos habia acontecido.

—¿Cómo! ¿un sueño...?

—La mesa estaba enteramente cubierta de dinero, continuó Werner. Pues bien: cuando he visto todo aquello, una verda-

dera fortuna, mil federicos de oro.... Pues bien: cuando he visto todo aquello, cuando he visto brotar un rayo de cada moneda, apoderóse de mí un febril deseo, que no pude resistir; por lo tanto, cogí la tercera parte de mi caudal, y corri á la casa de juego.

—¿Y has perdido?

—Hasta mi último kreutzer.

—Ya no hay remedio; afortunadamente, pequeño es el mal, puesto que te restan los otros dos tercios.

—¡Sí.... los dos tercios! Volví en busca del segundo, y....

—¿Y lo has perdido como el primero?...

—Mas presto todavía, amigo mío; mas presto.

—Lo cual quiere decir que tornarias corriendo á buscar tu tercer y último tercio, ¿verdad?

—No he corrido, sinó volado: tomé los mil quinientos thalers restantes, y coloquélos sobre el punto encarnado.

—Y salió el negro, dijo Hoffmann; ¿no es cierto?

—¡Ay! amigo mío, el punto negro, el horrible punto negro, el cual salió sin vacilacion, sin remordimientos, como si no viniese á arrebatarme mi postrera esperanza... ¡Salió, amigo mío, salió!

—¿Y no te acongoja la pérdida de los mil federicos de oro mas que á causa de tu viage?

—No, no me acongoja á causa de otra cosa. ¡Oh! ¡si únicamente hubiera separado quinientos thalers para ir á París...!

—¿Te consolarias así de haber perdido los demás?

—Al instante mismo.

—En ese caso, cuéntalos por tuyos, querido Zacarias, dijo Hoffmann conduciéndole hácia el cajon donde habia encerrado su oro. Hé ahí los quinientos thalers: toma y marcha.

—¿Cómo! ¿qué marche? exclamó Werner; ¿y tú?

—¡Oh! en cuanto á mí, ya no parto.

—¿Cómo que no...!

—No; al menos por ahora.

—Peso, ¿por qué? ¿qué razon tienes para desistir de tu propósito? ¿qué te impide partir? ¿qué te retiene en Manheim?

Hoffmann llevó vivamente á su amigo hácia la ventana: habia concluido la misa, y las gentes comenzaban á salir del templo.

—Mira, mira, díjole mostrando á alguien con el dedo.

En efecto, la jóven desconocida aparecia en lo alto de la escalinata, y luego bajó poco á poco las gradas de la iglesia, con su libro de misa apoyado contra el pecho, con la cabeza inclinada, y modesta y pensativa, como la Margarita de Goethe.

—¿Vés? murmuró Hoffmann.

—Ciertamente que veo.

—¡Y bien! ¿qué opinas?

—Opino que no existe muger en el mundo que valga tanto, que por ella se sacrifique nuestro viage á París, por mas que fuese la linda Antonia, la hija del viejo Gottlieb Murr, nuevo director de orquesta del teatro de Manheim.

—Segun eso, la conoces.

—Sí por cierto.

—¿Y conoces tambien á su padre?

—Era director de orquesta del teatro de Francfort.

—¿Puedes darme una carta para él?

—¡Pues no he de poder!

—Zacarias, siéntate y escribe.

Werner tomó asiento delante de una mesa, y escribió.

A punto de ponerse en camino para Francia, recomendaba su jóven amigo Teodoro Hoffmann á su anciano amigo Gottlieb Murr.

Apenas dió tiempo Hoffmann para que finalizase la carta; firmada ésta, tomóla y, abrazando á su amigo, se lanzó fuera de la habitacion.

—Es igual, le gritó por última vez Zacarias Werner; ya verás que no hay muger, por linda que sea, capaz de hacerte olvidar París.

Hoffmann oyó las palabras de su amigo; mas no juzgó propósito volverse para contestar, ni siquiera para hacer un signo de aprobacion ó desaprobacion.

En cuanto á Zacarias Werner, metió los quinientos thalers en sus bolsillos, y, á fin de no ser nuevamente tentado por el

demonio del juego, dirigióse tan aprisa á la administracion de las Mensagerías, como corria Hoffmann hácia la casa del anciano director de orquesta.

Hoffman llamaba á la puerta del maestro Gottlieb Murr, precisamente á tiempo que Zacarías Werner subia á la diligencia de Strasburgo.

VII.

El maestro Gottlieb Murr.

El director de orquesta en persona vino á abrir la puerta á Hoffmann.

Hoffmann no habia visto nunca al maestro Gottlieb, y, no obstante, lo reconoció.

Aquel hombre, grotesco como era, debía ser irremisiblemente artista; aun mas, gran artista.

Era un viejecito de cincuenta y cinco á sesenta años, que tenia una pierna torcida, y el cual no cojeaba á pesar de la deformidad de su pierna, semejante á un tirabuzon. De cuando en cuando, andando ó mas bien saltando delante de las gentes á quienes recibia, como saltar pudiera una nevatilla, deteníase, hacia un pirueta sobre su pierna torcida, lo cual le daba la apariencia de introducir una barrena en tierra, y continuaba su marcha.

Al propio tiempo que le seguia, Hoffmann le examinaba

y grababa en su memoria uno de esos fantásticos y maravillosos retratos de que nos ha dado, en sus obras, una galería tan completa.

La fisonomía del anciano era entusiasta, astuta y espiritual á la vez, y estaba recubierta de una piel apergaminada, mosqueada de negro y rojo como una página de canto llano. En medio de aquel extraño conjunto brillaban dos ojos vivísimos, cuya penetrante mirada podía apreciarse tanto mejor, cuanto que, según costumbre, las gafas que no abandonaba nunca el anciano, ni siquiera para dormir, estaban constantemente levantadas sobre su frente, ó bajadas sobre la punta de su nariz. Tan solo cuando tocaba el violín, alzando la cabeza y mirando á cierta distancia, concluía por utilizar aquel mueblecito, que en el viejo director de orquesta parecía ser mas bien un objeto de lujo que de necesidad.

Su calva cabeza estaba abrigada de continuo con un casquete negro, que habia llegado á ser una parte inherente á su persona; tanto, que día y noche el maestro Gottlieb aparecía á sus visitantes acompañado de su casquete. Únicamente cuando salía se contentaba con encajarse por encima de él una pequeña peluca á la Juan-Jacobo; de suerte, que el casquete quedaba apriionado entre el cráneo y la peluca. Por supuesto, ni lo mas mínimo se inquietaba el maestro Gottlieb de la porción de terciopelo que asomaba por debajo de sus postizos cabellos, los cuales, teniendo mas afinidad con el sombrero que con la peluca, acompañaban al sombrero en su escursión aérea cuantas veces hacia un saludo el maestro Gottlieb.

Hoffmann miró de paso en derredor de sí; mas no vió á nadie.

Siguió, pues, al maestro Gottlieb á donde éste, que como dejamos dicho caminaba delante, quiso conducirlo.

Detúvose el maestro Gottlieb en un vasto gabinete atestado de particiones apiladas, y de hojas de música suelta; encima de una mesa veíanse diez ó doce cajas, mas ó menos adornadas, pero todas ellas de esa forma que jamás engaña á un músico; es decir, de la forma de un estuche de violín.

A la sazón, ocupábase en disponer el maestro Gottlieb para el teatro de Manheim, en el cual queria hacer un ensayo de música italiana, el *Matrimonio segreto* de Cimarosa.

Un arco, á semejanza del sable de madera de Arlequin, pendia del costado del viejo Murr, ó mas bien estaba sugeto por el abotonado bolsillo de su calzon; una pluma se alzaba altivamente trás de su oreja, y tenia los dedos manchados de tinta.

Con los dedos así manchados de tinta cogió la carta que le presentaba Hoffmann, y luego, echando una ojeada al sobre, y reconociendo la letra,

—¡Ah! ¡Zacarias Werner! exclamó; ¡poeta! ¡poeta... pero jugador! Y, como la calidad corregia un tanto el defecto, añadió: ¡jugador! ¡judador... pero tambien poeta!

Rompió la nema, y repuso:

—¡Partió, no es cierto? ¡Partió!

—Precisamente ahora mismo, caballero.

—¡Protéjalo Dios! dijo Gottlieb alzando los ojos al cielo, como para recomendar su amigo á Dios. Ha hecho bien; los viajes instruyen á la juventud, y, si yo no hubiese viajado, no conoceria al inmortal Paesiello, al divino Cimarosa.

—Mas no por eso dejaríais de conocer sus obras, maestro Gottlieb, observó Hoffmann.

—¡Ya se vé que sí! pero ¿qué vale conocer la obra, desconociendo al artista? es conocer el alma sin el cuerpo; la obra es el espectro, la aparicion; la obra es lo que resta de nosotros después de muertos; mas el cuerpo, notad bien lo que os digo, es lo que ha vivido; jamás comprendereis enteramente la obra de un hombre, sino habeis conocido á aquel hombre mismo.

Hoffmann hizo un signo con la cabeza.

—Verdad es, dijo el jóven; nunca he apreciado á Mozart tan á fondo como despues que he visto á Mozart.

—Sí, sí, apoyó Gottlieb: Mozart tiene cosas buenas; mas ¿por qué las tiene? porque ha viajado por Italia. Jóven, la música alemana es la música de los hombres; pero, acordaos de mis palabras, la música italiana es la de los dioses.

—Y no obstante, replicó Hoffmann sonriéndose, no fué en

Italia donde compuso Mozart las *Bodas de Figaro* y *Don Juan*, puesto que la primera de estas obras ha sido compuesta en Viena para el emperador, y la otra en Praga para el teatro italiano.

—Cierto, jóven, ciertísimo, y me place ese espíritu nacional que os mueve á tomar la defensa de Mozart. Si, sin duda, á haber vivido mas el pobre diablo, á haber hecho otro ú otros dos viajes á Italia, hubiera llegado á ser un maestro... un gran maestro. Pero ese *Don Juan*, esas *Bodas de Figaro* de que hablais, ¿sobre qué las ha compuesto? Sobre *libretti* italianos, sobre letras italianas, á un reflejo del sol de Bolonia, de Roma ó Nápoles. Creedme, jóven: menester es haber visto, haber sentido ese sol, para apreciar su valor. Sin ir mas lejos, yo mismo dejé la Italia cuatro años há, y desde hace cuatro años tiritó cuando no pienso en Italia; pero, con solo pensar en ella, me inflamo y no tengo necesidad de capa, ni de casaca, ni aun de casquete. Los recuerdos me devuelven la animacion perdida... ¡Oh música de Bolonia! ¡Oh sol de Nápoles! ¡Oh....!

Y el rostro del anciano espresó, durante un momento un bienestar supremo, pareciendo estremecerse su cuerpo todo á impulsos de un gozo infinito, como si los rayos del sol meridional inundando todavía su frente, se deslizasen desde su calva cabeza á sus hombros, y desde allí al resto de su persona.

Guardóse bien Hoffmann de sacarle de su éxtasis; solamente se aprovechó de aquella coyuntura para mirar á uno y otro lado, con la esperanza de ver á Antonia. Empero, las puertas estaban cerradas, y ningun rumor se percibía, detrás de las puertas, que denunciase la presencia de un ser viviente.

Tuvo, pues, que contentarse con el maestro Gottlieb, cuyo arrobamiento iba calmandose poco á poco, hasta que por fin sacudiólo del todo, no sin cierto leve temblor.

—¡Brrr...! prorumpió el viejo Murr; ¿qué se os ofrecía?

Hoffmann se inmutó.

—Sabed, maestro Gottlieb, dijo, que vengo de parte de mi amigo Zacarías Werner, el cual me ha hablado de vuestra bondad para con los jóvenes; y como yo soy músico....

—¡Ah! ¡sois músico!

Y Gottlieb se enderezó, alzó la cabeza, echóla hácia atrás, y, á través de los vidrios de sus gafas, momentáneamente colocadas sobre los últimos confines de la nariz, clavó en Hoffmann una escrutadora mirada.

—Sí, sí, añadió; cabeza de músico, frente de músico, ojo de músico; ¿y qué sois? ¿compositor, ó instrumentista.

—Ambas cosas, maestro Gottlieb,

—¡Ambas cosas! repitió éste; ¡ambas! Estos muchachos no se paran en barras. Menester sería toda la vida de un hombre, de dos, de três, para alcanzar una cosa ú otra, ¡y ellos son entrambas!

Y así hablando, giró sobre sí mismo, con los brazos levantados hácia el cielo, y con trazas de hundir en el piso el tirabuzón de su pierna derecha.

Luego, terminada la pirueta, y deteniéndose delante de Hoffmann,

—Veamos, jóven presuntuoso, dijo: ¿qué has hecho en materia de composicion?

—Sonatas, cantos sacros y *quintetti*.

—¡Sonatas después de Sebastian Bach! ¡cantos sacros después de Pergoleso! ¡*quintetti* después de Francisco José Haydn! ¡Ah! ¡juventud! ¡juventud!

Trás esto, continuó con espresion de profunda piedad:

—Y, como instrumentista, ¿qué instrumento tocas?

—Todos, ó casi todos, desde el rabel hasta el clavicordio; desde la viola de amor hasta la tiorba; pero el instrumento que predilectamente me ha ocupado, es el violin.

—¡Conque, dijo el maestro Gottlieb con acento chancero, conque le has hecho ese honor al violin!... ¡Feliz eres, por mi vida, pobre violin! Pero, desgraciado, añadió encarándose con Hoffmann, y brincando sobre una sola pierna para ir mas de prisa, ¿sabes acaso lo que es el violin? ¡El violin...! Y el maestro Gottlieb balanceó su cuerpo sobre dicha pierna, en tanto que la otra quedaba en suspenso como la de una grulla; ¡el violin...! es el mas difícil de todos los instrumentos, inventado por Sata-

nás para condenar á los hombres, cuando Satanás alcanzó la perfectibilidad de sus invenciones. Con el violin, acuérdate de lo que diciendo estoy, el ángel malo ha perdido mas almas que con los siete pecados capitales reunidos. Nadie mas que el inmortal Tartini, ¡Tartini, mi profesor, mi héroe, mi dios! nadie mas que él ha rayado en la perfeccion en el violin; mas él solo sabe lo que le costó, en este mundo y el otro, el haber tañido una noche el violin del diablo, y el haber guardado su arco. ¡Oh! ¡el violin...! ¿sabes tú, desventurado profano, que este instrumento oculta bajo una sencillez que casi peca de mezquina, inagotables tesoros de armonía; tales, que cree el hombre gustar la copa de los dioses? ¿has estudiado ese arco, esas cuercas, esa madera, esa crin... esa crin sobre todo? ¿esperas reunir, juntar, domeñar bajo tus dedos ese todo maravilloso, que desde dos siglos há, resiste á los esfuerzos de los mas entendidos, y se queja, y se lamenta, y hasta suspira bajo la presion de sus dedos, no cantando nunca sino bajo la presion de los de Tartini, mi profesor? Cuando has cogido un violin por vez primera, ¿has pensado en lo que estabas haciendo, oh jóven? Verdad es que tú no eres el único, añadió el maestro Gottlieb exhalando un suspiro, que partió de lo mas hondo de su corazon, y tampoco serás el último perdido por el violin. ¡Violin, violin, eterno tentador! otros mas han dado crédito á su vocacion, y perdieron su vida rascando tripas retorcidas. Jóven, vas á aumentar el número, ya tan crecido, de esos desgraciados, que son á la par tan inútiles á la sociedad como insoportables á sus semejantes.

Y en seguida, pasando de una á otra cosa sin transicion ninguna, cogió un violin y un arco como coger puede un maestro de armas dos floretes, y presentó el instrumento á Hoffmann, diciéndole con aire de rete:

¡Pues bien! toca una pieza cualquiera; vamos, toca, yó te di-
ré lo que viene al caso, y, si es tiempo todavía de apartarte del
borde del precipicio, te desviaré de él como he desviado al po-
bre Zacarías Werner. También éste tañia el violin, y tañialo
con furor... con rabia. Soñaba milagros; mas yo he despertado,

su inteligencia. Así, pues, hizo pedazos su violin, y arrojólos al fuego. Luego le puse un contrabajo en las manos, y esto acabó de calmarle, porque tenía lugar bastante para sus largos y delgados dedos. Al principio, haciales correr diez leguas por hora, y al presente.... ¡Oh! al presente toca regularmente el contrabajo para festejar los días de su tío; mientras que, á seguir tocando el violin, no hubiera podido festejar ni al diablo. Vamos, jóven, he aquí un violin: muéstrame lo que eres capaz de hacer.

Hoffmann cogió el violin, y examinólo.

—Si, sí, dijo el maestro Gottlieb; examinas de quien es, del mismo modo que el bebedor huele el vino que vá á paladear; puntea una cuerda, una sola, y, si tu oído no te dice el nombre del que ha construido el violin, no eres digno de tañerlo.

Hoffmann punteó una cuerda, que produjo un son vibrante prolongado, trémulo.

—Es un Antonio Stradivarius, contestó.

—No está mal, no está mal; pero ¿de qué época de la vida de Stradivarius? Veamos: ha construido muchos violines desde 1698 á 1728.

—¡Ah! en cuanto á eso, dijo Hoffmann, confieso mi ignorancia; y paréceme imposible....

—¡Imposible, blasfemo! ¡imposible! Es como si tú me dijese, desdichado, que no es posible reconocer la edad del vino probándolo. Escucha con atencion: tan cierto como hoy estamos á 10 de mayo de 1793, ha sido hecho este violin durante el viaje que el inmortal Antonio verificó de Cremona á Mántua en 1705 dejando confiado su taller á su primer discípulo. Así que, fijate bien, no dudo afirmarte que este Stradivarius es solamente de tercer orden; mas témome que aun sea demasiado bueno para un misero aprendiz como tú. ¡A ver, á ver!

Hoffmann apoyó el violin en el hombro, y no sin fuertes latidos de corazón, comenzó á tocar unas variaciones sobre el tema de *D. Juan*:

La si darem' la mano.

El maestro Gottlieb permanecía de pié junto á Hoffmann, mar-

cando á la vez el compás con la cabeza y con la punta del pié de su pierna zamba. A medida que Hoffmann tocaba, animábase su semblante, brillaban sus ojos, su quijada superior mordía el labio de la inferior, y á derecha é izquierda de esteláblio aplastado sobresalian dos dientes, que en la posicion ordinaria estaba destinado á ocultar, mas que en aquel entonces aparecian á modo de colmillos de jabalí. Por último, un *allegro*, ejecutado por Hoffmann con bastante vigor, mereció del maestro Gottlieb un movimiento de cabeza, semejante casi á una señal de aprobacion.

El jóven ejecutó un final que creyó de las mas brillantes; pero que, lejos de satisfacer al anciano músico, movióle á hacer una horrible mueca.

Empero, serenóse su rostro poco á poco; y, dando golpecitos sobre un hombro del jóven,

—Vaya, vaya, dijo, menos mal ha sido de lo que creia; cuando hayas olvidado todo lo que has aprendido, incluso esos golpes de moda, esos braceos chocantes y finales chillones, harás algo de ti.

Tal elogio de boca de un hombre tan difícil de contentar como el viejo músico, encantó á Hoffmann; además, por sumergido que estuviese en el Océano musical, no daba al olvido que el maestro Gottlieb era padre de la linda Antonia.

Por lo tanto, cogiendo al vuelo las palabras que acababa de pronunciar el anciano, preguntó:

—¿Y quién se encargará de hacer algo de mí? ¿vos, maestro Gottlieb?

—¿Por qué no, joven? ¿por qué no, si quieres prestar atencion al viejo Murr?

—O; escucharé, maestro, tanto cuanto os plazca.

—¡Oh! murmuró el anciano con melancolía, pues su mirada abarcaba lo pasado, remontándose hácia los años transcurridos; ¡muchos aficionados he conocido! entre otros, Corelli, por tradicion, es verdad; él es quien ha abierto la ruta, trillado el camino; es preciso tocar á la manera de Tartini, ó renunciar á la música. Este, antes que los demás, adivinó que el violín

era, sinó un dios, al menos el templo de donde podia salir un dios. Despues aparece la figura de Pugnani, violinista regular, dotado de inteligencia; pero blando, sobre todo en ciertos *appoggiamenti*. En seguida viene Germiniani, vigoroso, es cierto; pero caprichosamente vigoroso, y desconocedor de las transiciones. Espresamente he ido á París para verlo, como tú puedes ir á ver la Opera; era un maníático, amigo mio, un sonámbulo, hijo mio, un hombre que gesticulaba á solas, y el cual deliraba por el *tempo rubato*, por el fatal *tempo rubato*, que mata mas instrumentistas que la viruela, la fiebre amarilla y todas las pestes juntas. Toquéle entonces mis sonatas á la manera del inmortal Tartini, mi maestro, y no pudo menos de confesar su yerro. Desgraciadamente, el discípulo estaba hundido hasta el pescuezo en su método. Verdad es que tenia setenta y un años... ¡pobre muchacho! Cuarenta años mas temprano, hubiéralo salvado, como á Giardini, á quien habia yo tomado por mi cuenta á tiempo. El otro, por desdicha suya, era incorregible; tanto que parecia que el diablo en persona se apoderára de su mano izquierda, y en consecuencia iba y venia con tal velocidad, que la mano derecha no podia seguirla. Eran estravagancias, juego de dedos rápido, capaz de dar la danza de San Guy á un holandés. Así, un dia que, en presencia de Jomelli, destrozaba una pieza magnífica, el buen Jomelli, que era el hombre mas irascible del mundo, aplicóle tan ruda bofetada, que de resultas tuvo Giardini la megilla hinchada durante un mes, y Jomelli resentido el puño por espacio de tres semanas. Semejábase á Lulli en la locura, pues era un loco, un bailador de cuerda que ejecutaba saltos mortales, un equilibrista sin balancin; por cuya razon debería se le poner en la mano un balancin en vez de un arco. ¡Ay, ay, ay! esclamó dolorosamente el anciano; lo digo con profundo desatiento: con Nardini y conmigo estinguirase el bellissimo arte de tañer el violin, el mismo con el cual nuestro comun maestro, Orfeo, atraia las bestias, movia las rocas y edificaba ciudades. En lugar de edificar, á ejemplo del divino violin, destruimos como las trompa malditas. Si los franceses penetréran en Alemania,

para derrumbar las murallas de Philipsburgo, tantas veces por ellos sitiado, no tendrán que hacer sino mandar ejecutar por cuatro violinistas que yo conozco un concierto delante de las puertas de la plaza.

Tomó aliento el anciano, y añadió dulcificando la voz:

—Bien sé que existe Viotti, discípulo mio, y mozo de excelentes disposiciones; pero es impaciente, osado, y salta por cima de las reglas. En cuanto á Giarnowicki, es un fátuo y un ignorante, y lo que con mayor premura recomendé á mi vieja Lisbeth, fué, que si alguna vez oía pronunciar semejante nombre á la puerta de mi casa, diese á quien lo pronunciase con la puerta en los hocicos. Treinta años há que Lisbeth está conmigo.... ¡Pues bien! jóven, creedme que pongo en la calle á Lisbeth si deja entrar en mi casa á Giarnowicki; un sármata, un welche, que se ha permitido hablar mal del maestro de los maestros.... del inmortal Tartini. ¡Oh! al que me traiga la cabeza de Giarnowicki, le prometo lecciones y consejos en cantidad tan crecida como quiera. Por lo que respecta á tí, muchacho, prosiguió el anciano tornando á ocuparse de Hoffmann, no eres gran cosa, cierto es; pero Rode y Krutzer, mis discípulos no valian mas que tú. Y en el mero hecho de buscar al maestro Gottlieb, de dirigirte al maestro Gottlieb, de hacerle recomendar á él por un hombre que le conoce y le aprecia, por el loco de Zacarías Werner, me pruebas que late en ese pecho un corazón de artista. Veamos ahora, jóven; ya no es un *Antonio Stradivarius* lo que voy á poner en tus manos, no; ni tampoco un *Gramuto*, viejo constructor que el inmortal Tartini en tan alta estima tenia, que jamás tocaba otros violines que los de Gramulo; es un *Antonio Amati*, abuelo, progenitor, rama primera de todos los violines que han sido contruidos, y cuyo instrumento formará el dote de mi hija Antonia: en él quiero oírte. Mira, es el arco de Ulises, y quien consiga armar el arco de Ulises es digno de Penélope.

Y esto diciendo, abrió el anciano la caja de terciopelo galonada de oro, y de ella sacó un violin, que el director de orquesta juzgaba sin par, y como el cual quizás Hoffmann solamente

recordaba haber visto alguno en los fantásticos conciertos de sus tios y tias.

Luego, inclinándose ante el instrumento venerable, presentó a Hoffmann.

—Toma, le dijo, y procura no mostrarte indigno de él.

Inclinóse Hoffmann, cogió respetuosamente el instrumento, y comenzó á ejecutar un antiguo estudio de Sebastian Bach.

—Bach... Bach... murmuró Gottlieb; para órgano es bueno, mas de violin no entendia una palabra. No importa.

A la primera nota que arrancó Hoffmann al instrumento no pudo menos de palpar, pues él, músico eminente, comprendia qué tesoro de armonia acababan de poner en sus manos.

El arco, semejante á un arco verdadero, tan encorvado estaba, permitia al instrumentista abrazar á la vez las cuatro cuerdas, y la última de aquellas cuerdas producía tonos celestes tan maravillosos, que jamás soñara Hoffmann que son tan divino fuese creado por el poder de una mano humana.

Mientras tanto, el anciano estaba de pié detrás de él, con la cabeza echada hácia atrás, y abriendo y cerrando los ojos, al propio tiempo que decia por todo estímulo:

—No está mal, no está mal, jóven; ¡la mano derecha.... cuidado con la mano derecha! la mano izquierda no es mas que el movimiento; la derecha es el alma. Ea: ¡alma! ¡alma! ¡alma!

Hoffmann conocia que el viejo Gottlieb tenia sobrada razon, y comprendia, segun le habia advertido en la primera prueba, que preciso era desaprender cuanto habia aprendido; y, por una transicion insensible, aunque sostenida y creciente, pasaba el jóven del pianísimo al fortísimo, de la caricia á la amenaza, del relámpago al rayo, perdiéndose en un torrente de armonias, que alzaba como una nube y dejaba caer convertidas en cascadas murmurantes, en líquidas perlas, en húmedas partecillas; hallábase dominado por la influencia de una situacion nueva, de un estado que rayaba en éxtasis, cuando de repente su mano izquierda cayó sobre las cuerdas, paróse el arco en su mano de-

recha, deslizóse el violin de su pecho abajo, y sus ojos se tornaron inmóviles y ardientes.

Acababa de abrirse la puerta, y, en el espejo que tenia en frente, Hoffmann habia visto aparecer, como una sombra evocada por una melodía celestial, á la hermosa Antonia, cuya boca estaba entreabierta, oprimido el pecho y brillantes los ojos.

Hoffmann profirió un grito de júbilo; y el maestro Gottlieb apenas tuvo tiempo bastante para retener al venerable *Antonio Amati*, que se escapaba de manos del jóven instrumentista.

VIII.

Antonia.

Mil veces mas bella parecióle Antonia á Hoffmann cuando abrió la puerta de la sala y franqueó el umbral, que cuando la vió descender las gradas de la iglesia de padres jesuitas.

Consistia esto en que, en el espejo donde la jóven acababa de reflejar su imágen, y el cual estaba á dos pasos solamente de Hoffmann, Hoffmann habia podido detallar á la primera ojeada todas las perfecciones que la distancia le robára.

Apenas contaria Antonia diecisiete años: era de estatura mediana, mas bien alta que baja, pero tan delicada sin delgadez, tan flexible sin debilidad, que todas las comparaciones de lirios meciéndose en sus tallos, y de palmeras balanceándose al soplo del viento, hubieran sido insuficientes para pintar aquella *morbidez* italiana, única palabra capaz de espresar aproximadamente la idea de dulce languidez que su aspecto despertaba. Su madre habia sido, como Julietta, una de las más galanas flores

de la primavera de Verona, y hallábanse en Antonia, no confundidas, sino distintas (lo cual constituía la magia de la joven), las bellezas de las dos razas que se disputan la palma de la belleza. Así, á la finura de cutis de las mujeres del Norte, unía esa matez de las mugeres del Sur; y sus blondos cabellos, espesos y ligeros á la par, flotaban á merced de las brisas, como un vapor dorado, y sombreaban unos ojos y unas cejas de negro terciopelo. Además, cosa mas singular todavía, sobre todo en su voz notábase la mezcla armoniosa de ambas lenguas, y notábase sensiblemente. Por lo tanto, cuando Antonia hablaba alemán, la dulzura de la hermosa lengua en la cual, como dice Dante, resuena el sí, venía á suavizar la rudeza del acento germánico; mientras que, al contrario, cuando Antonia hablaba italiano, el idioma un tanto blando de Metastasio y de Goldoni adquiría la firmeza que le daba la pronunciación de la lengua de Schiller y de Goethe.

No era tan solo en lo físico donde se hacia notar tal fusión: la joven era, en lo moral, un tipo maravilloso y raro, que asumía las opuestas poesías del sol de Italia y de las brumas de Alemania. Hubiérasela creído á la vez una musa y una hada; la Lorelay de la balada y la Beatriz de la Divina Comedia.

Verdad es que Antonia, artista por excelencia, era hija de una grande artista. Su madre, habituada á la música Italiana, cierto día se habia echado en brazos de la música alemana. La partición de la *Alceste* de Gluck habíale venido á las manos, y obtuvo de su marido, el maestro Gottlieb, permiso para mandar verter la letra al italiano, y, una vez traducida, fué á cantar la ópera á Viena; pero, fiando demasiado en sus fuerzas, ó mas bien desconociendo la medida de su sensibilidad, á la tercera representación de esta ópera, que habia alcanzado el mas feliz éxito, en el admirable solo de *Alceste*:

Deidades de la Estigia,
ministros de la muerte,
no invocaré vuestra piedad cruel;
á un tierno esposo libro

de su funesta suerte...
en cambio quedaos una esposa fiel;

cuando la grande artista dió el *rê* de pecho, palideció, vaciló y cayó sobre el tablado; un vaso se habia roto en aquel pecho tan generoso, y cumpliase en realidad el sacrificio ofrecido á los dioses infernales. La madre de Antonia estaba muerta.

El pobre maestro Gottlieb dirigia la orquesta: desde su asiento vió palidecer, vacilar y rodar á la que mas que nada amaba; luego oyó romperse aquella fibra de la cual pendia la vida de ella, y arrojó un grito terrible, que fué á mezclarse con el postrer suspiro de la cantante.

Quizás de ahí provenia el odio que el maestro Gottlieb profesaba á los maestros alemanes; el caballero Gluck era quien, á la verdad bien inocentemente, habia matado á su Teresa; mas no por eso deseaba mal de muerte al caballero Gluck, aun cuando intenso, muy intenso, era el dolor que el maestro Murr habia sentido, y el cual no se habia calmado sinó conforme crecia Antonia y en ella concentraba todo el amor que sintiera por su madre.

A la sazón, á la edad de diecisiete años, la jóven ocupaba enteramente el corazon del anciano, quien vivia por Antonia, y respiraba por Antonia. Jamás la idea de la muerte de la jóven habíase presentado á su imaginacion; pero, á haberse presentado, no le entristecería mucho, con tal que al propio tiempo no le asaltase la idea de que podia sobrevivir á Antonia.

Con no menor entusiasta sentimiento que Hoffmann, aunque este sentimiento fuese infinitamente mas puro, vió, pues, aparecer el director de orquesta á Antonia en el umbral de la puerta de su gabinete.

Adelantó la jóven lentamente; dos lágrimas brillaban en sus párpados; anduvo tres pasos en direccion de Hoffmann, y alargóle la mano.

Tras esto, con acento de casta familiaridad, y como si conociese al jóven desde diez años hacia, le dijo:

—Buenos dias, hermano mio.

El maestro Gottlieb, tan pronto como su hija se había dejado ver, permaneció mudo é inmóvil; su alma, segun costumbre, habia abandonado su cuerpo y, revolando en torno de Antonia, cantaba á los oidos de ésta cuantas melodias de amor y de felicidad entona el alma de un padre á presencia de su hija querida.

Por lo tanto, colocando á su estimado *Antonio Amati* sobre la mesa, juntó las manos, contemplando á su hija como contemplar pudiera á una Virgen.

En cuanto á Hoffmann, no acertaba á esplicarse si dormia ó velaba, si estaba en la tierra ó en el cielo, si era una muger que llegaba á su encuentro ó un ángel que se le aparecia.

Dió, pues, un paso hácia atrás al ver acercarse á Antonia, que le tendia la diestra, y le llamaba hermano.

—¡Vos mi hermana....! pronunció el jóven con voz ahogada.

—Sí, dijo Antonia; no es la sangre el vínculo de familia, sinó el alma. Todas las orfles son hermanas por el aroma, así como todos los artistas son hermanos por el arte. Jamás recuerdo haberlos visto, es cierto, pero os conozco: vuestro arco acaba de referirme vuestra vida. Sois poeta, un poco loco, ¡pobre amigo! ¡Ay! es esa chispa de fuego, encerrada por Dios en nuestra cabeza ó en nuestro pecho, lo que nos abraza el cerebro ó nos consume el corazón.

Luego, volviéndose del lado de Gottlieb Mnrr,

—Buenos dias, padre mio, dijo la jóven; ¿por que no habeis abrazado todavia á vuestra hija Antonia? ¡Ah! ¡todo lo comprendo! el *Matrimonio secreto*, el *Stabat mater*, Cimarosa, Pergoleso, Porpora.... ¿qué es Antonia ante estos grandes génios? solamente una niña que os ama, pero á la cual olvidais por ellos.

—¡Olvidarte yo! exclamó Gottlieb; ¡el viejo Murr olvidar á Antonia! ¡el padre olvidar á la hija! ¿por qué? ¡por unas cuantas malaventuradas notas de música, por un conjunto de puntos redondos y rabilargos, de blancas y negras, de diesies y be-moles!.... ¡Ah! ¡sí, sí! mira como te doy al olvido.

Y girando sobre su pierna zamba con sorprendente agilidad

hizo volar el anciano, valiéndose de la otra pierna y de ambas manos, los papeles de instrumentacion del *Matrimonio secreto*, que estaban arreglados para ser distribuidos á los músicos de la orquesta.

—¡Padre.... padre mio! suplicó Antonia.

—¡Fuego, venga fuego! gritaba el maestro Gottlieb; quiero entregar á las llamas todo esto. ¡Fuego; quiero quemar a Pergoleso! ¡Fuego; quiero quemar á Cimarosa! ¡Fuego; quiero quemar á Paesiello! ¡Fuego; quiero incendiar mis *Stradivarius*, mis *Gramulos*... hasta mi *Antonio Amati*! ¿No ha dicho mi hija mi Antonia, que yo amaba mas á unos arcos, maderos, cuerdas y papel, que á mi carne y á mi sangre...?! Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!!!

Y el anciano agitabase como un poseido, saltando sobre su pierna como el *Diablo cojuelo*, y haciendo voltear sus brazos como las aspas de un molino de viento.

Antonia contemplaba todo esto con dulce orgullo de amor filial satisfecho. Bien sabia ella, y digamos que la jóven únicamente con su padre se habia mostrado coqueta, bien sabia ella que era todopoderosa para con el anciano, cuyo corazon er una reino donde la jóven reinaba como soberana absoluta. Asi, pues, contuvo al viejo Murr en mitad de sus evoluciones, y, atrayéndolo hácia ella, depósitó en su frente un tierno beso.

Prorumpió el anciano en una exclamacion de gozo, cogió á su hija en brazos, levantóla en alto como si fuera un pájaro, y, después de haber dado tres ó cuatro vueltas en un mismo sitio, fue á sentarse en un ancho canapé y comenzó á mecerla como una madre á su hijo.

Al principio, Hoffmann habia contemplado al maestro Gottlieb con terror; al verle desparramar las partituras, al verle arrebatar á su hija, creyólo loco enfurecido, rabioso. Pero la apacible sonrisa de Antonia habíale prontamente tranquilizado; por lo cual, juntando con respeto los esparcidos papeles de música, tornó á colocarlos en las mesas y atriles, no sin mirar al soslayo aquel extraño grupo, en el que hasta el anciano tenia cierta poesia.

De repente, algo dulce, suave, aéreo, cruzó los aires; era un vapor, una melodía, una cosa mas divina aun: era la voz de Antonia que cantaba, con sentimiento de artista, esa maravillosa creacion de Stradella que habia salvado la vida á su autor, el *Pietà Signore*.

A las primeras vibraciones de aquella voz de ángel, Hoffmann quedóse inmóvil, en tanto que el viejo Gottlieb, alzando lentamente á su hija de encima de sus rodillas, depositábala, así recostada como estaba, sobre el canapé; en seguida, corriendo en busca de su *Antonio Amati*, y acordando el acompañamiento con la letra, comenzó, por su parte, á hacer pasar la armonía de su violin bajo el canto de Antonia, sosteniéndolo como un ángel sostiene el alma que trasporta al cielo.

La voz de Antonia era de soprano, y poseia toda la estension que la divina prodigalidad puede dar, no á una voz de muger, sino á una voz de querubin. Antonia recorria cinco octavas y media, dando con igual facilidad el *do* de la quinta octava de las notas bajas, y el *contra-do*, nota sobre natural que parece pertenecer tan solo á los conciertos del cielo. Nunca Hoffmann oyera nada tan suave como los cuatro primeros compases cantados sin acompañamiento, *Pietà Signore, di me dolente*. Aquella invocacion hecha á Dios por un alma dolorida, aquella ardiente oracion dirigida al Señor, demandándole misericordia para los sufrimientos de este mundo, adquirían en boca de Antonia un sentimiento de respeto divino, que se semejaba al terror. Por su parte, el acompañamiento, que habia recogido las palabras flotantes entre el cielo y la tierra, tomándolas (digámoslo asi), en sus brazos, despues del *lu* desvanecido, y el cual, *piano piano*, las repetia como un eco de queja; el acompañamiento era en todo digno de la voz, lamentable y doliente como ella. Decia, no en italiano, ni en aleman, ni en francés, sino en ese idioma universal denominado música:

«¡Piedad, Señor; apiadate de esta infortunada! ¡Piedad, Señor! si mi ruego llega hasta ti, desármese tu rigor, y tus miradas vuélvanse hácia mi, mas clementes y menos severas »

Y, sin embargo, al propio tiempo que seguia, que envolvía á

la voz. dejábala el acompañamiento toda su libertad, toda su estension; era una caricia, mas bien que un estrecho abrazo; un sosten, no un estorbo. Asi que, cuando al primer *sforzando*, sobre el *re* y los dos *faes*, se elevó la voz como para remontarse al cielo, el acompañamiento temió al parecer entonces pesar como una cosa terrestre, y abandonóla casi en alas de la fé, para no sostenerla mas que en el *mi* becuadro; esto es, en el *diminuando*, precisamente cuando, fatigada por el esfuerzo, tornó á caer la voz como desplomada sobre sí misma. ¡Qué la inmensa bondad de Dios perdone el atrevimiento de la criatura!

Luego, cuando con tremulo acento continuó la jóven: «¡Gran Dios! librame de ser condenada y precipitada al eterno fuego de tu rigor;» aventuróse el acompañamiento á mezclar sus sonos entremecidos, los cuales, vislumbrando las llamas eternas, rogaban al Señor por aquella alma. Entonces el acompañamiento, á su vez, suplico, gimió, subió con ella hasta el *fa*, bajó con ella hasta el *do*, prestándola apoyo en su debilidad y en su terror. Después, mientras la voz, jadeante y sin fuerzas, moria en lo mas hondo del pecho de Antonia, continuó solo el acompañamiento, como ya caminando el alma por la ruta del cielo, prosiguen mormurantes y quejumbrosas las súplicas de los que sobreviven.

Inmediatamente, á las súplicas del violin del maestro Gottlieb principió á entremezclarse una inesperada armonia, dulce y poderosa á la par; casi celeste. Antonia se incorporó sobre un codo, y volvióse el maestro Gottlieb á medias, dejando suspendido su arco sobre las cuerdas del violin. Hoffmann, aturrido al pronto, embriagado, delirante, había comprendido que á los ímpetus de aquella alma menester era dar un poco de esperanza, pues se despedazaria si un rayo divino no le mostraba el cielo, y sentóse delante de un piano, estentió sus diez dedos sobre las trémulas teclas, y el piano, arrojando un prolongado suspiro, unió sus sonidos á los del violin de Gottlieb y á los de la voz de Antonia.

Maravillosa fué entonces la repetición del motivo *Pietà Signore*, acompañado por aquella voz de esperanza, en lugar de

ser perseguido, como en la primera parte, por el terror; y cuando, llena de fe así en su genio como en su ruego moduló Antonia con todo el vigor de su pecho el *fa del Volgi*, un escalofrío recorrió las venas de Gottlieb y escapóse un grito de la garganta de Hoffmann, quien, ahogando al *Antonio Anati* en los torrentes de armonía que él hacia brotar del piano, continuó remedando la voz de la jóven después que hubo espirado, y sobre las alas, no ya de un ángel, sinó de un huracan, pareció conducir el postrimer suspiro de aquella alma á las plantas del Señor omnipotente y misericordioso.

Tras esto, reinó durante un momento el silencio; miráronse todos tres, y sus manos se unieron en un fraternal apretón, del mismo modo que sus almas se habian unido en una comun armonia.

Y, á contar desde entonces, no solamente llamó Antonia á Hoffmann hermano, sinó que tambien el viejo Gottlieb Murr dió á Hoffmann el titulo de hijo.

IX

EL JORNAMENTO

Quisiera se preguntase al lector, ó por mejor decir, al lector de este libro, como el maestro Gottlieb Murr, cuya esposa habia muerto, permitiera que su hijo, el joven, que era el más de su casa, corriera un riesgo parecido á aquel á que habia sucumbido la madre de Antonia.

Al pronto, cuando oyó modular á Antonia su primer canto, el padre padre había pensado como la hija junto á la cual se había criado, y que ella era un verdadero pájaro, y el resto, más ó menos, bien pronto de que el canto era su idioma natural. Pero, al dar á la jóven una voz bastante estrepitosa, sin par tal vez en el mundo, había pensado que, con respecto á esto, nada tenía que temer el maestro Gottlieb. En efecto, cuando á aquel don particular del canto unióse el estudio de la música, cuando las más exageradas dificultades del solfeo fueron expuestas á los ojos de la jóven, y vencidas al punto con la

cuando, llena de la luz en su seno como en un trazo mágico, Antonia con todo el vigor de su pecho de la del Voto, un es- calofrío recorrió las venas de Gottlieb y cecidó un grito de la guitarra de Hoffmann, quien, ahogado el aliento, A con- los corrientes de armonía que él había breva del piano, confi- uno remediado la voz de la jóven después que hubo espirado y sobre las alas, no ya de un pájaro, sino de un huracán, paró el conductor el postre, después de apañar á las plantas del Señor cuando esto y misterioso.

Tan este, trajo durante un momento el silencio misterioso todos los y sus miras se fijaron en un lateral apertur del mismo modo que sus almas se habían unido en una común ar- monía.

Y á contar desde entonces, no solamente llamó Antonia á Hoffmann hermano, sino también la viña Gottlieb Murr de- á Hoffmann el hijo de hijo.

IX.

El juramento.

Quizás se pregunte el lector, ó por mejor decir nos pregun- te á nosotros, cómo el maestro Gottlieb Murr, cuya esposa ha- bía muerto cantando, permitía que su hija, esto es, que esta al- ma de su alma, corriese un riesgo parecido á aquel á que ha- bía sucumbido la madre de Antonia.

Al pronto, cuando oyó modular á Antonia su primer canto, el pobre padre había temblado como la hoja junto á la cual gorjea una avecilla. Mas Antonia era un verdadero pájaro, y el viejo músico apercibióse bien pronto de que el canto era su idioma natural. Dios, al dar á la jóven una voz de tanta esten- sion, sin par tal vez en el mundo, había indicado que, con res- pecto á esto, nada tenía que temer el maestro Gottlieb. En efec- to, cuando á aquel don particular del canto unióse el estudio de la música; cuando las mas exageradas dificultades del solfeo fue- ron espuestas á los ojos de la jóven, y vencidas al punto con fa-

cilidad maravillosa, sin gestos, sin esfuerzos, sin marcar una sola cuerda del cuello ni siquiera pestañear levemente; el maestro Gottlieb comprendió la perfección del instrumento, y como Antonia, cantando las piezas escritas para las mas altas voces, quedaba siempre mas acá de lo que podía ejecutar, habíase convencido de que ningún peligro existía en que corriese el dulce ruiseñor por la pendiente de su melodiosa vocación.

Solamente el viejo Murr habia olvidado que la cuerda de la música no es la única que resuena en el corazón de las jóvenes, pues otra cuerda hay en él muchísimo mas sensible, muchísimo mas vibrante, y tambien infinitamente mas mortal: ¡la del amor!

Habíase despertado ésta en el interior de la sencilla niña, á los sonos del arco de Hoffmann; inclinada sobre su bordado, en un aposento contiguo al que ocupaban el joven y el anciano, Antonia alzó la cabeza al primer rumor que llevó hasta allí el aire. Púsose á escuchar: luego, poco á poco, una sensación extraña habia penetrado en su alma, deslizándose á modo de desconocido estremecimiento por sus venas. Levantóse, apoyándose con una mano en la silla, en tanto que la otra dejaba escapar el bordado de entre sus dedos. Durante un instante permaneció inmóvil: después, tambien con lentitud, adelantó hacia la puerta, y, segun saben nuestros lectores, sombra evocada de la vida material, habia aparecido, como poética vision, á la puerta del gabinete del maestro Gottlieb Murr.

Ya hemos visto cómo la música habia fundido, en su ardiente crisol, aquellas tres almas en una sola, y cómo, al terminar el concierto, Hoffmann quedara convertido en comensal de la casa.

Era la hora en que acostumbraba el viejo Gottlieb sentarse á la mesa. Invitó á Hoffmann á comer con él, y Hoffmann aceptó esta invitación con igual cordialidad que habia sido hecha.

Entonces, por espacio de algunos minutos, la bella y poética virgen de los cánticos divinos, trasformóse en una excelente ama de casa. Antonia vertió el té como Clarisa Harlowe, cortó rebanadas de pan y manteca como Carlota, y concluyó por sentarse ella tambien á la mesa y por comer como una simple mortal.

Los alemanes no entienden la poesía á la manera de nosotros. Entre ciertas gentes, la muger que come y bebe se despoetiza. Si una jóven linda se sienta á la mesa, es para presidir el banquete: si tiene un vaso delante, es para meter sus guantes, si por casualidad se los quita: si tiene un plato en frente, es para desgranar, á la conclusion del convite, un racimo de uvas, del cual consiente á veces la inmaterial criatura en chupar los gajos mas dorados, como hace una abeja con una flor.

Cualquiera comprenderá, en vista del recibimiento hecho á Hoffmann por la familia Murr, que el jóven volvería al siguiente dia, y al otro, y los demás. En cuanto al maestro Gottlieb, no parecia inquietarse lo mas mínimo por las frecuentes visitas de Hoffmann: era muy pura Antonia, muy casta, muy ingenua para con su padre, y, por tanto, no le era dado sospechar al anciano que pudiese cometer su hija una falta. Para él, su hija era Santa Cecilia, la virgen Maria, un ángel bajado de los cielos; la esencia divinal superaba tanto en la jóven á la materia terrestre, que jamás juzgára conveniente el anciano advertirla que habia mayor peligro en el contacto de dos cuerpos que en la union de dos almas.

Hoffman, segun se echa de ver, contemplábase dichoso; esto es, tan dichoso como una criatura mortal puede serlo. El sol de la alegría nunca alumbra del todo el corazon del hombre; constantemente hay, sobre ciertos puntos de este corazon, una mancha sombría que recuerda al hombre que la completa felicidad no existe en el mundo que habitamos, sino tan solo en el cielo.

Pero Hoffmann poseía una ventaja sobre el comun de las gentes; á menudo el hombre no puede explicarse la causa de ese dolor que se infiltra en medio de su bienestar; de esa sombra que se proyecta oscura, negra, sobre su radiante felicidad.

Empero, Hoffmann sabia muy bien lo que le hacia desgraciado.

Era aquella promesa, dada á Zacarías Werner, de juntarse con él en París; era aquel tenaz deseo de visitar la Francia, que se borraba tan pronto como Hoffmann estaba en presencia de

Antonia, pero el cual tornaba á adquirir todo su predominio una vez Hoffmann solo. Habia mas aun: á medida que el tiempo trascurría, y que las cartas de Zacarias, reclamando la palabra empeñada de su amigo, le daban mas prisa, tanto mas entristeciase Hoffmann.

En efecto, la presencia de la jóven no tenia suficiente poderio para arrojar el fantasma que á la sazón perseguía á Hoffmann hasta al lado de Antonia. Frecuentemente, aun junto á Antonia, caía Hoffmann en una meditacion profunda. ¿En qué pensaba? en Zacarias Werner, cuya voz le parecia oír. Otras veces, tambien asaz frecuentes, la distraida mirada del jóven concluía por fijarse en un punto del horizonte. ¿Qué veían aquellos ojos, ó por mejor decir, qué creía él ver? el camino de París, y luego, en una de las revueltas del camino, Zacarias saliéndole al encuentro y haciendo con una mano seña de seguirle.

Poco á poco, el fantasma aparecido á Hoffmann á raros y desiguales intervalos, reapareció con mas regularidad, acabando por perseguirle con incesante porfía.

Hoffmann amaba á Antonia de cada vez mas, Hoffmann conocia que era necesaria á su vida, que era la dicha de su porvenir; pero tambien conocia Hoffmann que, antes de gustar esta dicha, y para que fuese durable, menester le era llevar á cabo la proyectada peregrinacion; pues, de no hacerlo así, el deseo encerrado en su corazon, por extraño que pareciese, sería un torcedor para el jóven.

Un dia, estando sentado al lado de Antonia, mientras el maestro Gottlieb arreglaba en su gabinete el *Stabat* de Pergoleso, que queria ejecutar á la Sociedad filarmónica de Frankfurt, entregóse Hoffmann á una de sus habituales cavilaciones; Antonia, después de haberlo contemplado durante largo rato, cogió entre las suyas ambas manos del jóven.

—Preciso es ir allá, amigo mio, le dijo.

Miróla Hoffmann con admiracion.

—¿Ir allá?... rebotó; pero ¿á dónde?

—A Francia, á París.

—¿Y quién os ha revelado, Antonia, este secreto pensamiento de mi alma, que no oso confesarle á mí mismo.

—Nada mas fácil que atribuirme, para con vos, el poder de una hada, Teodoro; y deciros:—He leído en vuestro pensamiento, he leído en vuestros ojos y en vuestro corazón;—pero mentiría; no, héme acordado, esto es todo.

—¿Y de qué os habeis acordado, mi querida Antonia?

—Héme acordado de que, la víspera del día que habeis venido á ver á mi padre, vino Zacarias Werner, y nos contó vuestro proyecto de viaje, vuestro ardiente deseo de ver á París; deseo nacido un año hacia, y próximo á la sazón á quedar satisfecho. Después, vos me habeis confiado la causa que os impidió partir: me habeis dicho cómo, viéndome por vez primera, se apoderó de vos ese sentimiento irresistible, que también á mí me sobrecogió al escucharos, y he aquí que ahora rétaos decirme esto:—¡Amadme siempre tanto como yo os amo!—

Hoffmann hizo un movimiento.

—No os tomeis la molestia de decírmelo, pues bien lo sé, continuó Antonia; pero algo mas poderoso que este amor es el deseo que os aguija de visitar la Francia; de ver, en fin, á París y uniros á Zacarias.

—¡Antonia! exclamó Hoffmann, cierto es cuanto estais diciendo, con escepcion de una sola cosa: ¡que existe para mí algo mas fuerte que mi amor...! No; os lo juro, Antonia: ese deseo, ese extraño deseo, que yo no acierto á comprender, hubiéralo sepultado en lo mas hondo de mi pecho, si vos misma no lo hubieseis de él sacado. ¡No os equivocais, pues, Antonia! si; una secreta voz me llama á París, y esa voz es mas fuerte que mi voluntad. Sin embargo, os lo repito, no la hubiera obedecido. Y esa voz es la del destino.

—Sea; cúmplase vuestro destino, amigo mio. Partireis mañana. ¿Cuánto tiempo habeis menester?

—Un mes, Antonia; dentro de un mes estaré de vuelta.

—Un mes no os bastará, Teodoro; en treinta dias muy poco

podreis ver; así que, os otorgo dos, tres, cuantos meses querais; en cambio, exijo de vos una cosa, ó mas bien dos.

—¿Cuáles, mi querida Antonia? ¿cuáles? decidlas pronto.

—Mañana es domingo, y por tanto día de misa: mirad desde vuestra ventana, como habeis mirado el día de la marcha de Zacarías Werner, y, tambien como aquel día, pero mas triste que entonces, vereisme subir las gradas de la iglesia; venid á mi lado, pues me encontrareis en mi sitio de costumbre, sentaos junto á mi, y, á punto que el sacerdote consagre la preciosa sangre de Nuestro Señor, me hareis dos juramentos: uno, de serme fiel; otro, de no jugar mas.

—¡Oh! ¡todo lo que querais, y al instante mismo, amada Antonia! Os juro...

—Silencio, Teodoro: urad mañana.

—¡Antonia, Antonia, ¡sois un ángel!

—Y al separarnos, Teodoro, ¿no se os ocurre alguna cosa que pedir á mi padre?

—Si; razon teneis. Pero, en verdad confiésoos, Antonia, que dudo y tiemblo. ¡Dios mio! ¿quién soy yo para atreverme á esperar...?

—Vos sois el hombre que yo amo, Teodoro. Id, pues, en busca de mi padre; id.

Y haciendo á Hoffmann una seña con la mano, la jòven abrió la puerta de una piececita, por ella trasformada en oratorio.

Siguióla Hoffmann con la vista hasta que se cerró la puerta, y, á través de los maderos, envió á Antonia, envueltas en mil besos de su boca, mil amorosas protestas de su corazon.

Luego, entró en el gabinete del maestro Gottlieb.

El maestro Gottlieb estaba tan acostumbrado á las pisadas de Hoffmann, que ni aun desvió los ojos de encima del pupitre, ocupado como se hallaba en copiar el *Stabat*. Entró el jòven en la estancia, y mantúvose en pié detrás del anciano.

Al cabo de un momento, no percibiendo ya pasos, ni aun la respiracion del jòven, volvióse el maestro Gottlieb.

—¡Ah! ¿eres tu muchacho?... dijo echando la cabeza hácia

atrás, á fin de poder contemplar á Hoffmann á través de sus antiparras; ¿tienes algo que decirme?

Hoffmann separó los labios, pero tornó á juntarlos sin articular un sonido.

—¿Te has quedado mudo? preguntó el anciano. ¡Canario! un mozo que habla como tú hablas, no puede perder así el uso de la palabra; á menos que no sea en castigo de haber charlado por siete.

—No, maestro Gottlieb, no; no he perdido el uso de la palabra, Dios sea loado. Solamente que lo que tengo que deciros...

—¿Y bien?...

—¡Y bien!... paréceme harto difícil.

—¡Bah! ¿es acaso tan difícil el decir:—Maestro Gottlieb, yo amo á vuestra hija?—

—¿Conque sabéis eso, maestro Gottlieb?...

—Sí tal; y sería bien torpe, ó mas exactamente bien tonto, si no me hubiera apercibido de tu amor.

---Y no obstante, habeis permitido que continuase amando á vuestra hija.

—¿Por qué no? ella te ama.

—Empero, maestro Gottlieb, vos no ignorais que carezco de bienes de fortuna.

—¡Bah! los pájaros del cielo ¿tienen, por ventura, riquezas? Cantan, se unen, se ponen á fabricar un nido, y Dios cuida de su sustento. Nosotros, artistas, semejámonos muchísimo á los pájaros: cantamos, y Dios viene en nuestra ayuda. Cuando el canto sea insuficiente, te harás pintor; cuando no baste la pintura, te harás músico. Yo no era mas rico que tú cuando me desposé con mi desgraciada Teresa. ¡Pues bien! nunca nos ha faltado pan, ni abrigo. Siempre he tenido necesidad de dinero, y no me ha faltado jamás. ¿Estás rico de amor? he ahí cuanto te pido. ¿Mereces el tesoro que codicias? he ahí lo que deseo saber. ¿Amas á Antonia mas que á tu vida, mas que á tu alma? en este caso estoy tranquilo, pues Antonia jamás carecerá de nada. ¿O no la ámas?... eso es distinto; aunque tuvieras cien mil libras de renta, de todo siempre carecería.

Hoffmann estaba tentado de caer de rodillas ante esta bella filosofía de artista; inclinóse sobre la mano del anciano, quien le atrajo á sí, estrechándolo contra su corazón.

—Vamos, vamos, le dijo el viejo Murr; queda todo arreglado: lleva á efecto tu viaje, ya que la sed de escuchar esa horrible música de Mr. Mehul y de Mr. Dalayrac te atormenta, lo cual es una enfermedad propia de la juventud, que no tardará en ser curada. Estoy tranquilo: lleva á efecto ese viage, amigo mío, y vuelve aquí, donde hallarás á Mozart, Beethoven, Cimarosa, Pergoleso, Paesello, Porpora, y además al maestro Gottlieb y su hija; es decir, un padre y una esposa. Vé, hijo mío, vé.

Y el maestro Gottlieb abrazó nuevamente á Hoffmann, el cual, viendo acercarse la noche, juzgó que no tenía tiempo que perder, y retiróse á su casa para hacer los preparativos de marcha.

Al día siguiente, desde la salida del sol, ya estaba Hoffmann asomado á su ventana.

Conforme se acercaba el instante de alejarse de Antonia, parecía mas y mas imposible esta separacion. Todo aquel encantado período de su vida que acababa de transcurrir, aquellos siete meses que habian pasado rápidos como un día, y los cuales representábanse á su memoria ora á modo de vasto horizonte que él abarcaba de una ojeada, ora á manera de serie de días felices, venían unos en pos de los otros, risueños y coronados de flores; aquellos dulcísimos cantos de Antonia, que, para el joven, habian sembrado la atmósfera de suaves melodias, todo esto era un atractivo tan poderoso que estaba á pique de luchar con lo desconocido, con ese maravilloso mago que atrae á sí los corazones mas enteros y las mas glaciales almas.

A las diez, Antonia apareció hacia la esquina de la misma calle donde, siete meses antes, la habia visto Hoffmann por vez primera. Seguiala la buena Lisbeth, como de costumbre, y entrambas subieron las gradas de la iglesia. Ya en la última, Antonia se volvió, divisó á Hoffmann, le llamó con una seña, y en seguida entró la joven en la iglesia.

Hoffmann salió precipitadamente de su casa, y penetró también en el templo.

Antonia, que se había hincado de rodillas, oraba.

Hoffmann era protestante, y aquellos cánticos, en lengua distinta, siempre le habían parecido un sí es no es ridículos; pero cuando oyó á Antonia salmodiar aquel canto sacro, tan dulce y vigoroso á la vez, sintió no saber la letra para mezclar su voz á la de Antonia, á la sazón mas suave que nunca, á causa de la profunda melancolía que se apoderára de la jóven.

Mientras tanto duró el santo sacrificio, cantó ella con igual voz que allá, en las alturas, deben cantar los ángeles; luego, cuando la campanilla del monacillo anunció la consagración de la hostia, y los fieles se encorvaban delante del Dios que, en manos del sacerdote, elevábase por cima de sus cabezas, tan solo Antonia irguió la frente.

—Jurad, dijo.

—Juro, dijo Hoffmann con trémulo acento, juró renunciar al juego.

—¿Y es ésta la única promesa que me haceis, amigo mio?

—¡Oh! no; escuchad: juro seros fiel de corazón y espíritu, de cuerpo y alma.

—¿Por qué jurais eso?

—¡Oh! exclamó Hoffmann en el colmo de la exaltación, por lo que mas estimo y venero... ¡por vuestra vida!

—Gracias, exclamó á su turno Antonia; pues, sinó cumplis vuestro juramento, moriré.

Tembló Hoffmann, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo; mas no se arrepintió de la promesa que acababa de hacer: solamente tuvo miedo.

El sacerdote bajaba las gradas del altar, llevando el santo sacramento á la sacristía.

A punto que el divino cuerpo de Nuestro Señor pasaba por delante de ella, cogióle la mano á Hoffmann.

—Vos habeis oído su juramento, ¿no es cierto, Dios mio? dijo Antonia.

Hoffmann quiso hablar.

—Ni una palabra, ni una sola; quiero que las que componian vuestro juramento, siendo las últimas que escuché de vos, suenen constantemente á mi oído. ¡Hasta la vista, amigo mio, hasta la vista!

Y escapándose, ligera como una sombra, la jóven dejó un medallon en manos de su amante.

La miró Hoffmann alejarse, como debió contemplar Orfeo á Eurídice fugitiva; trás esto, cuando Antonia hubo desaparecido, abrió el medallon.

El medallon encerraba el retrato de Antonia, resplandeciente de juventud y de belleza.

Dos horas después Hoffmann ocupaba un asiento en la misma diligencia que condujo á Zacarias Werner, murmurando:

—Vive tranquila, Antonia. ¡Oh, no! yo no jugaré. ¡Oh, sí! siempre te seré fiel.

—Ni una palabra, ni una señal; quiero que las dos compongan vuestro juramento, siendo las últimas que escuché de vos; suenen constantemente á mi oído. Hasta la vista, amigo mío, hasta la vista!

Y escapándose, ligera como una sombra, la joven dejó un medallón en manos de su amante.

La niña Hoffmann se apartó, como debió contemplar Orfeo á Eufrosine fugitiva; más esto, cuando Antonio hubo desaparecido, abrió el medallón.

El medallón encerraba el retrato de Antonia, resplandeciente de juventud y de belleza.

Des horas después Hoffmann ocupaba un asiento en la misma diligencia que condujo á Xacaria, Werner, murmurando: —Vive traidora, Antonia! Oh, no lo juro, ¡Oh, sí! siempre te seré fiel.

X.

Una barrera de París en 1793.

El viaje del joven fué asaz triste, á través de aquella Francia que tanto había deseado ver. Y no consistía esto en que, al aproximarse al centro, palpáse tantas dificultades como para llegar á las fronteras, no: la República francesa hacia mejor acogida á los que venían que á los que se marchaban.

Empero, nadie era admitido á saborear aquella preciosa forma de gobierno, si antes no llenaba cierto número de formalidades, un tanto rigurosas.

Por entonces, fué cuando los franceses menos supieron escribir, aunque, en desquite, fué cuando escribieron mas. A todos los nuevos funcionarios parecíales conveniente abandonar sus ocupaciones domésticas ó mecánicas, para firmar pasaportes, practicar señalamientos, conceder recomendaciones, y hacer, en suma, todo lo que al estado de patriota concierne.

Nunca la papelería alcanzó tanto desarrollo como en la época de que hablamos. Esta enfermedad endémica de la administración francesa, injertándose en el terrorismo, produjo preciosidades de grotesca caligrafía, sin par hasta nuestros días.

El pasaporte de Hoffmann era estremadamente exiguo; verdad es que entonces era el tiempo de las exigüidades: periódicos, libros, coplas, todo se reducía al simple in-octavo, aun para las cosas mas grandes. Ahora bien: el pasaporte de nuestro viajero fué invadido desde la Alsacia por firmas y rúbricas de funcionarios, las cuales tenian cierta semejanza con las líneas trazadas por los borrachos, que miden diagonalmente las calles, batiendo contra unas y otras paredes.

Fuerza fué, pues, que pegase Hoffmann una hoja á su pasaporte, y otra en seguida en la Lorena, donde las letras adquirieron colosales proporciones. Allí donde el patriotismo era mas ardiente, mas sencillos eran los que escribian. Hubo un *maire* que empleó dos folios, por uno y otro lado, para dar á Hoffmann un autógrafo así concebido:

«Hofman, goben alaman, amigo de la libertá que ba á París, ha Pié.

«Firmado, GOLIER.»

Provisto de tan importante documento sobre su patria, edad, principios, término de su viage y medios de trasporte, Hoffmann no se ocupó mas que de coser juntos estos papeluchos cívicos, y preciso es confesar que, al llegar á París, poseía un abultado volúmen; el cual, segun decia el jóven, haria encuadernar en hoja de lata si por acaso emprendía un nuevo viage, porque, á fuerza de tener constantemente tales hojas en la mano, corrian grave riesgo en un simple carton.

En todas partes repetíanle:

—Mi estimado viajero, en las provincias todavía se puede vivir con sosiego; pero París está muy alborotado. Tened cuidado, ciudadano, pues hay en París una policia hartó suspicaz, y, atendida vuestra cualidad de aleman, podríais no ser tratado como buen francés.

A lo cual contestaba Hoffmann con una altiva sonrisa, reminiscencias de la altivez espartana, cuando los espías de Tesalia corrian á engrosar las fuerzas de Jerjes, rey de los persas.

Por fin llegó á la vista de Paris; era de noche, y las barreras estaban cerradas.

Hoffmann hablaba medianamente la lengua francesa; pero ó uno es alemán, ó no lo es: sinó lo es, tiene un acento que, á la larga, concluye por semejarse al de una de nuestras provincias: si lo es, tiene uno que pasar siempre por alemán.

Menester es explicar cómo se vigilaban las barreras.

Primeramente, estaban cerradas; después, siete ú ocho *secionarios*, gente ociosa y llena de inteligencia, Lavateres de afición, vagaban por escuadras en torno de dos ó tres agentes de la policía municipal, fumando en sendas pipas.

Aquellos bravos hombres, que, de diputaciones en diputaciones, habian concluido por frecuentar todas las salas de club, todas las oficinas de distrito, todos los parajes, en fin, donde la política se habia deslizado ya activa, ya pasivamente; aquellos hombres, que habian visto en la Asamblea nacional, ó en la Convencion, uno por uno á los diputados; en las tribunas, á todos los aristócratas, varones y hembras; en los paseos, á todos los afamados elegantes; en los teatros, á todas las celebridades suspectas; en las revistas, á todos los oficiales; en los tribunales, á todos los acusados, mejor ó peor librados; en las prisiones, á todos los sacerdotes que quedaron con vida; aquellos hombres, dignos patriotas, conocian tan bien á Paris en masa, que cualquier rostro conocido debia atraer su atencion al pasar por delante de ellos, y en honor de la verdad atraíala casi siempre.

No era fácil cosa disfrazarse entonces: demasiada riqueza en el traje, fijaba las miradas; demasiada sencillez, fijaba las sospechas. Como el desaliño era una de las insignias de civismo mas comunes, bajo todo carbonero, aguador ó marmiton, se podia ocultar un aristócrata; y la blanca mano de uñas bien configuradas, ¿cómo disimularla enteramente? El andar aristocrático, que no es sensible en los dias que alcanzamos, hoy

que las personas mas humildes gastan los mas altos tacones, ¿cómo ocultarlo á veinte pares de ojos mas ardientes que los del sabueso que sigue una pista?

Un viagero era, pues, desde su llegada, escudriñado, interrogado, desnudándolo, en cuanto á lo moral, con una facilidad hija de la costumbre, y con una libertad que daba..... la libertad.

Comparció Hoffmann en presencia de este tribunal, hácia las seis de la tarde, ó, por mejor decir, de la noche del 7 de diciembre. El tiempo estaba revuelto, frio, mezclado de nieblas y escarchas; pero los gorros de piel de oso y de nutria, aprisionando las patrióticas cabezas, les dejaban bastante sangre caliente en los cascos para que continuasen poseyendo toda su presencia de espíritu, y á mas sus preciosas facultades inquisitoriales.

Hoffmann fué detenido por una mano que se posó suavemente sobre el pecho del viajante.

Este vestia casaca gris, grueso leviton, y sus botas alemanas dibujábanle una pierna no mal contorneada, pues no habia encontrado lodazales desde la jornada anterior; y Hoffmann, no pudiendo seguir rodando el coche á causa del temporal, habia andado las últimas seis leguas á pié por una carretera alfombrada de endurecida nieve.

—¿A dónde vas asi, ciudadano, con tan lustrosas botas? dijo un agente al jóven viajante.

—Voy á París, ciudadano.

—Eres hombre de gusto, jóven prussiano, replicó el seccionario, pronunciando este epíteto de *prusiano* con tal prodigalidad de s, que hizo agrupar diez curiosos alrededor del viagero.

Por aquel entonces, no eran los prusianos menos enemigos para la Francia, que los filisteos para los compatriotas de Sanson el israelita.

—¡Pues bien! sí, yo soy pruziano, respondió Hoffmann cambiando las cinco s del seccionario en una sola z; ¿y qué?

—En ese caso, si eres prusiano, debes ser algun espion mandado por Pitt y Coburgo, ¿hem?

—Leed mis pasaportes, contestó Hoffmann exhibiendo su volumen á uno de los letrados de la barrera,

—Ven, dijo este girando sobre sus talones y llevando consigo al extranjero al cuerpo de guardia.

Hoffmann siguió á su guía con perfecta tranquilidad.

Cuando, á la claridad de humosas velas de sebo, vieron los patriotas aquel apuesto jóven, cuya mirada estaba serena y en desórden los cabellos, y el cual destrozaba el francés con cuanta conciencia podia, uno de ellos exclamó:

—No negará que es aristócrata, porque tiene unas manos...! y unos piés...!

—Sois *una* animal, ciudadano, repuso Hoffmann; yo soy tan patriota como vos, y, además de esto, yo soy *una* artista.

Pronunciando las precedentes palabras, sacó del bolsillo una de esas enormes pipas, cuyo fondo solamente podría hallar un buzo de Alemania.

Esta pipa fué de un efecto prodigioso para los seccionarios, que saboreaban su tabaco en pequeños receptáculos.

Todos se pusieron á contemplar al jovencillo, que amontonaba en su pipa, con una habilidad, fruto de larga práctica, la provision de tabaco de una semana.

Sentóse en seguida, encendió metódicamente el tabaco, hasta que la superficie de la hornilla se recubrió de una ancha costra de fuego, y luego aspiró á iguales intervalos nubes de humo, que salieron graciosamente, en azuladas columnas, de su nariz y de sus labios.

—Es consumado fumador, observó uno de los seccionarios.

—Y parece hombre de pró, dijo otro; ved sinó sus certificados.

—¿Qué vienes á hacer en París? preguntó un tercero.

—Vengo á estudiar la ciencia de la libertad, contestó Hoffmann.

—¿Y qué mas? siguió preguntando el francés, poco conmovido por el heroísmo de esta respuesta, probablemente á causa de oír tal frase todos los dias y á todas las horas.

—Y la pintura, añadió Hoffmann.

—¡Ah! ¿eres pintor, como el ciudadano David?...

—Como él mismo.

—¿Sabes representar á los patriotas romanos enteramente desnudos, lo propio que los representa él?

—Yo los pinto vestidos del todo, dijo Hoffmann.

—Así es menos hermoso.

—Segun y conforme, replicó el jóven con inperturbable sangre fria.

—Hazme, pues, mi retrato, dijo el seccionario con admiracion.

—Con mucho gusto.

Hoffmann cogió uno de los tizones de la estufa, apagó apenas su abrasada estremidad, y, sirviéndole de lienzo la pared jalbegada de cal, dibujó una de las mas feas cataduras que han deshonrado la capital del mundo civilizado.

El gorro de pelo adornado con una cola de zorro, la babosa boca, la guedeja espesa, la pipa corta y la barba saliente, fueron imitadas con tan rara espresion de verdad caricaturesca, que toda la guardia solicitó del jóven la merced de ser retratada por él.

Hoffmann ejecutó de gracioso talante, con grotescos rasgos trazados en la pared, una serie de patriotas tan bien acabados como los ciudadanos de la *Ronda nocturna* de Rembrandt, aunque seguramente menos nobles.

Una vez de buen humor los patriotas, ya no se cuidaron de sospechar mas, y el aleman quedó convertido en parisiense naturalizado: ofreciéronle la cerveza de honor, y él, en calidad de muchacho bien educado, convidó á sus huéspedes á beber vino de Borgoña, lo cual todos aceptaron con la mejor voluntad.

Entonces uno de ellos, mas avisado que sus compañeros, cogió su nariz en el gancho formado por uno de sus indices, y dijo á Hoffmann, guiñando el ojo izquierdo:

—Confíésanos una cosa, ciudadano aleman.

—¿Cuál, amigo?

—Confíanos el objeto de tu mision.

—Ya te lo he dicho: la política y la pintura.

—No, no; otra cosa es.

—Asegúrote, ciudadano...

—Ten en cuenta que no pensamos acusarte: tú nos agradas, y por eso te protegeremos; pero hé aquí dos delegados del club de los Franciscanos, y dos del de los Jacobinos; yo pertenezco al de los Hermanos y Amigos; elige entre nosotros á cualquiera que á uno de esos clubs pertenezca, para prestar homenaje.

—¿Qué homenaje? dijo con sorpresa Hoffmann.

—¡Oh! no lo ocultes; es tan bella tu mision, que deberías vanagloriarte de ella.

—En verdad me haces poner colorado, ciudadano: espícate.

—Mira y juzga si sé adivinar, replicó el patriota.

Y, abriendo el tomo de pasaportes, señaló con uno de sus sucios dedos una de las páginas del tomo, donde al pié de la palabra *Strasburgo* leíanse las líneas siguientes:

«Hoffmann, viajero, que viene de Manheim, ha tomado en Strasburgo un cajon marcado con estas iniciales: E. H.»

—Es cierto, afirmó Hoffman.

—Ahora bien: ¿qué contiene esa caja?

—Ya he hecho mi declaracion en el fielato de Strasburgo.

—Ciudadanos, reparad lo que este disimulado jóven nos trae... ¿Os acordais del envio de los patriotas de Auxerre?

—Si, contestó uno de los presentes: un cajon de tocino.

—¿Para qué?

—Para engrasar la guillotina, exclamó un coro de voces satisfechas.

—¡Y bien! dijo Hoffmann un tanto pálido: ¿qué relacion puede haber entre el cajon que yo traigo y el envio de los patriotas de Auxerre?

—Lee, dijo el parisiense mostrándole el pasaporte; lee, jóven: «Viaja por la politica y el arte.» ¡Escrito está!

—¡Oh República! murmuró Hoffmann.

—Sé franco, pues, jóven amigo de la libertad, díjole su protector.

—No quiero hacer alarde de ideas que no tuve, repuso Hoff-

mann. No me gusta la falsa gloria, no: el cajon que he tomado en Strasburgo, y que me llegará en un carro, únicamente contiene un violin, una caja de colores, y algunos lienzos enrollados. En cuanto á las iniciales, la una es de mi primer nombre de pila, y la otra de mi apellido.

Nuestros lectores recordarán que el primer nombre de Hoffmann era Ernesto, y Teodoro el segundo.

Las anteriores palabras disminuyeron mucho la estima que parte de los circunstantes habian llegado á concebir por el jóven. Volviéronle los papeles, y continuaron enjugando vasos á su cuenta; pero cesó de ser mirado el viajero como salvador de los pueblos esclavos.

Uno de los patriotas se aventuró á decir:

—Se parece á Saint-Just; pero gústame mas Saint-Just.

Hoffmann, embebido en sus meditaciones, que en él acabáran de despertar la estufa, el tabaco y el vino de Borgoña, permaneció un rato silencioso; pero de repente, irguiendo la cabeza,

—¿Se guillotina mucha gente aqui? preguntò.

—Bastante, bastante; ha disminuido un poco su número, desde los *Brissotins*, pero aun sube y baja satisfactoriamente la cuchilla.

—¿Me podriais decir donde encontraré una buena posada, amigos míos?

—En todas partes.

—Se entiende, para ver todo.

—¡Ah! en ese caso, alójate cerca del muelle de las Flores.

--Muy bien.

--¿Sabes á qué lado cae el muelle de las Flores?

—No; pero esta palabra, flores, me agrada. Ya me creo instalado en una posada del muelle de las Flores. ¿Por dónde se vá á allá?

--Baja la calle del Infierno, sin torcer á derecha ni á izquierda, y llegarás al muelle.

--Muelle, quiere decir que se está tocando el agua, ¿no es esto? observó Hoffmann.

--Justamente.

--Y el agua, ¿no es el Sena?

--Sí: el Sena.

--Entonces, el muelle de las Flores linda con el río.

--Tú conoces París mejor que yo, ciudadano alemán.

--Adios, y gracias; ¿puedo pasar?

--Solo te falta llenar un pequeño requisito.

--¿Cuál?

--Dirígete á casa del comisariò de policía, y haz que te entregue un permiso de residencia.

--Bien, muy bien! Adios.

--Escucha otra palabra: con ese permiso irás á las oficinas de policía.

—¡Ah! ¡Ah!

—Donde dejarás las señas de tu domicilio.

—Sea. ¿Hay mas?

—No: te presentarás tambien en la seccion.

—¿Y para qué?

—Para justificar tus medios de existencia.

—Haré todo eso, ¿y bastará?

—No tal: preciso será hacer dones patrióticos.

—Con el mas vivo placer.

—Y un juramento de odio á los tiranos franceses y estrangeros.

—Con placer mas vivo aun. Gracias por tan preciosas indicaciones.

—En seguida, no te olvides de escribir tus nombres y apellidos en un cartel, que colocarás á la puerta de tu casa.

—Harélo así.

—Vete, ciudadano; nos estás molestando.

Preciso será advertir que las botellas estaban desocupadas.

--Quedad con Dios, ciudadanos; voy complacidisimo de vuestra cortesía.

Y Hoffmann echó á andar, con su pipa en la boca, mas encendida que nunca.

Hé ahí cómo verificó su entrada en la capital de la Francia republicana.

Aquellas encantadoras palabras,—muelle de las Flores,— habíanle engolosinado. Hoffmann se representaba ya una habitación, cuyo balcon daba al maravilloso muelle de las Flores.

Olvidábase de diciembre, y del cierzo, y de la nieve, y de la pasagera muerte de la naturaleza toda. Las flores desarrollaban sus pétalos en la imaginación del joven, al hálito de sus labios; y no veía mas que rosas y jazmines, no obstante las cloacas del arrabal.

Llegó, á punto que sonaban las nueve, al muelle de las Flores, que estaba á la sazón sombrío y desierto, como los demás muelles del Norte en invierno; sin embargo, aquella noche era la soledad mas negra y sensible que en ninguna otra parte.

Hoffmann sentia un gran apetito, y el frío era asaz intenso para filosofar al aire libre; pero ni una hostería encontró en el indicado muelle.

Alzando la vista, divisó por fin, en la esquina del muelle y de la calle de la Barillerie, un prominente farol encarnado, tras de cuyos vidrios oscilaba un borroso cabo de vela.

Este farol balanceábase al extremo de una como horca de hierro, muy propia, en tiempos como aquellos de conmociones, para colgar á un enemigo de la cosa pública.

Hoffmann no vió mas que estas palabras, escritas en letras verdes sobre el vidrio encarnado:

Posada para gentes de á pié.—Salas y gabinetes amueblados.

Llamó con fuerza á la puerta de un pasadizo: abrióse la puerta, y el viagero entró á tientas.

Una voz brusca le gritó:

—Cerrad la puerta.

Y un enorme perro, que comenzó á ladrar, parecia decirle:—¡Cuidado con vuestras piernas!—

Precio propuesto por una huéspeda de moderadas exigencias, habitación elegida. Hallóse poseedor Hoffmann de un espacio de quince piés de largo, por ocho de ancho, que formaba un gabinete y un dormitorio, mediante treinta sueldos diarios, pagaderos todas las mañanas al levantarse.

Hoffmann estaba tan alegre, que pagó quince dias adelantados,

temiendo que alguien le disputase la posesion de aquel precioso alojamiento.

Hecho esto, acostóse en un lecho un tanto húmedo; pero cualquiera cama es cama para un viajero de dieciocho años.

Y luego, ¿cómo ser descontentadizo, cuando uno tiene la dicha de vivir en el muelle de las Flores?

Invocó Hoffmann, además, el recuerdo de Antonia, y ¿no está siempre el Paraíso, allá, donde se invoca á los ángeles?

XI.

De cómo las Bibliotecas y los Museos estaban cerrados, pero de cómo la plaza de la Revolución estaba abierta.

La habitación que durante quince días debía servir de Paraíso terrestre á Hoffmann, contenía un lecho, que ya conocemos, una mesa y dos sillas.

Habia además en ella una chimenea adornada con dos jarroncitos de vidrio azul, coronados de flores artificiales. Un genio de la Libertad, fabricado de azúcar, ostentábase bajo una campana de cristal, en la cual se reflejaba su bandera tricolor y su gorro colorado.

Un candelero de cobre, una vieja rinconera de palo de rosa, un tapiz del siglo XII, que hacía oficios de cortina, hé ahí todo el mueblaje que le fué dado distinguir á los primeros albores de la mañana.

El tapiz representaba á Orfeo tocando el violin, para librar á Euridice; y el violin trajo naturalmente á Zacarías Werner á la memoria de Hoffmann.

—¡Querido amigo! pensó nuestro viajero; en París está, y aquí yo estoy tambien: nos hallamos en un mismo lugar, y, por tanto, le veré hoy, ó mañana á mas tardar. ¿Por donde voy á comenzar? ¿Cómo voy á arreglarme, á fin de no perder el tiempo del buen Dios, y ver cuanto de notable hay en Francia? Hace dias, no veo mas que cuadros vivos, en grado superlativo feos: vamos al salon del Louvre, propiedad del ex-tirano, y allí contemplaré los mas bellos cuadros que él tenia, de Rubens, Poussin, etc.; vamos pronto.

Levantóse el jóven para examinar, mientas tanto, el cuadro panorámico de su barrio.

Un celaje gris y deslucido, fango negro al pié de árboles blancos, una poblacion activa, ávida de corretear, y cierto rumor semejante al murmurio del agua que se desliza; tal fué lo que percibió.

Esto era bien poco florido. Hoffmann cerró la ventana, almorzó y salió, con intento de ver ante todo al amigo Zacarías Werner.

Pero, cuando iba á ponerse en camino, acordóse de que Werner jamás le habia dado las señas de su domicilio, y sin esto difícil era encontrarlo.

No fué pequeño para Hoffmann tal contratiempo; pero, al poco rato,

—¡Qué loco soy! murmuró para sus adentros: lo que yo amo, ámallo tambien Zacarias. Yo ansio contemplar y cotejar pinturas; él debe ansiar otro tanto. Así que, sinó le hallo en el Louvre, por lo menos encontraré allí las huellas de su estancia y de su paso. Al Louvre pues.

El Louvre se divisaba desde los pretils: Hoffmann dirigióse derechamente hácia el monumento.

Pero, al llegar á las puertas, tuvo el sentimiento de saber que los franceses, desde que eran libres, no perdian su dignidad y su tiempo contemplando pinturas de esclavos, y que, aun admi-

tiendo, lo cual carecia de verosimilitud, que el ayuntamiento de París no hubiese ya alimentado el fuego de las fábricas de armas con todos aquellos marcos, se guardaría bien de no sustentar con todos aquellos lienzos untados de aceite á las ratas, destinadas á vituallas de los patriotas el dia que los prusianos pusiesen cerco á París.

Hoffmann conoció que el sudor invadia su frente; el hombre que así le hablaba, tenia cierta manera de espresarse que olia á importancia.

Todos saludaban á aquel notable hombre.

Hoffmann averiguó, de boca de uno de los transeuntes, que habia tenido el honor de hablar al ciudadano Simon, ayo de los infantes de Francia, y conservador de los Museos reales.

—No veré cuadros, decíase el jöven suspirando. ¡Ah! ¡lástima es! Pero me dirigiré á la Biblioteca del difunto rey, y, á falta de pinturas, examinaré estampas, medallas y manuscritos; veré el sepulcro de Childeric, padre de Clovis, y los globos celeste y terrestre del padre Coronelli.

Al llegar allá, Hoffmann tuvo el disgusto de saber que la nacion francesa, mirando como fuentes de corrupcion y de incivismo la ciencia y la literatura, habia cerrado todos los locales donde conspiraban pretendidos sabios y literatos; por supuesto, con la humanitaria mira de evitarse el dolor de guillotinar á esos pobres diablos. Por otra parte, en tiempos del tirano, la Biblioteca no estaba abierta mas que dos veces á la semana.

Hoffmann se vió obligado á retirarse sin haber visto nada, olvidándose hasta de pedir noticias de su amigo Zacarias.

Mas, como era perseverante en los propósitos que hacia, se obstinó y quiso ver el Museo de Sainte-Avoie.

Informáronle de que el propietario habia sido guillotinado el antevíspera.

Se encaminó al Luxemburgo; pero este palacio estaba convertido en cárcel.

Cansado y desalentado, dirigióse Hoffmann á su posada, para dar descanso á sus piernas, pensar en Antonia y fumar en soledad una buena buena pipa de dos horas.

Pero ¡oh prodigio! aquel muelle de las Flores, tan tranquilo, tan desierto, aparecía á la sazón cubierto de un considerable gentío, que se revolvía y vociferaba discordantemente.

Hoffmann, que no era alto, nada alcanzaba á ver por cima de los hombros de la muchedumbre; apresuróse á romper por medio de ella, á fuerza de codos, entrando luego en su habitación.

Se asomó á la ventana.

Todas las miradas se volvieron al instante hácia él, lo cual le embaraó un tanto, pues observó cuán pocas ventanas estaban abiertas. Sin embargo, la curiosidad de la multitud fijóse bien presto en un punto que no era la ventana de Hoffman, y el joven imitó á los curiosos, mirando el pórtico de un gran edificio ennegrecido y de agudos techos, sobre el cual se alzaba una maciza torre cuadrada.

Hoffmann llamó á la posadera.

—Ciudadana, preguntóle, ¿qué edificio es ese, decid?

—El Palacio, ciudadano.

—¿Y qué hacen allí?

—En el Palacio de Justicia, se juzga, ciudadano.

—Creía que ya no existían tribunales.

—Si tal: hay el tribunal revolucionario.

—¡Ah! es verdad; y todas estas buenas gentes ¿qué aguardan aquí?

—La llegada de las carretas.

—¿Qué carretas?... No comprendo lo que quereis decir. Perdonadme; yo soy extranjero.

—Ciudadano, las carretas son como si dijéramos carrozas, para las personas sentenciadas á muerte.

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Sí: por la mañana llegan al tribunal revolucionario los presos que deben ser juzgados.

—Bien.

—A las cuatro de la tarde todos los presos están ya juzgados, y se les amontona en las carretas que al efecto ha requerido el ciudadano Fouquier.

—¿Quién es el ciudadano Fouquier?

—El acusador público.

—Muy bien; ¿y después?

—Después ruedan poco á poco las carretas hácia la plaza de la Revolución, en la cual está levantada permanentemente la guillotina.

—¿Qué decís!...

—¡Cómo! ¡habeis salido, y no os cuidásteis de ver la guillotina! es la primera cosa que visitan los extranjeros tan pronto como llegan; parece que nosotros, los franceses, somos los únicos que tenemos guillotinas.

—Os felicito por ello, señora.

—Decid ciudadana,.

—Dispensadme.

—He aquí las carretas que se acercan....

—¿Os retirais, ciudadana?

—Sí: no me agrada *ya* ver eso.

Y retiróse la posadera.

Hoffmann la detuvo suavemente por un brazo.

—Perdonadme si os hago una pregunta, la dijo.

—Hacedla.

—¿Por qué decís que no os place ver eso *ya*? En cuanto á mí, yo hubiera dicho á secas: —No me agrada.—

—Ved la historia de esto, ciudadano. Al principio, guillotinábanse aristócratas, que eran muy pícaros, á lo que parecia. Llevaban la cabeza tan erguida y tan insolente, tan provocador era su porte, que la piedad no humedecía fácilmente nuestros ojos, por lo cual se presenciaba su ejecucion de buena gana. Era un divertido espectáculo aquella lucha de los animosos enemigos de la nacion contra la muerte. Pero un dia ví subir á la carreta un anciano, cuya cabeza chocaba en los costados del carruaje: esto era horrible. Al siguiente dia ví religiosas. Mas tarde, atrajo mis miradas un niño de catorce años, y por fin fuéme dado ver á una jovencita en una carreta, y á su madre en otra; las dos desdichadas mugeres enviábanse besos, sin pronunciar una sola palabra. Estaban tánpálidas, sus ojos tán sombríos, una sonrisa tán fatal entreabria sus labios, y sus dedos,

que únicamente movian para asir los besos al escaparse de su boca, estaban tan trémulos y nacarados que nunca me olvidaré de aquel horrible espectáculo, que me hizo jurar no esponerme á ser testigo de otro igual.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó Hoffmann. ¿Eso jurásteis?...

—Sí, ciudadano. ¡Y bien! ¿qué estais haciendo?

—Cierro la ventana, ciudadana.

—¿Para qué?

—Para no ver.

—¡Vos! ¡un hombre!

—Atended, ciudadana: yo he venido á París con objeto de estudiar las artes, y respirar de paso un aire libre. ¡Pues bien! si por desgracia viere uno de esos espectáculos de que acabais de hablarme; si viere una jovencita, una muger, arrastrada á la muerte echando de menos la vida; ciudadana, pensaria en mi novia, á quien amo, y que quizás... No, ciudadana: no permaneceré mucho tiempo en este aposento; ¿teneis otro, cuyas ventanas den á la parte trasera de la casa?

—¡Silencio! desgraciado, hablais demasiado recio; si mis officios os oyen...

—¡Vuestros officiosos...! ¿qué significa eso?

—Es un sinónimo republicano de criado.

—¡Y bien! ¿qué sucederá si vuestros criados me oyen?

—Sucedirá que, dentro de tres ó cuatro dias, podria yo verlos desde esta misma ventana ocupando una de las carretas, á las cuatro de la tarde.

Dicho esto con misterio, la buena muger descendió precipitadamente la escalera, y Hoffmann la imitó.

Salióse de la posada, acto continuo, resuelto como estaba á huir del espectáculo popular.

Cuando llegó á la esquina del muelle, brilló el sable de los gendarmes, movióse la multitud, y las masas comenzaron á aullar y correr.

Hoffmann, con cuanta ligereza le permitian sus piernas, ganó la calle de San Dionisio, por la cual avanzó como un loco; dió, semejante á un salvaje macho cabrio, varias vueltas en dife-

rentes calles pequeñas, y desapareció en ese dédalo de callejuelas que se cruzan entre el muelle de la Ferraille y los mercados.

Respiró al fin, viéndose en la calle de la Ferronnerie, donde, con la sagacidad del poeta y del pintor, adivinó el sitio célebre por el asesinato de Enrique IV.

Luego, siempre andando, siempre investigando, llegó á la mitad de la calle de San Honorato. Allí, y en todas partes, cerrábanse las tiendas á su paso. Hoffmann admiraba la tranquilidad de aquel barrio; no se cerraban solamente las tiendas, sino también las ventanas de ciertas casas, poco menos que á cal y canto, y como si hubiesen recibido una señal.

Tal maniobra comprendióla presto Hoffmann, pues vió que los fiacres se apartaban y se metían en las calles laterales; oyó el galope de caballos, y pudo distinguir los gendarmes; luego, en pos de ellos, á través de las primeras brumas de la tarde, entrevió una horrible confusión de harapos, brazos levantados, picas enarboladas, y centellantes ojos.

Y, por cima de todo esto, distinguió una carreta.

De entre aquel torbellino que hacía él corria, y del cual no podía ocultarse ni huir, oía salir Hoffmann gritos talmente agudos, talmente lamentables, que hasta entonces nada tan horroroso hiriera sus oídos.

Sobre la carreta veíase una muger vestida de blanco. Aquellos gritos se exhalaban de la garganta, del alma, de todo el agitado ser de aquella sentenciada.

Hoffmann sintió que sus piernas flaqueaban, pues aquellos aullidos habíale relajado los tendones; cayó, apoyado en un guardacantón, y reclinó la cabeza contra las tablas de la ventana de una tienda, mal ajustadas aun, tal era la prisa que se habían dado para cerrar dicha tienda.

La carreta llegó por fin, rodeada de su escolta de bandidos y de repugnantes mujerotas, ordinarios satélites suyos; pero ¡cosa extraña! toda aquella hez social no borbataba, todos aquellos reptiles no se arrastraban silbando; solamente la víctima se retorcia entre los brazos de dos hombres, y apostrofaba al cielo, á la tierra, á los hombres y á las cosas.

De repente oyó Hoffmann junto á sus orejas, por la hendidura formada por dos tablas, estas palabras acentuadas con tristeza por una voz juvenil de hombre:

—¡Pobre Dubarry, á qué has venido á parar!

—¡Mme. Dubarry!... exclamó Hoffmann; ¿es, pues, ella la que llevan en esa carreta?

—Sí, caballero, respondió la voz queda y dolientemente al oído de nuestro viajero; tan cerca, que Hoffmann, á través de las tablas, sentía el cálido aliento de su interlocutor.

La pobre Dubarry se tenía derecha y asida á los movedizos maderos de la carreta; su cabellera castaña, orgullo de su hermosura, habia sido cortada por la nuca, pero caía sobre las sienes en largas crenchas empapadas de sudor; bella con sus rasgados ojos huraños, y con su boquita, asaz pequeña para los gritos que arrojaba, la desgraciada muger sacudia de cuando en cuando la cabeza por un movimiento convulsivo, á fin de desviar de su rostro los cabellos que lo velaban.

Al pasar por delante del guardacanton sobre que se habia dejado caer Hoffmann, gritó ella:—¡Socorro! ¡salvadme! ¡ningun mal he hecho! ¡socorro!! —Y á poco mas rueda al fondo de la carreta, con el verdugo que la sostenia.

Este gritó, ¡socorro!! no cesó de lanzarlo la infeliz, en medio del silencio de los circunstantes. Aquellas fúrias, acostumbradas á insultar á los arrogantes condenados, sentíanse conmovidas por el irresistible aguijon del espanto de una muger; y además, conocian que su gritería no hubiera conseguido apagar los gemidos de aquella fiebre que rayaba en locura y tocaba en la sublimidad de lo terrible.

Púsose en pié Hoffman, pareciéndole que el corazon no palpitaba en su pecho; dió á correr tras de la carreta, como todos, cual sombra nueva añadida á aquel séquito de espectros, que servian de postrer escolta á una favorita real.

Mme. Dubarry, viéndole, gritó una vez mas:

—¡La vida, la vida!... ¡Doy cuanto poseo á la nacion! ¡Caballero... salvadme!!

—¡Oh! pensó el jóven; ¡ella me ha hablado! ¡pobre muger,

cuyas miradas tan caro han valido, y cuyas palabras no tenían precio! ¡ella me ha hablado!

Detúvose. La carreta acababa de llegar á la plaza de la Revolución. En la sombra, aumentada por una llovizna fria, Hoffmann no distinguia mas que dos siluetas: una blanca, la de la victima; otra roja, la del cadalso.

Vió como los verdugos arrastraban una forma blanca por las escaleras del patíbulo. Vióla luego encorvarse por la resistencia; pero, de pronto, en medio de horribles alaridos, perdió la pobre muger el equilibrio, y cayó sobre la báscula.

Hoffmann oyó que barbullaba: — ¡Perdon, señor ajusticiador; un minuto mas, señor ajusticiador!.... — Y esto fué todo: cayó la cuchilla, y, al caer, lanzó un siniestro reflejo.

Hoffmann se apartó de allí, yendo á ocultarse en el foso que circunda la plaza.

Aquello era un magnífico cuadro para un artista, que venia á Francia con intento de buscar impresiones é ideas.

Dios acababa de mostrarle el cruel castigo de la que habia contribuido á perder la monarquía.

La cobarde muerte de la Dubarry, parecióle la absolucion de la mísera muger. ¡Esta, por lo tanto, jamás habia tenido bastante orgullo, puesto que ni aun sabia morir! ¡Saber morir...! en aquella calamitosa época, fué esta la virtud suprema de los que nunca habian conocido el vicio.

Reflexionó Hoffmann que, si habia venido á Francia para ver cosas estraordinarias, su viage no era infructuoso.

En su consecuencia, algo consolado por la filosofía de la historia, — Quédame el teatro, se dijo; vamos allá. Bien sé que junto á la actriz que acabo de ver, las de la ópera ó de la tragedia no me harán efecto; pero seré indulgente. No debemos exigir mucho á mugeres que únicamente mueren de risa.

Solo que, añadió, procuraré reconocer bien esta plaza, á fin de no volver á pasar mas por aqui mientras yo viva. —

XII.

El Juicio de París.

Hoffmann era el hombre de las bruscas transiciones. Después de la plaza de la Revolución, donde el populacho se agolpaba tumultuosamente al rededor de un cadalso; después de un cielo gris y oleadas de sangre, precisaba el fulgor de las arañas, una alegre multitud, flores, vida en fin. Y no es que creyese el jóven que el espectáculo al cual habia asistido, se borraría de su pensamiento por este medio; pero, al menos, queria proporcionar una distraccion á sus ojos, y convencerse de que aun gentes habia en el mundo que vivian y gozaban.

Dirigióse, pues, hácia la Opera; empero, allí llegó sin saber cómo ni cuando. Su determinacion le habia tomado la delantera, y él la habia seguido como un ciego sigue á su can, en tanto que el espíritu del jóven viajaba por un camino opuesto, desliziéndose por medio de impresiones del todo contrarias.

De igual modo que en la plaza de la Revolución, habia muchísima gente en el boulevard donde se hallaba, por entonces, el teatro de la Opera, precisamente donde hoy se alza el teatro de la Puerta de San Martin.

Hoffmann se detuvo en presencia de aquella multitud, y leyó el cartel.

Poníase en escena el *Juicio de París*, baile pantomímico en tres actos, original de Mr. Gardel el jóven, hijo del maestro de danza de Maria Antonieta, y el cual mas tarde llegó á ser director de los bailes del emperador.

—El *Juicio de París*, murmuró el poeta contemplando fijamente el cartel, como para grabar en su espíritu, con ayuda de los ojos y del oído, la significacion de estas tres palabras: ¡el *Juicio de París*!

Y, por mas que repetia las sílabas que formaban el título del baile, parecíanle vacías de significacion; tanto trabajo tenia el pensamiento del jóven para arrojar lejos de sí los terribles recuerdos de que estaba lleno, haciendo sitio á la obra cuyo asunto tomara Mr. Gardel el jóven de la *Iliada* de Homero.

¡Qué extraña época ésta de que hablamos, en la cual, en solo el espacio de un día, se podía ver condenar por la mañana, ver ejecutar por la tarde, y ver bailar por la noche, corriendo uno peligro de ser preso á la conclusion de todas estas diversas emociones!

Comprendió Hoffmann que, si alguien no le decia lo que se representaba, quizás no llegaria á saberlo, y no sería difícil que se le trastornase la razon delante de aquel cartel.

Acercóse, pues, á un hombre gordo, que aguardaba la vez para entrar con su muger, pues en todos tiempos los hombres gordos han tenido la mania de aguardar en compañía de sus mugeres, y díjole:

—Caballero, ¿qué funcion es hoy?

—Ya lo estais viendo en el anuncio, caballero, respondió el hombron; hoy se pone en escena el *Juicio de París*.

—El *Juicio de París*... repitió Hoffmann. ¡Ah! sí; ya sé lo que significa.

El grueso señor miró de alto á abajo á aquel extraño preguntante, y encogióse de hombros con soberano desprecio hacia el jóven, quien en aquel tiempo enteramente mitológico, habia podido olvidar un instante qué cosa era el juicio de París, ó Alejandro.

—Quereis la esplicacion del baile, ciudadano? dijo un vendedor de *libretti* aproximándose á Hoffmann.

—¡Sí! ¡dádme!

Esto era, para nuestro héroe, una nueva prueba de que iba al espectáculo, y por tanto la necesitaba.

Abrió el *libretto*, y lanzóle una ojeada.

El *libretto* estaba elegantemente impreso en muy buen papel blanco, y enriquecido con un prefacio del autor.

—¡Nada mas maravilloso que el hombre! pensó Hoffmann mirando los escasos renglones que constituian el prefacio, que todavía no leyera, pero los cuales él iba á leer; ¡cómo, haciendo parte de la masa comun de los hombres, camina solo, egoista é indiferente, por la senda de sus intereses y de sus ambiciones! Por ejemplo, hé aquí un hombre, Mr. Gardel el jóven, que ha hecho representar este baile el cinco de marzo de 1793, es decir, seis semanas después de la muerte del rey, ó, lo que es lo mismo, seis semanas despues de uno de los mas grandes sucesos del mundo. ¡Pues bien! el dia que se estrenó dicha obra, su autor sintió emociones particulares en medio de las generales emociones, le palpitó el corazon cuando sonaron aplausos, y si, en aquellos momentos, le hablasen del acontecimiento que asombraba todavía al mundo, y le nombrasen al rey Luis XVI, probablemente hubiera exclamado:—Luis XVI... ¿de quién me quereis hablar?—Luego, como si á contar desde el dia en que él habia presentado su baile al público, no debiese estar preocupada la tierra mas que de este acontecimiento coreográfico, añade un prefacio á la esplicacion de la pantomima. ¡Leámoslo! veré si, ocultando la fecha del dia en que fué escrito, vuelvo á hallar las huellas de las cosas en medio de las cuales vió la luz de la publicidad este libro.

Apoyóse Hoffman de codos sobre la balaustrada del teatro, y hé aquí lo que leyó:

«Siempre he notado, en los bailes de accion, que los efectos de decorado, y los divertimientos variados y agradables, eran lo que atraía mayor concurrencia y mas entusiastas aplausos.»

—Preciso es confesar que este hombre ha hecho una curiosa observacion, pensó Hoffmann, á cuyos lábios se asomó una sonrisa, leyendo este primer y sencillo párrafo. ¡Cómo! nota que lo que lleva gentío á los bailes son los efectos de decorado, y los divertimientos variados y agradables. ¡Qué bueno es esto para MM. Haydn, Pleyel, y Mehul que han compuesto la música del *Juicio de París*! Y continuó:

«Hecha esta observacion, púseme á buscar un asunto capaz de que pudiesen brillar los grandes talentos que solamente la Opera de Paris en punto á danza cuenta, y que me permitiese desarrollar las ideas que el acaso me inspirase. La historia poética es el provido terreno que el director y compositor de bailes debe cultivar; este terreno no carece en verdad de espinas, y preciso es saber apartarlas para coger las rosas.»

—¡Ah! ¿por ejemplo...? he aquí una frase digna de estamparse en letras de oro, exclamó para sus adentros Hoffmann; ¡únicamente en Francia se escriben semejantes cosas!—Y pasó á examinar el libreto, aprestándose á proseguir tan interesante lectura, que comenzaba á distraerle; pero su espíritu, desviado de su verdadera preocupacion, tornaba á ella poco á poco; los caractéres se embrollaron ante los ojos del caviloso jóven, el cual dejó colgar la mano que sostenia el *Juicio de París*, clavó la vista en el suelo y murmuró:

—¡Pobre muger!

Era que la sombra de Mme. Dubarry cruzaba una vez mas á través de los recuerdos del jóven.

Entonces meneó la cabeza, como para arrojar violentamente las lúgubres realidades, y, guardando en su bolsillo el libreto de Mr. Gardel el jóven, tomó una localidad y entró en el teatro.

El interior estaba lleno y resplandeciente de flores, pedrerías, seda y hombros desnudos. Un inmenso zumbido se percibía;

zumbido de perfumadas mugeres, de frívolos dichos, semejante al ruido que haria un millar de moscas volando dentro de una caja de papel, y henchido de esas palabras que dejan en la imaginacion iguales marcas que las alas de las mariposas en los dedos de los niños que las cogen, y quienes, dos minutos mas tarde, no sabiendo ya que hacer de ellas, levantan en alto las manos, devolviéndolas la libertad.

La localidad tomada por Hoffmann era de orquesta; y, dominado por la sofocante atmósfera del salon, casi creyó un instante que se encontraba allí desde por la mañana, y que aquella terrible ejecucion, que su pensamiento miraba sin cesar, era una pesadilla y no una realidad. Entonces la memoria del jóven, la cual, como la memoria de los hombres todos, tenia dos vidrios reflectores, uno en el cerebro y otro en el corazon, fijóse insensiblemente, por medio de la natural gradacion de impresiones risueñas, en aquella dulce doncella que habia dejado, allá, lejos, y cuyo medallon sentia vibrar, como otro corazon, á compás de los latidos del suyo. Miró á cuantas mugeres le rodeaban, sus ebúrneos hombros, sus cabellos blondos y oscuros, sus torneados brazos, y todas aquellas manos que jugueteaban con las varillas de un abanico, ó bien aseguraban las flores de un prendido; y luego sonrióse á sí mismo, pronunciando el nombre de Antonia, ni mas ni menos que si este nombre hubiera bastado para hacer desaparecer toda comparacion entre la que lo llevaba y las mugeres que se hallaban allí, trasportándole á un mundo de recuerdos mil veces mas encantadores que todas las realidades que á la vista tenia, por bellas que fuesen. Después, como si esto no hubiese sido suficiente, y temiese que el retrato, el cual, á través del espacio reproductuale su pensamiento, fuese á desaparecer confundido en el ideal que se forjaba, Hoffmann llevó quedamente una mano al pecho, y asió el medallon como una temerosa muchacha coge un pájaro en el nido, y, una vez seguro de que nadie podia verle, y empañar con una mirada la querida imágen que acariciaba su mano, el manco sacó cuidadosamente el retrato de la jóven, levantólo á la altura de los ojos, y adorólo un instante con la vista; en seguida,

después que lo hubo acercado con amor á los labios, lo ocultó de nuevo, lo mas cerca posible de su corazon, sin que ninguna de las personas allí presentes pudiese adivinar el júbilo que acababa de sentir, haciendo el movimiento de un hombre que mete la mano en uno de los bolsillos de su chaleco, aquel jóven espectador de cabellera negra y pálida tez.

En aquel momento dióse la señal, y las primeras notas de la obertura comenzaron á brotar agradablemente de la orquesta, como gorgedores pinzones en un bosquecillo.

Hoffmann tomó asiento, y, procurando hacer lo propio que los demás circunstantes, esto es, estar atento, aguzó entrambas orejas.

Pero, al cabo de cinco minutos, ya no escuchaba, ni queria prestar oido: no era la música lo que atraia la atencion de Hoffmann, que la oía dos veces, porque una de las personas que estaban á su lado, la cual sin duda tenia costumbre de frecuentar la Opera, y admiraba á MM. Haydn, Pleyel y Mehul, acompañaba con una vocecita en semi-tono de falsete y con exactitud perfecta, las diversas melodías de estos señores. El *dilettante* (pues, á pesar de su falsete, pertenecía al sexo masculino), unia al acompañamiento de su boca otro de dedos, golpeando á compás y distraidamente con sus largas y afiladas uñas sobre la caja de rapé que tenia en la mano izquierda.

Hoffmann, con esa habitual curiosidad que es naturalmente la principal cualidad de todo buen observador, dedicóse á examinar á aquel personage, el cual se hacia una orquesta, particular unida á la general.

Y en verdad, merecia examinarse el tal personage.

Figuraos un hombrecillo ataviado con casaca, chupa y calzones negros, camisola y corbata blancas, pero de una blancura superior á toda blancura, casi tan deslumbradora para la vista como el plateado reflejo de la nieve. Colocad sobre la mitad de las manos de nuestro hombrecillo, manos flacas, transparentes como la cera, que se destacaban del color negro de los calzones, cual si interiormente estuviesen iluminadas; colocad sobre ellas

puños de fina batista, plegados con esquisito cuidado, y delicados como las hojas de lis, y tendreis el conjunto del cuerpo. Mirad su cabeza, después de esto, y miradla como Hoffmann, es decir, con una curiosidad mezclada de admiracion. Representaos un rostro de forma oval, de frente pulida como el marfil, y cuyos cabellos, raros y leonados, crecian de distancia en distancia, cual grupos de matorrales en una llanura. Suprimid las cejas, y, por bajo del sitio donde deberian estar, abrid dos agujeros, en los cuales metereis ojos frios como si fueran de vidrio, casi siempre fijos, y que cualquiera creería inanimados porque vanamente en ellos buscaría el punto luminoso que Dios ha puesto en nuestras pupilas como una chispa desprendida del calor vital; aquellos ojos eran azules como el zafiro, y desprovistos de dulzura y de fiereza. Veían, es cierto; mas no miraban. Una nariz seca, delgada y larga, que remataba en punta; una boca pequeña, cuyos labios, al entreabrirse, dejaban descubiertas dos hileras de dientes no blancos, sino del mismo color de cera que las manos, como si hubiesen recibido una leve infiltracion de sangre pálida, y se hubiesen coloreado con ella; una barbilla puntiaguda, rasurada con gran esmero; pómulos salientes, mejillas hundidas, formando cada cual dos cavidades capaces de alojar otras tantas nueces; tales eran los rasgos característicos del espectador vecino á Hoffmann.

Tanto podia contar cincuenta años como treinta. Y, aun cuando tuviese ochenta años, nada estraordinario esto sería. También hubiera sido verosímil que no tuviese mas que doce; así que, parecia venido al mundo tal cual á la sazón era. Indudablemente jamás había sido jóven, y no era posible que pareciese mas viejo.

Y ¡quién sabe si, tocando su cítis, experimentaría uno la misma sensacion de frio, que al poner la mano sobre la piel de una serpiente ó de un muerto!

Sin embargo, preciso era confesar que amaba apasionadamente la música.

De vez en cuando, contraíase un poco la boca del vecino de

Hoffmann, bajo una presión de voluptuosidad filarmónica, y tres ligeros pliegues, idénticamente los mismos á un lado que á otro, describian un semi-círculo á la estremidad de sus labios; semi-círculo que duraba cinco minutos, y luego borrábase por grados, como las curvas trazadas por una piedra que cae en el agua, las cuales van prolongándose hasta confundirse con la superficie.

Hoffmann no cesaba de contemplar á su vecino, quien conocia que escitaba la curiosidad del jóven; mas no por eso se movia. Su inmovilidad era tal, que nuestro poeta, el cual ya en aquella época poseia el gérmen de la imaginación que debia crear *Coppelius*, apoyó entrambas manos en el respaldo del asiento que en frente de él habia, inclinó el cuerpo hácia adelante, y, volviendo la cabeza hácia la derecha, trató de examinar cara á cara al que hasta entonces solo habia visto de perfil.

El hombrecillo miró á Hoffmann sin asombro, sonrióse, le hizo un leve y amistoso saludo, y continuó clavando las miradas en el mismo sitio que antes, sitio invisible para cualquier otro que no fuera él, y siguió acompañando con los dedos á la orquesta.

—Es extraño, pensó Hoffmann tornando á acomodarse en su asiento; yo hubiera apostado que no vivia.

Y como si, por mas que hubiese visto menearse la cabeza de su vecino, todavia no estuviere muy convencido el jóven de que el resto del cuerpo estaba animado, lanzó otra ojeada á las manos de aquel raro personage; una cosa le llamó la atención esta vez, y fué que, en la tapa de la caja de rapé con la cual jugueteaba, y era de ébano, brillaba una pequeña calavera tallada en un diamante.

Todo, durante el dia de que hablamos, debia tomar fantásticos matices á los ojos de Hoffmann; pero, resuelto como se hallaba á aclarar aquello, inclinóse hácia abajo, como se habia inclinado hácia adelante, y fijó sus miradas en aquella tabaquera, rozando casi con sus labios las manos del que la tenia.

El hombre de esta suerte mirado, conociendo que su tabaquera tanto escitaba la curiosidad de su vecino, alargósele

con la mejor voluntad, á fin de que pudiese cómodamente examinarla.

Hoffmann la cogió, dióle veinte vueltas, y en seguida la abrió.

¡Dentro había tabaco en polvo!

Hoffmann no cesaba de contemplar á su vecino, quien como ella que estaba en curiosidad del joven; mas no por eso se movió. Su inmovilidad era tal, que apenas podía, el cual ya en aquella época poseía el carácter de la imaginación que debía crear Copérnico, aquel entonces tanos en el respaldo del asiento que se le iba el alma, tan pronto como él se movía, y volviendo la cabeza hacia la derecha, tanto de examinar esta á esta si que hasta entonces solo había visto de perfil.

El hombre se miró á Hoffmann sin decir nada, continuó la hizo un leve movimiento hacia él, y volvió á clavando las miradas en el mismo punto, como invisible para cualquier otro que no fuera él, y siguió recordando cosas de la orgía.

—Ea, amigo, pues. El hombre torcido á acomodar en su asiento, se hubiera apercibido de que...

Y como se por una que había estado leyendo la cabeza de su vecino, lo cual no le había gustado, tanto como el joven se por el resto del cuerpo estaba torcido, como una cosa a las manos de aquel que por un momento se había la mano con la que se le iba el alma, y así que se le iba el alma, con la cual se iba el alma, y así que se le iba el alma, con la cual se iba el alma...

Todo durante el día de que había sido, había estado con muchos á los ojos de Hoffmann, pero parecía como si él no se acordara de nada, y así que se le iba el alma, con la cual se iba el alma...

El hombre de esta parte miraba, como si se iba el alma, con la cual se iba el alma...

—¿Y curaste al padre de esos herejes?
—Al contrario, caballero; hemos tenido la desgracia de perderlo.
—Ahora me explico la gratitud.
El médico comenzó a reír.
Las respuestas que daba no le impedían proseguir tarareando.
Y, al propio tiempo que tarareaba.
—Sí, sí; bueno; creo firmemente que he matado a aquel alemán.
—¿Cómo matado?
—Especialmente en el momento recién descrito; Oh! Dios mío! al cabo de una hora estaba muerto. Verdaderamente es muy curioso.
Y volvió a cantar entre dientes.
—¡Pácese que es gasta la música, caballero, dijo Hoffmann.
—Sí, señor; sobre todo esta.
—¡Díjale! pensó Hoffmann; he aquí un hombre que lo mismo se cansa en música, como en medicina.
En aquel instante levantóse el telón.
El estrado doctor aspiró polvo, y se arrellanó en su butaca, como hombre que no quiere perder nada del espectáculo.

XIII.
Arsenia.

Después de haber examinado la caja de rapé con escrupulosa atención, devolviola Hoffmann á su propietario, dándole gracias con un silencioso movimiento de cabeza, al cual respondió el propietario con otro igualmente cortés, pero, á ser posible, mas silencioso aun.

—Veamos ahora si habla, reflexionó en su interior Hoffmann; y, dirigiéndose á su vecino, díjole:—Os ruego que disimuleis mi indiscrecion, caballero; pero esa diminuta calavera de diamante, que adorna la tapa de vuestra caja de rapé, me admiró al pronto, pues es un adorno por demás raro en una tabaquera.

—En efecto, creo que es la única que haya sido hecha, replicó el desconocido con voz metálica, cuyo sonido semejábale bastante al ruido de monedas de plata, al ser apiladas unas sobre otras; es un regalo de herederos agradecidos, cuyo padre habia yo cuidado.

—¿Sois médico?

—Sí, señor.

—¿Y curásteis al padre de esos herederos?

—Al contrario, caballero: hemos tenido la desgracia de perderlo.

—Ahora me explico tal gratitud.

El médico comenzó á reir.

Las respuestas que daba no le impedían proseguir tarareando, y, al propio tiempo que tarareaba,

—Sí, afirmo; creo firmemente que he matado á aquel anciano.

—¿Cómo... matado?

—Esperimenté en él un remedio recién descubierto. ¡Oh! ¡Dios mío! al cabo de una hora estaba muerto. Verdaderamente es muy chistoso.

Y tornó á cantar entre dientes.

—Parece que os gusta la música, caballero, dijo Hoffmann.

—Sí, señor; sobre todo ésta.

—¡Diablo! pensó Hoffmann; he aquí un hombre que lo mismo se engaña en música que en medicina.

En aquel instante levantóse el telon.

El extraño doctor aspiró un sondo polvo, y se arrellanó en su luneta, como hombre que no quiere perder nada del espectáculo á que asiste.

Sin embargo, díjole á Hoffmann, como por reflexion;

—¿Sois aleman, caballero?

—En efecto.

—He reconocido vuestro pais en vuestro acento. Hermoso pais, feo acento.

Inclinóse Hoffmann al escuchar esta última frase, cuya mitad era un cumplido, mas cuya otra mitad era un epigrama.

—¿Y á qué habeis venido á Francia?

—A ver.

—¿Qué habeis visto ya?

—Guillotinar, caballero.

—¿Estábais hoy en la plaza de la Revolución?

—Sí.

—Eso quiere decir que habeis presenciado la muerte de Mme. Dubarry.

—Sí, contestó Hoffmann suspirando.

—Yo la he conocido mucho, continuó el doctor dirigiendo una mirada confidencial, la cual llevaba el participio conocido hasta lo último de su significacion. Era una hermosa muger, á fé mia.

—¿Por ventura la cuidásteis tambien?

—No; pero cuidé á su negro Zamora.

—Miserable! dícese que es el quien ha denunciado á su ama.

—Efectivamente, era muy patriota el tal negrillo.

—Tengo para mí que debisteis hacer con él lo propio que con el anciano... Ya sabeis con cuál: con el anciano de la tabaquera.

—¿Con qué objeto, sinó tenia herederos?

Y la risita del doctor dibujóse en sus labios de nuevo.

—Pero y vos, caballero, ¿no habeis concurrido á presenciar la ejecucion de esta tarde? repuso Hoffman, á quien aguijaba una irresistible necesidad de hablar de la misera criatura, cuya imágen ensangrentada no le abandonaba.

—No. ¿Estaba flaca?

—¿Quien?

—La condesa.

—No puedo deciroslo, caballero.

—¿Por qué?

—Porque hoy la he visto por vez primera en la carreta.

—Tanto peor. Hubiera querido saberlo, pues yo la he conocido bastante gruesa; mañana iré á ver su cadáver. ¡Ah! poned atencion, y mirád este pasage.

Y, así hablando, el médico me señalaba la escena, en la cual Mr. Vestris, que desempeñaba el papel de Páris, aparecía á la sazón en la cumbre del monte Ida, haciendo toda suerte de evoluciones con la ninfa Enona.

Hoffmann contempló lo que su vecino le mostraba; pero después de haberse convencido de que aquel sombrío médico estaba realmente atento al espectáculo, y que lo que acababa él de decir y oír ninguna huella habia dejado en su espíritu,

—Curioso seria ver llorar á semejante hombre, dijose el jóven

—¿Sabeis el argumento de la pieza? preguntó el doctor, despues de un silencio que tuvo de duracion algunos minutos.

—No, señor.

—¡Oh! es muy tierno. Tiene situaciones que hablan al alma Un amigo mio y yo teniamos el otro dia las lágrimas á punto de salir de los ojos.

—¡Un amigo...! murmuró el poeta; ¿quién puede ser amigo de un hombre como éste? Por fuerza debe ser un enterrador.

—¡Ah! ¡bravo! ¡bravo, Vestris! gritó el hombrecillo batiendo, una con otra, las palmas.

El médico habia elegido, para manifestar su entusiasmo, el momento en que Páris, segun el *libretto* que Hoffmann comprára á la puerta del teatro, empuña su javalina y vuela á socorrer los pastores, los cuales huyen espantados delante de un terrible leon.

—No soy curioso, añadió el hombre vestido de negro; pero hubiera deseado ver el leon.

Así terminó el primer acto.

Entonces el doctor púsose de pié, se volvió, se recostó en la luneta que habia delante de la suya, y, substituyendo unos anteojos á su tabaquera, comenzó á pasar revista á las mugeres que se hallaban en el teatro.

Hoffmann seguia maquinalmente la direccion de los anteojos, y con estupefaccion observaba que la persona sobre la cual se fijaban, estremeciase al momento y volvía la vista hácia aquel que la miraba, como obligada por una fuerza invisible; y hasta que el doctor cesaba de dirigir hácia allí los anteojos, conservaba igual posicion la persona mirada.

—¿Os provienen vuestros lentes de algun otro heredero, caballero? preguntó Hoffmann.

—No; han pertenecido á Mr. de Voltaire.

—¿Lo habeis tambien conocido?

—Mucho: fuimos muy amigos.

—¿Erais médico suyo?

—Él no creía en la medicina. Verdad es que puede decirse que no creía en nada.

—¿Y es cierto que haya muerto confesándose?

—¡El, caballero! ¡él! ¡Arouet! No tal; y no solamente no quiso confesarse, sino que recibió con malos modos al sacerdote que había ido á ayudarle á bien morir. ¡Oh! acerca de esto puedo hablaros con certeza, porque allí estaba yo.

—¿Qué es, pues, lo que ha pasado?

—Arouet iba á morir; Tersac, su párroco, llega y le dice con premura, como hombre que conoce que no tiene tiempo que perder:—Caballero, ¿reconoceis la santísima Trinidad?—

—Hombre, déjeme morir tranquilo, yo se lo ruego, respondió Voltaire.

—Sin embargo, caballero, continuó Tersac, inórtame saber si recoceis á Jesucristo como hijo de Dios.

—En nombre del diablo, exclamó Voltaire, no me habéis del hijo de Dios. Y, reuniendo las escasas fuerzas que le restaban, descargó un manotón sobre la cabeza del párroco, y espiró. ¿Qué os parece? preguntó el hombre vestido de negro riéndose.

—Que es digno de risa, en efecto, dijo Hoffmann con desdenoso acento, mirando de hito en hito á su vecino; así es como debía morir el autor de la *Doncella*.

—¡Ah! ¡sí! ¡la *Doncella*! repitió el hombrecillo; ¡qué obra maestra, caballero! ¡qué cosa tan admirable! Sé únicamente de un libro que pueda rivalizar con este.

—¿Cuál?

—*Justina*, de Mr. de Sades; ¿conoceis *Justina*?

—No, señor.

—¿Y al marqués de Sades?

—Tanto como á su libro.

—Pues bien, caballero, repuso el doctor con entusiasmo; *Justina* es lo mas inmoral que uno puede leer; es Crebillon, hijo, presentado al natural; es... es maravilloso. Yo he asistido á una muchacha que había leído el libro del marqués de Sades.

—¿Y ha muerto como vuestro anciano?

—Sí, caballero; pero ha muerto después de haber apurado los goces de este mundo.

Y los ojos del médico chispearon de contento, á la evocacion de las causas de aquella muerte.

Hizose la señal para principiar el segundo acto. Hoffmann no pudo menos de alegrarse, porque su vecino le aterraba.

—¡Ah! dijo el doctor tomando asiento, con satisfecha sonrisa; ahora vamos ver á Arsenia.

—¿Quién es Arsenia?

—¿No la conoceis?

—No, señor.

—¡Oh! á nadie conoceis, jóven. Arsenia es Arsenia, y con esto queda dicho todo. Además, inmediatamente vais á verla.

Y, antes que la orquesta hubiese tocado una nota, ya habia comenzado á tararear el médico la introduccion del segundo acto.

Levantóse el telon.

El teatro representaba una enramada de flores y verdura, atravesada por un arroyo cuyo manantial estaba al pié de un peñasco.

Hoffmann dejó caer la cabeza sobre una de sus manos.

A no dudar, lo que veía, lo que oía, no tenia poderio bastante para distraerle del doloroso pensamiento y del lúgubre recuerdo que le habian conducido allí donde á la sazón se encontraba.

—¿Qué cambio hubiera podido operar eso? pensó tornando á engolfarse bruscamente en las impresiones del dia; ¿qué cambio hubiera podido operar eso en el mundo, si hubiesen dejado vivir á la desventurada muger? ¿Qué males podrian originarse de que aquel corazon continuase latiendo, y aquella boca respirando? ¿y qué desgracias hubieran acaecido? ¿Por qué interrumpir así todo, deteniendo el curso de la vida en medio de su vigor? Ahora se encontraría alegre aquí, entre las demás mu-

geres; mientras que, al contrario, ahora yace su pobre cuerpo, que un tiempo fué amado de un rey, sobre el fango de un cementerio, sin flores, sin cruz, sin cabeza. ¡Cómo gritaba, Dios de Dios! ¡cómo gritaba! Pero, de repente...

Hoffmann ocultó la frente entre las manos.

—¿Qué es lo que hago aquí? se dijo tras esto. ¡Oh! ¡me marchó! ¡me marchó!

Y en efecto, quizás iba á salir del teatro, cuando, al erguir la cabeza, vió en la escena una bailarina que no habia aparecido en el primer acto, y á quien la concurrencia toda miraba como danzaba, sin moverse y sin respirar.

—¡Oh! ¡qué muger tan bella! exclamó Hoffmann en voz bastante alta para que sus vecinos, y aun la bailarina, lo oyesen.

La que esta súbita admiración acababa de despertar, miró al jóven que, sin apercibirse de ello, habia prorumpido en tal exclamación, y Hoffmann creyó que le daba gracias con los ojos.

Ruborizóse, por tanto, y no pudo menos de estremecerse, como si hubiese recorrido su cuerpo una chispa eléctrica.

Arsenia, pues ella era, es decir, aquella bailarina cuyo nombre pronunciara el vejete; Arsenia era ciertamente una admirable criatura, de no común belleza.

Era alta, perfectamente hecha, y de trasparente palidez bajo el carmin que cubria sus mejillas. Sus piés eran en extremo pequeños, y cuando, en los giros del baile, se elevaba y caía sobre el tablado, diríase que las puntas de sus pies reposaban sobre una nube, pues ni el más ténue rumor era dado percibir. Su cintura era delgada, y tan flexible, que una culebra no podría retorcerse con tanta facilidad sobre sí misma como aquella muger. Cada vez que, encervándose, se inclinaba ella hacia atrás, podríase creer que iba á reventar su justillo, y se adivinaba, en la energía de su danza y en la seguridad de su cuerpo, así la certeza de una completa hermosura como ese ardoroso natural que, á ejemplo de la Mesalina antigua, puede sentirse alguna vez fatigado, pero jamás hastiado. No sonreía ella como ordinariamente se sonreían las boleras, y sus purpurinos

bios casi nunca se entreabrian; y no porque tuviesen malos dientes que ocultar, no, pues á favor de la sonrisa que le habia dirigido á Hoffmann, cuando con tanta sencillez la admirára en voz alta, nuestro poeta habia podido ver una doble hilera de perlas, tan blancas, tan puras, que sin duda ella las ocultaba detrás de sus labios, á fin de que el aire no empañase su esmalte. En los cabellos negros y lustrosos de aquella muger, los cuales tenian azulados reflejos, enrollábanse anchas hojas de acanto, y colgaban racimos de uvas, cuyas sombras llegaba hasta sus hombros desnudos. En cuanto á los ojos, eran rasgados, lípidos, negros, brillantes; tanto, que parecian iluminar todos los objetos que alrededor se encontraban, y, aun cuando bailase en medio de la oscuridad, Arsenia hubiera iluminado el sitio donde danzaba. Lo que todavía daba un carácter mas original á la jóven, es que, sin razon alguna, y apesar del papel de ninfa que representaba, ó mas bien bailaba, llevaba puesto un estrecho collar de terciopelo negro, cerrado con una hebilla ó con un objeto que semejaba tener la forma de tal; cuya hebilla, hecha de diamantes, despedia vivísimos resplandores.

El médico miraba á aquella muger atentamente, y su alma, toda su alma, parecía pender de los giros de la bailarina; de fijo, en tanto que ella danzaba, no respiraba él.

Entonces Hoffmann pudo observar una cosa, asaz curiosa: ora aquella muger fuese á derecha ó izquierda, ora marchase hácia atrás ó adelante, jamás las miradas de Arsenia se desviaban de la línea de las del doctor; una visible correlacion estaba establecida entre los ojos de entrambos. Mas aun: veía Hoffmann muy distintamente que los rayos que lanzaba la hebilla del collar de Arsenia, y los que arrojaba la calavera de diamante del doctor, encontrábanse á la mitad de la distancia en línea recta y chocaban, se rechazaban y se confundian en un mismo rayo, compuesto de millares de chispas blancas, rojas y de oro.

— ¿Queréis hacerme la merced de prestarme vuestros ante-

jos, caballero? dijo Hoffmann anhelante y sin mover la cabeza pues imposible érale à él tambien cesar de contemplar à Arsenia.

El doctor estendió una mano hácia Hoffmann, sin hacer el menor movimiento de cabeza, por lo cual las manos de entrambos espectadores buscáronse algunos instantes sin encontrarse, hasta que al cabo tropezaron.

Hoffmann cogió, en efecto, los lentes, y aplicólos á los ojos.

—Es extraño, murmuró.

—¿El qué? preguntó el doctor.

—Nada, nada, respondió Hoffmann, que queria reconcentrar toda su atencion en lo que viendo estaba; y en realidad, lo que veía era por demás extraño.

Los anteojos le aproximabantalmente los objetos, que dos ó tres veces estendió Hoffmann el brazo que le quedaba libre, creyendo asir á Arsenia, la cual no parecia estar à la parte de afuera de los lentes, pegada al último vidrio, sino entre los dos vidrios de los lentes. Nuestro aleman no perdía, pues, ningun detalle de la belleza de la bailarina; y sus miradas ya tan brillantes à lo lejos, circundaban su frente de una aureola de fuego, haciéndola hervir la sangre en las venas de las sienas.

El alma del jóven agitábase febrilmente dentro del cuerpo del prometido de Antonia.

—¿Qué muger es esta? se dijo con débil voz, sin apartar los anteojos, y sin moverse.

—Es Arsenia, ya os lo he dicho, replicó el doctor, cuyos labios solamente daban indicios de vivir, y cuya mirada inmóvil estaba clavada en la bailarina.

—Sin duda tendrá amante esta muger.

—Sí.

—¿Y lo ama?

—Tal se dice.

—¿Es rico?

—Muy rico.

—¿Quién es?

—Mirad hácia la izquierda, en el palco bajo de proscenio.

—No puedo volver la cabeza.

—Haced un esfuerzo.

Hoffmann hizo un esfuerzo tan doloroso, que lanzó un grito, como si los nervios de su pescuezo se hubiesen tornado de mármol, y en aquel momento se hubiesen despedazado.

Miró al palco indicado.

En aquel palco no habia mas que un hombre; pero, creería-se que aquel hombre acurrucado como un leon sobre el antepecho guarnecido de terciopelo, llenaba él solo todo el palco.

Podria contar el solitario espectador de treinta y dos á treinta y cuatro años, y su rostro estaba un tanto ajado por el soplo de las pasiones; hubiérase dicho que, no las viruelas, sino la erupcion de un volcan, habia abierto aquellos valles de carne, cuyas profundidades se cruzaban entre sí; sus ojos habian debido ser pequeños, pero estaban rasgados, á causa de una especie de desgarrro del alma, ora aparecian sin espresion, vacíos, como un cráter apagado, y ora brotaban llamaradas como un cráter encendido. No aplaudia aquel hombre batiendo las palmas una contra otra, sino dando golpes sobre la balaustrada; y, á cada aplauso, parecia hundirse la sala.

—¡Oh! exclamó Hoffmann; ¿es un hombre lo que allí veo?...

—Sí, sí, es un hombre, contestó el enlutado hombrecillo; si, es un hombre, bien terrible por cierto.

—¿Cómo se llama?

—¿No lo conoceis?

—No; ayer he llegado á París.

—¡Pues bien! se llama Danton.

—¡Danton!.... repitió Hoffmann sobresaltándose. ¡Oh! ¡oh! ¿y es amante de Arsenia?

—Sí.

—Y él la ama, ¿verdad?

—Hasta rayar en locura. El es estremadamente celoso.

Empero, por interesante que fuese Danton, ya Hoffmann habia vuelto á fijar la vista en Arsenia, cuya silenciosa danza no dejaba de tener cierta fantástica apariéncia.

—Otra pregunta, caballero.

—Hablad.

—¿Qué forma tiene el broche que cierra el collar de la joven

—Representa una guillotina.

—¡Una guillotina...!!

—Si tal. Hácense de diamantes, y todas nuestras elegantes llevan una á lo menos. La que gasta Arsenia, le ha sido regalada por Danton.

—¡Una guillotina...una guillotina al cuello de una bolera! repitió Hoffmann, que sentia su cerebro medio trastornado; ¡una guillotina! ¿por qué?...

Y nuestro alemán, á quien pudiera tomar cualquiera por un loco, extendia los brazos delante de sí, como para asir un cuerpo; pues, por un rarísimo efecto de óptica, la distancia que de Arsenia le separaba desaparecia por segundos, pareciéndole percibir el aliento de la bailarina sobre su frente, y oir la ardiente respiracion de aquel seno, medio desnudo, que se alzaba y se bajaba, como movido por el placer. Hallábase Hoffmann en ese estado de exaltacion en que uno créa respirar fuego, y teme que los sentidos hagan estallar el cuerpo.

—¡Basta, basta! murmuraba el joven.

Pero la danza continuaba, y era tal la alucinacion, que, confundiendo sus dos impresiones mas hondas de aquel memorable dia, la imaginacion de Hoffmann mezclaba á la escena de entonces el recuerdo de la plaza de la Revolucion; así que, tan presto creia ver á Mme. Dubarry, pálida y con la cabeza separada del tronco, bailando en el sitio de Arsenia, y tan presto figurábasele contemplar á Arsenia, que llegaba danzando hasta el pié de la guillotina y hasta las manos del verdugo.

Vése, pues, que en la imaginacion exaltada del prometido de Antonia hacíase una mescolanza de flores y sangre, de baile y agonía... de vida y muerte.

No obstante, lo que á todo esto dominaba, era la eléctrica atraccion que le arrastraba hácia aquella muger. Cada vez que sus dos torneadas piernas pasaban por delante de los ojos de Hoffmann; cada vez que sus sayas transparentes se alzaban un poco mas de lo ordinario, un estremecimiento recorria todo el

ser del jóven, sus labios tornábanse secos, abrasador su aliento apoderándose de él el deseo, como se apodera de un hombre de veinte años.

En semejante estado, Hoffmann no tenia mas que un refugio, y éste era el retrato de Antonia, el medallón que llevaba constantemente sobre su pecho; era el amor puro para oponer al amor sensual; era la fuerza de castidad para poner frente á frente de las exigencias de lo real.

Agarró, por tanto, el retrato, y acercólo á los labios; pero apenas habia hecho esto, cuando la aguda risita de su vecino llegó á oídos del jóven, al cual miraba el vejete con aire burlón.

Entonces Hoffmann, encendiéndose de rubor, volvió el medallón á su sitio, y, levantándose como un autómatas puesto en movimiento por medio de un resorte,

—¡Dejadme salir! exclamó; ¡dejadme salir, pues no podria permanecer aquí mas tiempo!

Y, semejante á un loco, marchóse del salon, pisando los piés y magullando las piernas á cuantos tranquilos espectadores encontraba por delante, los cuales daban á todos los diablos á aquel raro jovenzuelo, que se complacia en salir á la mitad de un baile fantástico.

XIV.

La segunda representacion del Juicio de París.

Pero el arrebató de Hoffmann no le llevó muy lejos, pues se detuvo en la esquina de la calle de San Martín.

Su pecho estaba fatigoso, y bañada su frente de sudor.

Pasóse la mano izquierda por la frente, se llevó la derecha al pecho, y respiró con mas holgura.

En aquel momento tocaron al jòven en un hombro.

No pudo menos de sobresaltarse.

—Ah! ¡pardiez! ¡él es! dijo una voz.

Volvióse, y exhaló un grito.

El que así habló era Zacarías Werner.

Los dos jòvenes se precipitaron uno en brazos de otro. Y en seguida cruzáronse de parte á parte estas preguntas.

—¿Qué haciais ahí?

—¿A dónde vás?

—Yo he llegado ayer, dijo Hoffmann, y he visto guillotinar

á Mme. Dubarry; para distraerme, me dirigí á la Opera.

—En cuanto á mí, yo he llegado seis meses há, há cinco que veo guillotinar todos los dias veinte ó veinticinco personas, y, para distraerme frecuento las casas de juego.

—¡Ah!

—¿Vienes conmigo?

—No; gracias.

—No tienes razon, pues estoy de vena; y, contando con tu buena suerte habitual, tú harías fortuna. Debes enojarte terriblemente en la Opera, porque estás acostumbrado á una música muy superior á esta. Vente conmigo y haré que oigas...

—¿Música?

—Sí... la del oro; sin contar que, en la casa á donde me dirijo, hallanse reunidos todos los placeres: ¡mujeres preciosas, cenas opíparas, un juego nunca visto!

—Gracias, amigo mio; pero me es imposible, toda vez que prometí, mejor diría que juré...

—¿Y á quién juraste ó prometiste eso?

—A Antonia.

—¿Pues qué! ¿la has visto?

—¡La amo, amigo mio; la adoro!

—¡Ah! ahora comprendo cuál ha sido la causa de tu retardo; y tú juraste...

—No volver á jugar, y...

Hoffmann titubeó.

—Y luego, ¿qué?

—Y además serla fiel, balbució el joven.

—En ese caso, no puedes venir al 113.

—¿Qué significa eso de 113?

—Es la casa de que hablaba; yo, como nada he jurado, ni siquiera prometido, allá me encamino. ¡Adios, Teodoro!

—¡Adios, Zacarías!

Y Werner se alejó, en tanto que Hoffmann quedaba como clavado á las losas de la calle.

Cuando anduvo Werner cien pasos, acordóse Hoffmann de que no se habia cuidado de pedir á Zacarías las señas de su vivien-

da; y la única que él le había dado era la de la casa de juego.

Pero estas señas estaban escritas en la memoria de Hoffmann, como sobre la puerta de la casa fatal: jen caracteres de fuego!

Sin embargo, lo que acababa de pasar había calmado un poco los remordimientos de Hoffmann. Así es la humana naturaleza, siempre indulgente consigo misma, por que su indulgencia emana del egoismo.

Sacrificando el juego por Antonia, creía haber cumplido su juramento; olvidándose de que, por estar próximo á quebrantar la mitad mas importante de su juramento, encontrábase allí, inmóvil en el ángulo formado por el boulevard y la calle de San Martin.

Pero, segun dicho dejamos, la resistencia opuesta por el jóven á las insinuaciones de Werner, le había inspirado indulgencia para con Arsenia. Resolvió adoptar, pues, un término medio, y, en lugar de volver á entrar en el teatro de la Opera, accion hácia la cual le empujaba con fuerza su demonio tentador, determinó aguardar á la puerta particular de los actores, á fin de ver salir á la bailarina.

Hoffmann conocia suficientemente la topografía de los teatros para no dar bien pronto con la puerta que buscaba. Distinguió, del lado de la calle de Bondy, un largo pasadizo iluminado apenas, sucio y húmedo, por el cual pasaban y repasaban como sombras algunos hombres de traje raído, y comprendió que por aquella puerta era por donde entraban y salían los pobres mortales á quienes el colorete, el blanquete, el azul, la gasa, la seda y las lentejuelas trasformaban en dioses y diosas.

El tiempo volaba, la nieve caía; pero Hoffmann estaba tan agitado por aquella estraña aparicion, un si es no es sobrenatural, que no espermentaba igual sensacion de frio que los transeúntes. Poco importaba que el hálito del jóven se condensase en vapores casi palpables, si sus manos no por eso estaban menos ardorosas y húmeda su frente. Mas aun: apoyado contra la pared, permanecía en una inmovilidad completa, con la vista fija en el pasadizo; desuerte que la nieve, que de cada vez caía en mas espesos copos, iba cubriendo lentamente al jóven co-

mo una sábana, y del jóven estudiante, ataviado con gorro y ca-
saco al estilo de Alemania, hacia casi una estatua de mármol.
En fin, comenzaron á salir, por el boquete indicado, las prime-
ras personas que nada mas tenian que hacer en el espectáculo;
es decir, guardas, maquinistas, y todas esas otras gentes sin
nombre que viven del teatro; trás estos aparecieron los artistas
del séxo feo, menos tardos en vestirse que las mugeres; luego
las mugeres, y por último la bella bailarina, á quien no solamen-
te reconoció Hoffmann por su rostro lleno de encantos, sinó
tambien por el pequeño collar de terciopelo ceñido á su cuello,
y sobre el cual brillaba la estraña joya que el *Terror* acababa de
poner de moda.

No bien Arsenia apareció en el umbral de la puertecilla, y an-
tes que Hoffmann hubiese tenido tiempo de hacer el menor mo-
vimiento, acercóse rápidamente un coche, la portezuela fué
abierta, y la jóven se precipitó en el interior con tanta ligereza
como si todavia estuviese saltando sobre las tablas del escena-
rio. Una sombra pudo verse á través de los vidrios, y Hoffmann
creyó reconocer en ella al hombre del palco bajo; la sombra re-
cibió en sus brazos á la hermosa bailarina, y en seguida, sin que
ninguna voz tuviese precision de designar direccion al cochero,
alejóse al galope el carruaje.

Todo cuanto acabamos de contar en quince ó veinte renglo-
nes, habia acontecido con la rapidez del relámpago.

Hoffmann prorumpió en una especie de grito, viendo huir el
carruaje, apartóse de la pared, semejante á una estatua sacada
de su nicho; y, arrojando de encima de sí, á cada movimiento
que hacia, la nieve de que estaba de piés á cabeza cubierto, dió
á correr en seguimiento del carruaje.

Pero el coche, arrastrado por dos vigorosos caballos, cami-
naba tan de prisa, que por mas veloz que fuese la irreflexible
carrera del jóven no le era dado alcanzarlo.

Mientras siguió el coche el boulevard, todo fué bien; mien-
tras recorrió la calle de Bourbon-Villeneuve, que acababa de
ser desbautizada para tomar la denominacion de calle de *Nueva-
Iqualdad*, todo fué igualmente bien; pero, al llegar á la plaza

de las Victorias, llamada á la sazón plaza de la *Victoria Nacional*, el coche torció á mano derecha, desapareciendo á los ojos de Hoffmann.

No estando animada ni por el ruido, ni por la vista, minoróse el ímpetu de la carrera del joven; durante un momento se detuvo éste en la esquina de la calle *Nuevo Eustaquio*, se recostó en la pared para tomar aliento, y luego, no viendo á nadie, ni oyendo nada orientóse, juzgando que ya era hora de regresar á su posada.

No era fácil, para Hoffmann, salir de aquel dédalo de calles, que forman una red casi inextricable desde la punta de San Eustaquio hasta el muelle de la Ferraille. Por fin, gracias á las numerosas patrullas que circulaban por las calles, y merced á su pasaporte estendido en regla, y á la prueba de que aun había llegado la vispera (prueba que el refrendo de la barrera le proporcionaba), obtuvo de la milicia ciudadana indicaciones tan exactas, que pudo encontrar el joven su posada y entrar en su habitacioncilla, donde se encerró en apariencia solo; mas, en realidad, con el ardiente recuerdo de cuanto había sucedido.

A contar desde entonces, Hoffmann fué presa de dos visiones, de las cuales una desvaneciase poco á poco, en tanto que la otra tomaba por instantes mas consistencia.

La vision que se borraba, era la figura pálida y desgredñada de Mme. Dubarry, arrastrada desde la Consergeria á la carreta, y desde la carreta al cadalso.

La que adquiria formas de realidad, era la figura animada y sonriente de la bella bailarina, la cual saltaba desde el fondo del escenario al foro, y giraba del foro á uno y otro lado del proscenio.

Hoffmann hizo cuantos esfuerzos pudo para desembarazarse de esta vision. Sacó colores y pinceles de su baul, y pintó; abrió la caja de su violin, templólo, y comenzó á tocar; pidió una pluma y tinta, é hizo versos. Mas los versos que componia, eran cantos de alabanza á Arsenia; el aire que tocaba era el mismo á compás del cual se le había aparecido, y cuyas sonoras notas parecian elevarla sobre el tablado, cual si tuviese alas.

en fin, los bosquejos que el joven hacia eran retrato de aquella muger, con el collar de terciopelo, extraño adorno fijado al cuello de Arsenia por un broche no menos extraño.

Durante el resto de la noche, durante todo el día y toda la noche siguientes, y aun mientras duró el otro día, solamente vió una cosa Hoffmann, ó por mejor decir dos: por una parte, la fantástica bailarina; por otra, aquel doctor, tan fantástico ó mas que ella. Habia entre los dos seres tal correlacion, que Hoffmann no acertaba á comprender al uno sin el otro. Así que, mientras estaba dominado por la alucinacion que le hacia ver á Arsenia, saltando y girando sobre el escenario, no siempre creia sentir el joven á sus oidos los sonos de la orquesta, no: tambien parecia percibir el tarareo del doctor, y el redoble de los dedos de éste sobre la tabaquera de ébano. Luego, de cuando en cuando, un relámpago cruzaba por delante de los ojos de nuestro Aleman, deslumbrándolo con millares de brillantes reflejos: era el doble rayo que partia de la caja de rapé del doctor, y del collar de la bolera; era la atraccion simpática de aquella guillotina de diamantes, y aquella calavera de diamantes tambien; era, en fin, la fijeza de los ojos del médico, los cuales, á su voluntad, creeriase que atraian y rechazaban á la encantadora bailarina, como la mirada de la serpiente atrae y rechaza al fascinado pajarillo.

Veinte veces, cien, mil, ocurriósele á Hoffmann volver á la Opera; pero, en tanto que no fué hora, Hoffmann se hizo formal promesa de no ceder á la tentacion. Además, esta tentacion la habia combatido él de todas maneras, primero contemplando y besando el medallon, y despues poniéndose á escribir á Antonia. Empero, el retrato de Antonia parecia haber tomado tal tinte de tristeza, que Hoffmann cerró el medallon casi al punto de abrirlo; las primeras líneas de cada carta comenzada y no concluida, eran tan embrolladas, que ya habia rasgado diez cartas antes de llegar al tercio de la primera página.

Por último, brilló la aurora del segundo dia; trascurrieron horas y horas, y aproximóse la de abrir las puertas del teatro; sonaron las siete de la noche, y, á esta última llamada, Hoffmann

impelido hacia fuera á pesar suyo, bajó de unos cuantos brincos la escalera, y corrió en direccion de la calle de San Martin.

Esta vez, en menos de un cuarto de hora, y sin tener necesidad de que nadie le mostrase el camino, como si un guia invisible marchase delante del jóven, llegó á la puerta de la Opera, invirtiendo escasamente diez minutos.

Mas ¡cosa singular! aquella puerta, como dos dias antes, no estaba sitiada por un ejército de espectadores, sea que un incidente desconocido para Hoffmann hubiese hecho menos divertido el espectáculo, sea que los espectadores estuviesen ya en el interior del teatro, acomodado cada cual en su localidad.

Hoffmann arrojó un escudo de seis libras sobre la tablilla de la cobranza, recibió en cambio una papeleta, y entró en el salon.

El aspecto que ofrecia el salon era bien diferente de la vez primera. No estaba, por de pronto, mas que medio ocupado; luego, en los sitios de aquellas mugeres llenas de gracias, y de aquellos hombres elegantes, que él creia tornar á ver, únicamente vió mugeres ataviadas de cualquier modo y hombres con carmãñola; nada de joyas, ni de flores, ni de senos descubiertos que se alzaban y se bajaban en medio de aquella voluptuosa atmósfera de los teatros aristocráticos; en vez de esto, veíanse gorros redondos y gorros colorados, adornados de enormes escarapelas nacionales, colores sombríos en los vestidos, y cierta melancolia impresa en todos los semblantes; luego, á entrambos lados del salon, era dado ver dos horribles bustos, dos cabezas de avieso gesto, que representaban la Risa y el Dolor;—los bustos de Voltaire y de Marat.

En fin, en los palcos bajos de proscenio, un agujero apenas iluminado, una abertura oscura y vacia.—La caverna, sí; mas sin el leon.

En los asientos de orquesta habia dos localidades vacantes, una al lado de otra. Hoffmann ocupó una de ellas, y observó que era la misma de la otra noche.

La otra era la del doctor; pero, ya lo hemos dicho, entonces estaba vacante.

El primer acto fué representado sin que Hoffmann parase su

atencion en los actores, ni prestase atencion á la orquesta. La orquesta habia sido apreciada por el jóven la noche de la primera representacion.

Los actores importábanle muy poco; no habia ido para verlos, sinó para ver á Arsenia.

Levantóse el telon al segundo acto, y la representacion prosiguió.

Toda la inteligencia, toda el alma, todo el corazon del jóven estaba en suspenso.

Esperaba la aparicion de Arsenia.

De repente, Hoffmann exhaló un grito.

No era Arsenia la que desempeñaba el papel de Flora.

La bailarina que en su lugar aparecia era una muger como las demás mugeres, desconocida para nuestro aleman.

Todas las fibras del sobrescitado cuerpo de éste fueron aflojándose: Hoffmann se dejó caer recostado sobre su asiento, lanzando un prolongado suspiro, y miró al rededor de sí.

El hombrecillo vestido de negro ocupaba su luneta; solamente que, como antes, no tenia ya sus hebillas de diamantes, sus sortijas de diamantes, ni siquiera su tabaquera adornada con una calavera tallada en diamante.

Sus hebillas eran de cobre; sus sortijas, de plata dorada, su caja de rapé, de plata mate.

Ya no tarareaba, ni llevaba el compás con los dedos.

¿Cómo habia llegado hasta allí? Hoffmann no acertaba á explicarse esto, pues ni le habia visto venir, ni le habia sentido pasar.

—¡O h! ¡caballero! exclamó Hoffmann.

—Decid ciudadano, mi jóven amigo, y tuteadme... si os es posible, dijo el enlutado hombrecillo; ó sereis causa de que á entrambos nos corten la cabeza.

—Pero ¿dónde está ella... preguntó Hoffmann.

—¡Ah! ¡ya! ¿Quereis saber dónde se encuentra? Parece que su tigre, que no aparta los ojos de Arsenia, se apercibió de que anteanoche se correspondia por medio de señas con un jóven de la orquesta. Y parece tambien que ese jóven dió á correr en pos

del carruaje; de suerte que ayer rompió la escritura de Arsenia, y por lo tanto Arsenia no trabaja ya.

—Pero, y el director ¿cómo accedió á...

—Mi jóven amigo, el director desea conservar su cabeza encima de los hombros, por mas que su cabeza sea asaz fea; pero pretende que tiene tal costumbre de llevarla, que otra mejor y mas bella quizás no llegase á ajustarse sobre sus hombros.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡he ahí la razon de que el teatro esté tan triste! exclamó Hoffmann. ¡Por eso no hay aquí flores, ni diamantes, ni alhajas: ¡Por eso vos no traeis vuestras hebillas de diamantes, vuestras sortijas de diamantes, ni vuestra caja de rapé guarnecida de diamantes! Pero hay, á uno y otro lado del escenario, en lugar de los bustos de Apolo y de Terpsicore... horribles bustos! ¡Puah!!

—¡Ah! ¡si! Pero, ¿qué me decíais? preguntó el doctor; ¿dónde habeis visto un salon tal como describís? ¿cuándo habeis notado que yo usase sortijas y tabaqueras de diamantes? ¿cuando habeis contemplado, en fin, los bustos de Apolo y de Terpsicore? Dos años há que las flores no brotan, que las piedras preciosas están convertidas en asignados, y que las alhajas han sido fundidas sobre el altar de la pátria. En cuanto à mí, ¡loado sea Dios! jamás he tenido otras hebillas que éstas de cobre, ni otras sortijas que este pobre anillo de plata sobredorada, ni otra caja de rapé que la que viendo estais de plata blanca. Y por lo que respecta á los bustos de Apolo y de Terpsicore, es verdad que allí han estado otras veces; pero los amigos de la humanidad han hecho pedazos el busto de Apolo, reemplazándole con el del apóstol Voltaire, y los amigos del pueblo han hecho añicos el busto de Terpsicore, poniendo sobre su pedestal el del dios Marat.

—¡Oh! exclamó Hoffmann; ¡imposible! Os digo, y repito, que anteayer por la noche vi un salon perfumado de flores, resplandeciente de trages riquísimos, deslumbrador de pedrerías, y en los sitios ocupados por estas mal ataviadas mugerotas y de estos galopos de carmañola vi hombres y damas elegantes. Os digo, y repito, que vos teníais hebillas de diamantes en los zapa-

tos, sortijas de diamantes en los dedos... en fin, una calavera de diamante en vuestra tabaquera. Os digo....

--Y yo, jóven, interrumpió el hombrecillo del traje negro, á mi vez os digo que anteayer por la noche Arsenia estaba aquí, que su presencia hacia resplandecer todo, que su hábito hacia florecer las rosas, relucir las joyas y centellear los diamantes... en vuestra imaginacion; os digo que vos la amais, jóven, y que vos habeis mirado el salon á través del prisma del amor que sentís. Arsenia no está aquí: vuestro corazon yace muerto, vuestros ojos están desencantados, y veis muleton, indianas, paño basto, gorros encarnados, manos puercas y grasientas cabelleras. Contemplan, para concluir, el mundo tal cual es, y las cosas tales cuales son.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Hoffmann, dejando caer su cabeza entre ambas manos; ¿es verdad todo eso, y estoy tan próximo á volverme loco?...

XV.

El fumadero.

No salió Hoffmann de este letargo, hasta que sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

Irguió la cabeza. Todo estaba tenebroso en derredor de él: el teatro, sin luces, parecía un cadáver que había visto animado. El soldado de facción se paseaba solo y silencioso como el guardian de la muerte; ya no había allí arañas, ni orquesta, ni reflejos, ni sonidos.

Solamente una voz, que brotaba á oídos del jóven, decíale:

—¡Eh! ¡ciudadano! ¡ciudadano! ¿qué estais haciendo? Reparad que os encontráis en la Opera, ciudadano; se duerme aquí, cierto es, pero nadie se acuesta.

Hoffmann miró al fin y al cabo hacía el lado de donde venía la voz, y distinguió una viejecita, que le sacudía tirándo del cuello de la casaca del jóven.

Era la acomodadora de las localidades de orquesta, la cual no

conociendo las intenciones de aquel rezagado espectador, no quería retirarse á descansar antes de haberlo visto salir delante de ella.

Por lo demás, una vez despertado de su ensueño, Hoffmann no puso ninguna resistencia: exhaló un suspiro, y levantóse murmurando esta palabra:

—¡Arsenia!

—¡Ah! ¡ya! ¡Arsenia! dijo la viejecilla. ¡Arsenia!... repitió: pues qué, jóven, ¿estais enamorado de élla, como todo el mundo? Su desaparición de la escena ha sido una gran pérdida para la Opera, y sobre todo para nosotras, acomodadoras.

—¿Para vosotras, acomodadoras...? preguntó Hoffmann, feliz en escuchar á cualquiera persona que le hablase de la bailarina; y ¿cómo es eso una pérdida para vosotras el que Arsenia esté ó no en el teatro?

—¡Ah! ¡diantre! bien fácil es de comprender: primeramente, cuantas veces ella bailaba, habia un lleno total; además, hacíamos un comercio de taburetes, sillas y banquetas, y, como en la Opera todo se paga, pagábase por ocupar banquetas, sillas y taburetes suplentarios; esto constituía nuestras ganancias pequeñas, y digo pequeñas, añadió la anciana con aire maligno, porque á par de éstas, ciudadano, habia tambien grandes ganancias.

—¿Cómo, grandes?...

—Sí.

Y la vieja guiñó un ojo.

—¿Y qué clase de provechos eran esos? Veamos, buena muger.

—Los grandes, los pingües provechos provenian de los que pedian informes acerca de Arsenia, de los que querian saber las señas de su casa, y de los que la dirigian billetes. Para todo á precio como comprendereis, tanto por los informes, tanto por las señas, tanto para las esquelitas de amor; realizábase, pues, un comercio en pequeña escala, y cada cual vivia honradamente.

Y la anciana lanzó un suspiro que, sin desventaja, podría compararse con el suspiro exhalado por Hoffmann al principio del diálogo que acabamos de relatar.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Hoffmann; ¿con qué vos os encargaríais de dar informes, indicar señas, y llevar billetes...?

—¡Ay! señor, los informes que ahora os diese inútiles serían; nadie sabe ya donde vive Arsenia, y el billete que pudiérais confiarme no llegaría á su destino. Si deseais saber de otra... Mme. Vestris, Mlle. Bigottini, Mlle....

—Gracias, buena muger, gracias; de nadie deseo saber, mas que de Arsenia,

Luego, sacando del bolsillo un escudo,

—Tomad, dijo Hoffmann; eso es por la molestia de haberme despertado.

Y despidiéndose de la viejecilla, dió á andar á pasos lentos por el boulevard, con intencion de seguir igual camino que habia seguido el antevispera, no existiendo ya en él el instinto que le habia guiado para venir.

Solo que sus impresiones eran muy diferentes, y su marcha se resentia de la diferencia de sus opiniones. La otra noche su marcha era la de un hombre que entrevé la Esperanza, y corre en pos de ella, sin reflexionar que Dios le ha dado magnificas y poderosas alas de zafir para que los hombres no la alcancen jamás. La boca del jóven aquella noche estaba abierta, era su respiracion jadeante, y llevaba la frente erguida y estendidos los brazos. A la sazón, al contrario, caminaba lentamente, como un hombre que después de haber perseguido inútilmente á la Esperanza la pierda de vista; y los labios del prometido de Antonia estaban apretados uno contra otro, en su frente aparecia grabado el sello del abatimiento, y sus brazos colgaban á lo largo de sus costados. La primera vez apenas habia tardado cinco minutos en ir desde la Puerta de San Martin á la calle de Montmartre; al presente, empleó mas de una hora y mas de una hora tambien en ir desde la calle de Montmartre á su posada; pues tal era su abatimiento, que poco le importaba volver tarde ó temprano, y aun quizás no entrar en su alojamiento.

Dicese que hay un Dios para los borrachos y los enamorados; este, sin duda, velaba por Hoffmann. El fué quien le hizo evi-

tar el encuentro de las patrullas; él fué quien le hizo acertar los muelles, luego los puentes, y después su posada, en donde entró, con gran escándalo de su huésped, á la una y media de la madrugada.

Sin embargo, en medio de todo esto, un leve resplandor dorado volteaba en el fondo de la imaginacion de Hoffmann como un fuego fátuo entre las tinieblas de la noche. El médico le habia dicho, si es que el médico existia, sinó era un ser creado por su imaginacion, ni una alucinacion que dominaba su espíritu; el médico le habia dicho que Arsenia habia sido separada del teatro por su amante, porque este amante habia sentido celos de un jóven que ocupaba una localidad de orquesta, y con el cual habia cambiado Arsenia porcion de tiernísimas miradas.

Además, habia añadido el médico que lo que hizo subir de punto los celos del tirano era que aquel jóven se habia puesto en acecho frente á la puerta particular de los artistas, y que habia corrido detrás del carruage. Ahora bien: el jóven emboscado á inmediaciones de la puerta de los artistas, era Hoffmann; y Hoffmann era el jóven que corrió desesperadamente en seguimiento del coche. Arsenia habia notado todo, puesto que pagaba la pena de su distraccion, y por su causa sufría. El jóven habia entrado en la vida íntima de la bella bailarina por la puerta del dolor, pero al fin y al cabo habia entrado, y esto era lo principal. El caso era sostenerse allí; pero, ¿cómo? ¿de que modo? ¿qué medios poner por obra para corresponderse con Arsenia, dándole noticias suyas, diciéndola que la amaba? Tarea asáz dificultosa hubiera sido para un parisiense hallar á Arsenia en aquella inmensa ciudad. Para Hoffmann, que llegára tres días hacía, y que con trabajo encontraba su casa, hubiera sido esto, una imposible tarea.

Hoffmann comprendiólo así, y no se fatigó en buscarla, fiando en que la casualidad solamente podia venir en su ayuda. Todos los dias leía los carteles de la Opera, y todos los dias se enteraba con dolor que París verificaba su juicio estando ausente la muger que, mucho mas que Venus, merecia la manzana de oro.

Desde entonces no pensó en asistir á las representaciones de la Opera.

Durante un momento asaltóle la idea de dirigirse á la Convencion ó al club de los Franciscanos, seguir los pasos de Danton, y, espíandolo noche y día, averiguar donde habia ocultado á la bella bailarina. Fué, pues, á la Convencion y á los Franciscanos; pero Danton no estaba allí, y siete ú ocho días hacia que no concurría ni á uno ni á otro sitio. Cansado de la lucha que hacia dos años sostenia, y vencido por el enojo, mas bien que por la superioridad, creeriase que Danton se habia retirado de la arena política.

Danton, decian las gentes, estaba en su casa de campo. ¿Donde estaba situada esta casa de campo? Nadie lo sabia de cierto. Quienes afirmaban que en Rueil; quienes, que en Auteil.

Tan inhallable era Danton como Arsenia.

Cualquiera creeria que esta ausencia de Arsenia hubiera tornado á fijar los pensamientos de Hoffmann en Antonia; pero, ¡cosa estraña! no sucedió así, por mas que los esfuerzos del jóven tendiesen á traer al espíritu del joven la imagen de la dulce hija del director de orquesta del teatro de Manheim. Por espacio de un instante, por el poder de su voluntad, todos sus recuerdos concentráronse en el gabinete del maestro Gottlieb Murr; mas, al punto, particiones amontonadas encima de las mesas y de los pianos, el maestro Gottlieb llevando el compás con un pié de lante de su atril, Antonia recostada en su canapé, todo esto desapareció para dejar lugar á un gran cuadro iluminado en el cual al pronto movíanse sombras; luego estas sombras tomaban cuerpo, estos cuerpos afectaban formas mitológicas, y, por último, todas estas formas mitológicas, héroes, ninfas, dioses y semidioses desaparecian á su vez, dejando sitio á una sola diosa, á la diosa de los jardines, Flora; es decir, á la divina Arsenia, á la muger del collar de terciopelo y del broche de diamantes. Entonces Hoffmann caía, no ya en un ensueño, sino en un éxtasis, del cual solamente érale dado salir echándose en brazos de la vida real, codeando á los transeuntes en las calles, y confundién-

dose entre la muchedumbre y distrayéndose en medio de sus mil rumores.

Cuando la alucinacion que se apoderaba á menudo de Hoffmann se tornaba muy intensa, salia de casa y se dirigia hácia la cuesta del muelle; cruzaba el Puente Nuevo, y no se detenia casi nunca hasta llegar á la esquina de la calle de la Monnaie. Allí habia dado Hoffmann con un fumadero, punto de reunion de los mas consumados fumadores de la capital. Allí Hoffmann podia creerse en alguna taberna inglesa, en alguna hostería alemana, ó en algun establecimiento holandés de este jaez; tan densa era la atmósfera allí formada por el humo de las pipas; atmósfera imposible de respirar para otro que no fuese un fumador de primera clase.

Ya dentro del fumadero de la *Fraternidad*, Hoffman se sentaba delante de una mesilla, colocado en el rincon mas apartado, pedia una botella de cerveza de la fábrica de Mr. Santerre, que acababa de dimitir su grado de general de la guardia nacional en favor de Mr. Henriot, llenaba hasta el borde aquella inmensa pipa que ya conocemos, y al poco tiempo quedaba envuelto en una nube de humo, tan espesa, que podria compararse con la nube de que Venus rodeaba á su hijo Eneas, cada vez que la tierna madre juzgada urgente preservarlo de la cólera de sus enemigos.

Ocho ó diez dias habian trascurrido desde la aventura de Hoffmann en la Opera, y, por consecuencia, desde la desaparicion de la hermosa bailarina. Era la una de la tarde: Hoffmann, hacia poco mas ó menos media hora, hallábase en su fumadero ocupado en establecer en torno de sí, con toda la fuerza de sus pulmones, esa especie de biombo de humo que le separaba de sus vecinos, cuando en medio de la humareda parecióle distinguir como una forma humana, y luego, dominando los diversos ruidos, creyó oir el tarareo y el redoble de dedos habitual del hombrecillo vestido de negro; mas aun, se le figuró al jóven que un punto luminoso rasgaba con su centelleo las hondas de humo y abrió los ojos cerrados por el peso de una dulce soñolencia, separando sus párpados poco á poco; en frente de él

reconoció á su vecino de la Opera, sentado en un taburete, y tanto mejor cuanto que el fantástico doctor tenía, ó mas bien parecia tener sus hebillas y sortijas de diamantes en sus zapatos y dedos, y hasta aquella misteriosa calavera tallada en un diamante é incrustada en su tabaquera.

—Bueno, dijo Hoffmann; paréceme que voy perdiendo el juicio.

Y tornó á cerrar rápidamente los ojos.

Pero cuanto mas cerraba herméticamente sus ojos, tanto mas oía Hoffmann el leve acompañamiento de canto, y el leve redoble de dedos. Y lo oía de la manera mas clara; tan clara, que Hoffmann conoció que habia algo de realidad en lo que pasaba, y que la diferencia era de lo mas á lo menos. He ahí todo.

Primero abrió un ojo, luego otro; el hombrecillo vestido de negro continuaba en su asiento.

—Buenos dias, jóven, dijole á Hoffmann; creo que os dormis; tomad un polvo para despejaros

Y abriendo su caja de rapé, le ofreció tabaco á nuestro aleman.

Este maquinalmente estendió la mano, tomó un polvo, y lo aspiró.

Al instante mismo, parecióle que su espíritu se iluminaba.

—¡Ah! exclamó Hoffmann; ¿sois vos, querido doctor? ¡cuánto me alegro de volveros á ver!

—Si tanto contento os causa el verme, dijo el doctor, ¿por qué no me habeis buscado?

—¿Y cómo, sin saber vuestro domicilio?

—¡Oh! ¡vaya una disculpa! en el primer cementerio os hubieran dado noticias mias.

—Tampoco sabia como os llamais.

—El doctor de la calavera; todo el mundo me conoce por este nombre. Además, un paraje hay donde siempre me encontrarais.

—¿Cuál?

—La Opera. Yo soy médico de la Opera. Bien lo sabeis, pues allí me habeis visto dos veces.

—¡Oh! ¡la Opera...! pronunció Hoffmann meneando la cabeza y lanzando un suspiro.

—Sí; y vos, ¿no concurrís ya á ella?

—No; no concurre.

—¿Desde que Arsenia no desempeña el papel de Flora?

—Vos lo habeis dicho; y, en tanto que Arsenia no continúe desempeñándolo, no volveré allá mas.

—Bien hecho de ver que la amais, joven.

—Yo no sé si la desazon que siento se llama amor; solamente sé que, si no la veo otra vez, me matará la ausencia, ó perderé el juicio.

—¡Diablo! ¡no hay que volverse loco! ¡Diablo! ¡no hay que morir! Para la locura apenas existen remedios; para la muerte, ni uno hay siquiera.

—¿Qué es preciso, pues, practicar?

—¡Toma! verla.

—¿Cómo.... verla?

—¡Sin duda!

—¿Teneis algun medio á vuestra disposicion?

—Quizás.

—¿Cuál es?

—Esperad un poco.

Y el doctor se puso á discurrir, abriendo y cerrando los ojos, y tocando el tambor sobre su caja de rapé.

Luego, al cabo de un instante, abriendo del todo los ojos, y dejando en suspenso sus dedos sobre la tabaquera de ébano,

—Creo que sois pintor, ¿verdad? dijo.

—Sí: pintor, músico y poeta.

—No tenemos necesidad, por lo pronto, mas que de la pintura.

—¡Y bien!

—¡Y bien....! Arsenia me ha encargado que la buscase un pintor.

—¿Para qué?

—¿Pues para qué se llama á un pintor, paldiez? Para hacerle á uno su retrato.

—¡El retrato de Arsenia!... exclamó Hoffmann poniéndose de pié. ¡Oh! ¡eso es! ¡vamos allá!

—¡Chito! Reflexionad que yo soy un hombre grave.

—¡Vos sois mi salvador! siguió exclamando Hoffmann, al propio tiempo que estrechaba entre sus brazos al hombrecillo vestido de negro.

—Juventud, juventud, murmuró este acompañando las dos palabras con tal risita, que su calavera así se hubiera sonreído, á ser de tamaño natural.

—¡Vamos! ¡vamos! repetía Hoffmann.

—Pero háceos falta una caja de colores, pinceles y un lienzo.

—Todo eso que decis lo tengo en mi casa; ¡en marcha!

—¡En marcha! dijo el doctor.

Y entrambos salieron del fumadero.

El retrato.

Al salir del fumadero, dijo Hoffmann un movimiento para mandar que se aproximase un lacayo para el doctor batió sus delicadas palmas una contra otra, y á este señal, resonando al ruido que hubiesen hecho dos truenos de espaldas, un coche torcido de negro, tirado por dos caballos negros, y conducido por un cochero vestido de negro desde los pies hasta la cabeza, se acercó al sitio donde se hallaban el doctor y su acompañante. Donde había estado hasta entonces el doctor había salido. Tan difícil hubiese sido á Hoffmann dar contestación á estas preguntas como difícil le hubiese sido á la Armada responder de donde venía el carruaje en el cual se dirigía al baile del príncipe Miloslavski.

Un pequeño yerno, no solo negro de figura, sino también de pelaje, abrió la portezuela. Hoffmann y el doctor subieron al

—El retrato de Araceli! exclamó Hoffmann poniéndose de pie. ¡Oh! eso es! vamos allí.
—¡Cielos! ¡Reflexionad que yo soy un hombre grave.
—¡Vos sois mi salvador! siguió exclamando Hoffmann, al pro-
pio tiempo que estrechaba entre sus brazos al hombrecillo veni-
do de negro.
—¡Joven! ¡joven! murmuró este acompañando las dos pa-
labras con tal fuerza que su cabeza así se hubiera caído.
A ser de tamaño natural.
—¡Vamos! ¡vamos! repitió Hoffmann.
—¡Pero hacéis falta una caja de colores, pinceles y un lienzo.
—¡Todo eso que decís lo tengo en mi casa; en marcha!
—¡En marcha! dijo el doctor.
Y entre ambos salieron del fumadero.

XVI.

El retrato.

Al salir del fumadero, hizo Hoffmann un movimiento para mandar que se aproximase un fiacre; pero el doctor batió sus delgadas palmas una contra otra, y á este seña, semejante al ruido que hubiesen hecho dos manos de esqueleto, un coche forrado de negro, tirado por dos caballos negros, y conducido por un cochero vestido de negro desde los pies hasta la cabeza, acercóse al sitio donde se hallaban el jóven y su acompañante. ¿Dónde había estado hasta entonces? ¿De donde había salido? Tan difícil hubiérale sido á Hoffmann dar contestacion á estas preguntas, como difícil le hubiera sido á la hermosa cenicienta decir de donde venia el carruage en el cual se dirigia al baile del príncipe Mirisflores.

Un pequeño *groom*, no solo negro de librea, sinó tambien de pellejo, abrió la portezuela. Hoffmann y el doctor subieron al

carruaje, sentáronse uno al lado del otro, y al punto el carruaje rodó sin ruido hácia la posada de Hoffman.

Una vez en la puerta, el joven vacitó entre subir y no subir; parecíale que, tan pronto como hubiese vuelto las espaldas, coche y caballos, doctor y criados, desaparecerían de igual modo que habían aparecido. Pero, por otra parte, ¿con qué objeto el doctor, su carruaje y sus criados se habrían tomado tal molestia, conduciendo á Hoffmann desde el fumadero de la calle de la Monnaie al muelle de las Flores? Esta molestia llevaba en sí algún fin particular.

Hoffmann, un tanto tranquilizado por la simple fuerza de la lógica, bajóse del coche, entró en la posada, subió rápidamente la escalera, y corrió á su cuarto; se provistó de paleta, pinceles y caja de colores, eligió el mayor de sus lienzos preparados, y descendió la escalera con igual rapidez que la había subido.

El carruaje seguía parado delante de la puerta.

Pinceles, paleta y caja de colores fueron colocados en lo interior del coche, y encargóse el groom de conducir el lienzo.

En seguida rodó nuevamente el carruaje, con la misma velocidad, y con el mismo silencio.

Al cabo de diez minutos se detuvo frente á una bonita casa, situada en la calle de Hannover, número 15.

Hoffmann se enteró bien de la calle y del número, á fin de poder dar en cualquier caso, con la casa sin la ayuda del doctor.

Abrióse la puerta: sin duda era conocido el doctor, pues el portero ni aun le preguntó á donde iba; Hoffmann siguió los pasos del doctor, llevando pinceles, caja de colores paleta y lienzo, y subió las escaleras.

Llegados ambos al piso principal, entraron en una antesala, que pudiera creerse el vestíbulo de la casa del poeta en Pompeya.

Nuestros lectores se acordarán que por aquel entonces la moda era griega; y así, la antesala de Arsenia estaba pintada al fresco, y adornada con candelabros y estatuas de bronce.

Desde la antesala, el médico y Hoffman pasaron al salón.

El salón estaba decorado según el gusto griego, de igual modo que la antecámara, y sus colgaduras eran de fino paño de sedán, de setenta francos la vara; solo la alfombra habría costado seis mil libras. El doctor hizo fijar la atención de Hoffmann en esta alfombra: representaba la batalla de Adela, copia del famoso mosaico de Pompeya.

Hoffmann, aturdido á la vista de tan inusitado lujo, no acertaba á comprender que se fabricase semejantes tapices para andar por encima de ellos.

Del salón pasaron á un retrete, forrado de Cachemira. Al fondo, en un hueco hecho de intento, veíase un lecho bajo, ó mas bien un canapé parecido á aquel en que se tendía Mr. Guérin, encargado del papel de Eneas, al narrar á Dido sus aventuras. Allí debían aguardar el hombrecillo vestido de negro y el joven, según orden de Arsenia.

—Ahora, joven, dijo el doctor, heos ya introducido en esta casa; menester es que os porteis de una manera conveniente. Escuso advertiros que si el amante actual os sorprende en este sitio, seríais hombre perdido.

—¡Oh! exclamó Hoffmann; que yo la vea solamente, que yo la vea, y.....

La frase comenzada cortóse en los labios de Hoffmann, el cual quedó con la mirada fija, los brazos extendidos, y fatigosa la respiración.

Una puerta, oculta en la ensambladura, acaba de abrirse, y detrás de un espejo giratorio aparecía Arsenia, verdadera deidad del templo, en el cual se dignaba ser visible á los ojos de su adorador.

El traje que ella vestía era el de Aspasia, con todo su lujo antiguo, con sus sargas de perlas trenzadas en el cabello, con su manto de púrpura bordado de oro, su larga túnica blanca sujeta al talle por medio de un cintillo de perlas, sortijas en los pies y en las manos, y además de todo esto, también traía aquel extraño adorno que parecía no poder ser separado de su persona; aquel collar de terciopelo cuya anchura apenas era de cuatro

líneas y estaba retenido al cuello por el lúgubre broche de diamantes que ya sabemos.

—¡Ah! ¿sois vos, ciudadano, dijo Arsenia, quien os encargais de hacer mi retrato?

—Sí, balbució Hoffmann; sí, señora, y el doctor tiene la bondad de responder de mí.

Y Hoffmann dirigió una mirada en torno suyo, como para pedir una palabra de apoyo al doctor; pero este había desaparecido.

—¡Y bien! exclamó Hoffmann, cuya turbación iba en aumento; ¡y bien!....

—¿Qué buscáis, qué preguntáis, ciudadano?

—Señora, yo busco.... yo pregunto.... pregunto dónde está el doctor, que es la persona que me ha introducido aquí.

—¿Para qué teneis necesidad de vuestro introductor, puesto que ya estais aquí?

—Pero ¡apesar de todo, ¿sabeis dónde estará el doctor?....

—¡Vamos! dijo con impaciencia Arsenia; ¿vais acaso á perder el tiempo buscándole? el doctor se marchó sin duda para ocuparse de sus negocios; ocupémonos nosotros de los nuestros.

—Señora, estoy á vuestras órdenes, dijo Hoffmann con trémulo acento.

—Muy bien. ¿Consentis, pues, en hacer mi retrato?

—¡Oh! sí, y eso quiere decir que yo soy el hombre mas feliz de la tierra, por haber merecido tal distincion; solamente un temor abrigo.

—¡Bueno! modestia. ¿Y qué?.... si no os sale bien mi retrato haré venir á otro pintor. El quiere tener un retrato mio. Observé que vos me mirabais como hombre que debíais guardar impresas mis facciones en vuestra memoria, y por lo tanto os he dado la preferencia.

—¡Gracias, gracias cien veces! exclamó Hoffmann devorando á Arsenia con los ojos. ¡Oh! sí, sí; vuestro rostro ha quedado grabado en mi memoria. ¡Aquí, aquí, aquí!...

Y el jóven apoyó una mano sobre el corazón.

De repente, vaciló y palideció.

—¿Qué tenéis? preguntó Arsenia con gesto seductor.

—Nada, respondió Hoffmann; nada, comencemos.

Es que al poner la mano encima del corazón, había sentido el joven entre su pecho y su camisa, el medallón de Antonia.

—Comencemos, repitió Arsenia. Sin embargo, más fácil es esto de decir que de hacer. Primeramente *él* no quiere que me retrate así vestida.

Esta palabra *él*, que dos veces había oído, pasaba á través del corazón de Hoffmann como si fuese una de las agujetas de oro que sostenían el peinado de la moderna Aspasia.

—¿Y cómo os quiere entonces *él*? preguntó Hoffmann con voz henchida de amargura.

—Ataviada de Erigone.

—Perfectamente. El tocado de pámpanos os sentará á las mil maravillas.

—¿Lo creis así? dijo Arsenia con coquetería. Parece que la piel de pantera me caerá también como ese tocado.

Y dió un golpe sobre un timbre.

A esta señal, entró en el retrete una camarera.

—Eucaris, dijo Arsenia, traedme el tirso, los pámpanos y la piel de Tigre.

En seguida, sacando las dos ó tres agujetas que sostenían su peinado, envolvióse Arsenia en una oleada de cabellos negros, que cayó en cascadas sobre sus hombros y rebotó sobre sus caderas, esparciéndose la cabellera, espesa y ondulante, hasta tocar la alfombra.

Hoffmann prorumpió en un grito de admiración.

—¡Eh! ¿qué es eso? preguntó Arsenia.

—Que jamás he visto cabellos como los vuestros.

—He ahí porque *él* quiere que los luzca yo; así que, nosotros hemos elegido el traje de Erigone, que permite llevar suelto el cabello.

Esta vez, el *él* y el *nosotros* habían herido el corazón de Hoffmann de dos golpes en lugar de uno,

Mientras tanto, Mlle. Eucaris habia traído los racimos, el tirso y la piel de tigre.

—¿No es esto cuanto necesitamos? preguntó Arsenia.

—Sí... creo que sí, balbució Hoffmann.

—Está bien: dejadnos solos, y no volvais á entrar hasta que llame.

Mlle. Eucaris salió, cerrando la puerta trás de sí.

—Ahora, ciudadano, dijo Arsenia, ayudadme á alisar el pelo, pues eso es de vuestra incumbencia. Para embellecerme, todo lo fio al capricho del pintor.

—Y razón teneis! esclamo Hoffmann. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuán hermosa vais á parecer!...

Y cogiendo la rama de pámpanos, torcióla en torno de la cabeza de Arsenia, con ese arte del pintor, que á cada cosa dá un valor y un reflejo; después, temblando al principio, tornó el jóven entre las yemas de sus dedos aquellos larguísimos cabellos perfumados, hizo ondular el movable ébano, que se destacaba entre granos de topacio, entre hojas de esmeralda y los rubies de la vid de otoño, y, conforme habia prometido el jóven, bajo su mano—mano de poeta, de pintor y amante,—quedó talmente embellecida la bailarina, que al contemplarse en un espejo lanzó una exclamacion de júbilo y orgullo.

—¡Oh! bien deciais, repuso en seguida Arsenia; sí, yo soy hermosa.... muy hermosa. Continuemos.

—¿Qué...? ¿continuar? preguntó Hoffmann.

—Pues ¿y mi atavio de bacante?

Hoffmann empezaba á comprender.

—¡Dios mio! murmuró, ¡Dios mio!...

Arsenia desprendió sonriéndose su manto de púrpura, que quedó tan solo retenido por un alfiler, al cual en vano trató de llegar con las manos.

—¡Ciudadano, ayudadme! dijo la bolera con impaciencia; ¿ó será preciso que llame á Eucaris?...

—¡No, no! interrumpió Hoffmann. Y corriendo hácia Arsenia, quitó el alfiler rebelde, y el manto cayó á los piés de la bella griega.

—¡Ya está! dijo el jóven respirando.

—¡Oh! replicó Arsenia, ¿creeis acaso que esta piel de tigre siente bien sobre esta larga túnica de muselina? Por mi parte no lo creo. Además, él quiere una verdadera bacante, y no como se las vé en los teatros.

—¿Cómo, pues? ¿cómo en los cuadros de Carraccio y de Albano?... exclamó Hoffmann.

—Si: así me quiere él, aparte de la piel de tigre, que vos colocaréis segun mejor os plazca; eso es cosa vuestra.

Y pronunciando estas palabras, la bailarina habia desatado el cintillo que ceñia su talle, y abierto el broche que sujetaba la túnica á su cuello.

—¡Oh! balbució Hoffmann cayendo de rodillas; esta muger es una diosa, no un simple mortal.

Arsenia echó á un lado, con el pié, su trage de griega.

Luego, cogiendo la piel de tigre,

—Veamos, dijo ella, ¿qué es lo que hacemos de esto? Ayudadme, ciudadano pintor. Yo no tengo costumbre de ataviarme sola.

Acercóse Hoffmann vacilante, ébrio, deslumbrado, tomó en sus manos la piel de tigre, sugetó las garras de oro sobre un hombro de la bacante, y la hizo sentarse, ó mas bien acostarse, en el lecho de cachemira encarnada; cualquiera creeria á la bailarina una estatua de mármol de Paros, si su respiracion no moviese su seno, y una sonrisa no entreabriese sus labios.

—¿Estoy bien así? preguntó ella, colocando un brazo por detrás de la cabeza, y asiendo un gajo de uvas, que pareció apretar contra sus lábios.

—¡Oh! ¡si! hermosa, hermosa, hermosa.....! murmuró estasiado Hoffmann.

Y el amante, olvidando que en aquel momento era pintor, hincóse nuevamente de rodillas, y, con la rapidéz del pensamiento, estrechó entre las suyas una mano de Arsenia, y cubrióla de besos.

Arsenia retiró su mano con mas estrañeza que enojo.

—¡Y bien! ¿qué haceis? preguntóle al jóven la bolera.

Esta pregunta habia sido acentuada con tono tan grave y glacial, que Hooffmann se desvió hácia atrás, llevándose ambas manos á la frente.

—Nada, nada, barbotó; perdonadme; se me figura que pierdo el juicio.

—En efecto, dijo ella.

—Veamos, prorumpió Hoffmann; ¿para qué me habeis hecho venir? ¡Hablad, hablad!

—Ya lo estais viendo; para retratarme, no para otra cosa.

—¡Oh! ¡es verdad! dijo Hoffmann; si, os sobra razon; para pintar vuestro retrato; mas, aparte de esto, para nada.

E imprimiendo un poderoso sacudimiento á su voluntad, Hoffmann colocó el lienzo sobre el caballete, cogió paleta y pinceles, y comenzó á contornear la seductora figura que miraban sus ojos.

Pero el artista habia presumido demasiado de sus fuerzas: cuando vió que el voluptuoso modelo no solamente era una realidad, sino que estaba reproducido por los cien espejos del retrete; cuando en vez de estar frente á frente de una Erigone, encontróse en medio de mil bacantes; cuando vió que cada una de aquellas lunas repetía la fascinadora sonrisa de Arsenia, y que las palpitaciones de su seno, cubierto á medias por la piel de pantera, se multiplicaban por doquiera; conoció el jóven que aquella empresa era superior á las humanas fuerzas, y, arrojando paleta y pinceles, corrió hácia la bella bacante, y estampó en sus hombros un beso, con tanto frenesí como passion.

Pero, al punto mismo, abrióse la puerta, y la ninfa Eucaris entró presurosamente en la estancia, gritando:

—¡E! ¡é! ¡é!

Hoffmann, empujado por las dos mugeres, hallóse muy pronto fuera del retrete, cuya puerta se cerró antes que el jóven tuviese tiempo de pronunciar una sola palabra; y luego, verdaderamente enloquecido por el amor, la rábia y los celos, atravesó el salon tambaleándose, se deslizó á lo largo de la rampa de la escalera, mas bien que bajó los peldaños, y, sin atinar cómo ni cuándo habia llegado á ella, se encontró en mi-

tad de la calle, habiendo dejado en el camarín de Arsenia caja de colores, pinceles y paleta, lo cual nada importaba; pero también había dejado abandonado allí el joven su sombrero, lo cual mucho podía importar.

—Nada, nada, nada; pero, ¿qué importa?

—Es el juicio.

—En efecto, dijo ella.

—Vednos, hermano Holmann; para qué me habéis hecho venir?

—¡Holmann, Holmann!

—Ya lo estás viendo; para retirarme, no para otra cosa.

—¡Oh! ¿es verdad? dijo Holmann; si es sobre taxes, para

proteger nuestra casa; mas, aparte de esto, para nada.

—E imprimiendo un poderoso sacudimiento á su voluntad,

Holmann colocó el brazo sobre el capataz, cogió la caja y pin-

celas, y comenzó á contestar la seductora figura que rodeaba

sus ojos.

—Pero si tal vez había prescindiendo demasiado de sus tareas;

cuando vio que el solapado modo no solamente era una

resaca, sino que estaba rodeado por los ojos capciosos del

retrete; cuando en vez de estar frente á frente de una frisona,

encontróse en medio de una multitud cuando vio que era una

de aquellas muchachas que la bastarda seña de Arsenia, y

que las peticiones de su seno, cubiertas á medias por la piel

de pantera, se multiplicaban por doquier; cuando el joven

que aquella mujer era superior á las humanas fuerzas, y ar-

rojando paleta y pinceles, corrió hacia la bella bacante, y exclamó:

¡No en sus brazos me pones, con tanto fuego como pasión!

—Pero, al punto mismo, arrebató la paleta, y la niña fugóse

entre presurosamente en la estancia, gritando:

—¡En el fol!

Holmann, empujado por las hormigas, hallóse muy pronto

en la puerta del retrete, cuya puerta se abrió antes que el jo-

ven tuviese tiempo de pronunciar una sola palabra; y luego,

verdaderamente entopido por el amor, la raba y los celos,

atravesó el salón tambaleándose, se desató el lazo de la

trampa de la escalera, mas bien que bajo los pedruzcos, y sin

atinar cómo ni cuándo había llegado á ella, se encontró en mi-

Y, con efecto, no era una locura que él, oscuro estudiante alemán, llegara a París con trescientos ó cuatrocientos francos, es decir, con una cantidad inmensa para pagar el viaje de la anciana; no era una locura que él aspirase á merecer el favor de la bailarina y la moda, de la muchacha desordenada por el premio y voluptuoso danton? Para apacuar el alma, como el sonido de las palmas le que la llevaba al alma, como el sonido de los oídos; su amante no era el que tenía la amada, era el que pagaba mas. Caso de tener Hoffmann mas dinero, que danton, comprase á la puerta de la calle á danton, cuando Hoffmann llegase.

Pero, por lo pronto, lo cierto era que la persona puesta á la puerta de la calle había sido Hoffmann, y no danton. El joven continuó á su alojamiento, mas acobado y con-
tristado que nunca.

Mientras tanto que se hallaba frente á frente de Arsenia, la-
bia esperado; pero lo que acababa de ver, aquella indiferencia de una mujer para con un hombre, aquel leño en medio del
coral había entorpecido su poder, y era no solo un
vicio físico sino también un vicio moral; todo esto, sin una suma
fabulosa, ó poco mas, para pagar á manos de Hoff-
mann, como es á veces, hasta imposible para el

XVII.

El tentador.

Lo que mas terrible hacia aun la situación de Hoffmann, era
que á la humillacion se unia el dolor, pues evidente era para
él que no había sido llamado á casa de Arsenia como un hom-
bre á quien la bailarina había mirado con buenos ojos en la
Opera, sino llana y simplemente como un pintor, como una
máquina de hacer retratos, como un espejo que refleja los
cuerpos colocados delante de él. De ahí esa indiferencia de
Arsenia, quien había tratado al jóven, como á su camarera, ata-
viándose en su presencia; de ahí esa admiracion cuando la
besó una mano; de ahí esa cólera cuando, al estampar un beso
sobre un hombre de la beldad, le reveló el que la amaba.

Y, con efecto, ¿no era una locura que él, oscuro estudiante alemán, llegado á París con trescientos ó cuatrocientos thalers, es decir, con una cantidad insuficiente para pagar el tapiz de la antesala; no era una locura que él aspirase á merecer favores de la bailarina á la moda, de la muchacha sostenida por el pródigo y voluptuoso Danton? Para aquella muger, no era el sonido de las palabras lo que la llegaba al alma, sinó el sonido del oro; su amante no era el que mas la amaba, era el que pagaba mas. Caso de tener Hoffmann mas dinero que Danton, pondriase á la puerta de la calle á Danton, cuando Hoffmann llegase.

Pero, por lo pronto, lo cierto era que la persona puesta á la puerta de la calle habia sido Hoffmann, y no Danton.

El jóven encaminóse á su alojamiento, mas abatido y contristado que nunca.

Mientras tanto que se hallára frente á frente de Arsenia, habia esperado; pero lo que acababa de ver, aquella indiferencia de una muger para con un hombre, aquel lujo en medio del cual habia encontrado á la hermosa bolera, y era no solo su vida fisica sinó tambien su vida moral; todo esto, sin una suma fabulosa, ó poco menos, que viniese á parar á manos de Hoffmann, esto es, á menos de un milagro, hacia imposible para el jóven hasta la esperanza de la posesion.

Asi que, entró desalentado en su posada; el extraño sentimiento que le inspiraba Arsenia, sentimiento enteramente fisico, atractivo, y en el cual el corazon no tenia parte alguna, habíase traducido hasta entonces por deseos, por irritacion y fiebre.

Al presente, fiebre, irritacion y deseos se habian convertido en un malestar profundo.

Un solo vislumbre de esperanza restaba á Hoffmann: hallar otra vez al doctor del traje negro, y pedirle parecer sobre lo que hacer debia, por mas que en el tal hombrecillo concurriesen circunstancias singulares, fantásticas, sobrehuma-

nas, las cuales hacian creer al jóven que tan presto como al lado suyo se ponía abandonaba la vida real para entrar en una especie de sueño á donde no le seguían ni su voluntad, ni su libre alvedrio, y donde era juguete de un mundo que existia para él y no existia para el resto de las gentes.

Así, á la hora acostumbrada, volvió al día siguiente á su fumadero de la calle de la Monnaie; sin embargo, por mas que hizo por envolverse en una nube de humo, ningun semblante parecido al del doctor se dejó ver á través de la humareda; y por mas que trató de cerrar los ojos, nadie, luego que tornó á abrirlos, estaba sentado en el taburete colocado al lado opuesto de la mesa.

Ocho dias transcurrieron de esta suerte.

Al octavo, Hoffmann, ardiendo en impaciencia, alejóse del fumadero de la calle de la Monnaie una hora mas temprano que de costumbre, es decir, á cosa de las cuatro de la tarde, y por San German l' Auxerrois y el Louvre ganó maquinalmente la calle de San Honorato.

Apenas llegó allá, cuando notó él jóven que habia una gran afluencia de gentes á inmediaciones del cementerio de los Inocentes, é iba invadiendo la plaza del Palacio-Real. Acordóse de lo que habia sucedido al otro día de su llegada á París, y reconoció igual ruido, el mismo movimiento y murmullo que ya le habia llamado la atencion cuando fué ejecutada Mme. Dubarry. En efecto, eran las carretas de la Conserjería, las cuales, atestadas de criminales, rodaban hácia la plaza de la Revolucion.

Sábese el horror con que Hoffmann miraba tal espectáculo; así, como las carretas avanzaban con rapidez, entró á toda prisa en un café situado en la esquina de la calle de la Ley, dió la espalda á la calle, cerró entrambos ojos y se tapó las orejas, pues los alaridos de Mme. Dubarry resonaban todavía en el fondo del corazon del jóven; luego, cuando calculó que las carretas habian tenido tiempo de pasar y alejarse, se volvió y vió con grandísima sorpresa, que su amigo Zacarias Werner se ba-

jaba de una silla encima de la cual se habia encaramado par contemplar mejor lo que pasaba en la calle.

—¡Werner! exclamó Hoffmann corriendo hácia el jóven, ¡Werner!

—¡Hola! ¿eres tú? dijo el poeta; ¿dónde estabas, pues?

—¡Ahí, ahí; pero con las manos puestas sobre las orejas, á fin de no oir los gritos de esos infelices, y con los ojos cerrados, á fin de no verles pasar.

—En verdad te digo, amigo mio, que no tienes razon, replicó Werner. ¡Tú eres pintor! Y lo que hubieses mirado te daría asunto para un gran cuadro: en la tercera carreta iba una muger, una maravilla mas bien, cuyos hombros y cuello parecian de marfil, y cuya cabellera, aunque cortada por detrás, cierto es, besaba el suelo colgando nna larguísima crencha de cada lado.

—Escucha dijo Hoffmann, con respecto á esto he visto cuanto bueno se puede ver; he visto á Mme. Dubarry, y no tengo necesidad de ver á otras mugeres. Si alguna vez quisiera hacer un cuadro de este género, cráeme, aquel original me bastará; por otra parte, ya no haré mas cuadros.

—¿Y por qué? preguntó Werner.

—Le he tomado horror á la pintura.

—Alguna cosa te ha salido mal, ¿eh?

—Mi querido Zacarías, si permanezco mas tiempo en París me vuelvo loco.

—Tú te volverás loco donde quiera que estés, mi querido Hoffmann; así que, lo mismo vâle para ti París que otro lugar cualquiera; pero dime, si lo tienes á bien, la causa de esa locura que te amenaza.

—¡Oh! ¡Werner, Werner! ¡estoy enamorado!

—De Antonia; ya lo sé, pues me lo has referido.

—No; Antonia, replicó Hoffmann estremeciéndose, es cosa dis tinta; ¡yo la amo!

—¡Diablo! la distincion es sutil; confiame eso.—Ciudadano^o oficioso, ¡traednos cerveza y un par de vasos!

Los dos jóvenes llenaron sus pipas, y sentáronse á uno y otro lado de la mas apartada mesa.

Una vez solos, Hoffmann contó á Werner cuanto le habia sucedido desde el dia en que habia ido á la Opera y visto bailar á Arsenia, hasta el momento en que habia sido empujado fuera del retrete por las dos mugeres.

—¿Y bien?... dijo Werner en cuanto Hoffmann hubo concluido de hablar.

—¡Y bien!... repitió éste, admirándose de que su amigo no se mostrase tan abatido como él.

—Pregunto, repuso Werner, qué es lo que te desespera en todo eso.

—Pero, amigo mio, considera que ahora sé que no se obtiene un favor de esa muger sinó á peso de oro; considera que he perdido toda esperanza.

—¿Y por qué la has perdido?

—Porque jamás seré dueño de quinientos luises, para arrojarlos á sus plantas.

—Mas ¿por qué no has de tenerlos? Yo los he tenido, yo mismo: quinientos.... mil.... dos mil luises.

—¿Y de dónde quieress que los tome? ¡Buen Dios...! exclamó Hoffmann.

—En el Eldorado de que te hablé, en el manantial del Pactolo, querido mio; en el juego.

—¡En el juego...! repitió Hoffmann sobresaltadamente. Bien sabes que he hecho juramento á Antonia de no jugar mas,

—¡Bah! dijo Werner con la sonrisa en los labios; ¡tambien juraste serla fiel!

Hoffmann lanzó un prolongado suspiro, y apretó el medallon contra su pecho.

—¡Ah, amigo mio! prosiguió Werner. ¡Ah! ¡Aquí, en París, hay una soberbia banca! No es como la de Manheim ó de Hamburgo, que amenaza saltar por algunos miserables miles de libras. ¡Un millon, amigo mio; un millon! ¡montones de oro! Creo

que allí se ha refugiado todo el numerario de Francia: nada de malos papeles; nada de ruines asignados, que ahora hacen oficio de moneda, y pierden las tres cuartas partes de su valor.... Hermosos luises, sencillos y dobles, y no menos hermosos doblones. ¡Eh! ¿quieres ver la muestra?

Y Werner sacó de los bolsillos un puñado de luises, que enseñó á Hoffmann, y cuyos rayos dorados brillaron á través del espejo de sus ojos, hasta el fondo de su cerebro.

—¡Oh! ¡no! ¡nunca! exclamó Hoffmann, acordándose á la par de la prediccion del viejo oficial, y de la súplica de Antonia; ¡no! ¡nunca jugaré!

—No tienes pizca de razon; con la buena suerte que te acompaña al juego, darás en quiebra con la banca.

—¿Y Antonia?...¿y Antonia?

—¡Bah! querido amigo mio, ¿quién irá á decir á Antonia que has jugado, y has ganado un millon? ¿quién te dirá que, con veinticinco mil libras, has conquistado el cariño de tu bella bailarina? Créeme: vuelve á Manheim, llevando contigo novecientas setenta y cinco mil libras, y Antonia no te preguntará ni de donde te provienen las cuarenta y tantas mil libras de renta, ni lo que has hecho de las veinticinco mil restantes.

Y esto diciendo, púsose en pié Werner.

—¿A donde vas? le preguntó Hoffmann.

—Voy á ver á una querida que tengo; á una dama de la Comedia-Francésa que me distingue con sus bondades, y á la cual graufico espléndidamente con la mitad de mis ganancias. ¡Diantres! yo soy poeta, y por eso me dirijo á un teatro literario; tú eres músico, y he ahí por qué escogiste un teatro donde se canta y se baila. ¡Buena fortuna al juego, querido mio; ponme á los piés de Mlle. Arsenia. No olvides el número de la banca: es el 113. Adios.

—¡Oh! repuso Hoffmann; ya me lo habias dicho, y no lo olvidé.

Y sin mas dejó alejar á su amigo Werner, no pensando en pedirle las señas de su alojamiento, como la vez primera que le había encontrado.

Pero, apesar de la marcha de Werner, no quedó Hoffmann solo. Cada una de las palabras de su amigo habíase hecho, digámoslo así, visible y palpable á los ojos del jóven, ante los cuales aparecian brillantes, de igual modo que murmuradoras á sus oídos.

Con efecto, ¿dónde habia de encontrar Hoffmann oro, como no fuese en el manantial mismo del oro? El único medio de satisfacer un deseo casi imposible ¿no estaba ya hallado? Y por otra parte, segun Werner habia dicho, ¿no era acaso Hoffmann infiel á la mita de de su juramento? ¿qué importaba, pues, que lo fuese á la otra mitad?

Luego, como tambien habia dicho Werner, no eran veinticinco, cincuenta, cien mil libras lo que él podia ganar. Los horizontes materiales de los campos, de los bosques, hasta de la mar, tienen cierto límite; el horizonte del tapete verde no tiene término.

El demonio del juego es como Satanás, pues se abroga poderio bastante para conducir al jugador á la cumbre de la mas alta montaña de la tierra, mostrándole desde allí todos los reinos del mundo.

Y además, ¿qué dicha, qué alegría, qué orgullo no sería para Hoffmann entrar otra vez en casa de Arsenia, en aquel mismo retrete de donde se le habia arrojado! ¿con qué supremo desden anonadaria á aquella muger y á su terrible amante, cuando por única respuesta á estas palabras:—¿Qué venis á hacer aquí? deíase caer, moderno Júpiter, una lluvia de oro sobre la nueva Danae!

Y todo esto no era una alucinacion de su espíritu, un ensueño de su imaginacion; eralo real, lo posible. Iguales probabilidades tenia de ganar que de perder; ó mejor dicho, las tenia mas grandes para salir ganancioso, pues no se habrá echado en olvido que Hoffmann era muy afortunado en el juego.

¡Oh! ¡el número 115! ¡el número 115! con su cifra de fuego ¡cómo atraía, como guiaba á Hoffmann, cual lo hubiera hecho la luz de un faro infernal, hacía ese abismo en cuyo fondo se apodera de uno el vértigo, al rodar sobre montones de oro!

Hoffmann luchó y reluchó, por espacio de mas de una hora, contra la mas ardiente de todas las pasiones. Luego, al cabo de una hora, conociendo que no le era posible seguir resistiendo durante mas tiempo, nuestro aleman arrojó una moneda de quince sueldos encima de la mesa, dejando á favor del oficioso la diferencia; y á la carrera, sin detenerse, llegó al muelle de las Flores, subió á su habitacion, tomó los trescientos thalers que le restaban, y, sin pararse á reflexionar, precipitóse en lo interior de un coche de alquiler, gritando:

—¡Al Palacio-Igualdad!

ser reemplazada mas tarde por un paseo cubierto, de seis hiladas de columnas ibericas; en lugar de tiles habia cascadas en el jardin, y donde está el estanque habia un circo, vasto edificio rodeado de empujados y cuartos de céspe, y coronado de arbutos y flores.

No se va a creer que dicho circo fuese lo que el espectador al cual dimos este nombre es. No: los acróbatas y voladores que evolucionaban en el del Palacio-Igualdad eran de géneros distintos al de los acróbatas ingleses, Mr. Price, que algunos años antes habia inventado la Frouma, y que ha dado á dar a los Maximier y a los Andor.

El circo estaba ocupado, en el tiempo de que tratamos, por los juegos de la ciudad, los cuales daban allí representación, y podia ver cualquier funcionario con tal que estuviese en el al principio de la Mosa de Arroyo. Con el número publicado por la mañana, era admitido uno por la tarde en aquel lugar de delicias, y con los desfilados de todos los federados, reunidos (según decian) con el terrible objeto de proteger á gobernantes y á gobernados, de impedir que las leyes ó se á pasar, en todos los rincones de la tierra, un ruego de la verdad, de cual-quier nacion, color y religion que fuese, pues clasificaria la verdad, conseruandose.

XVIII.

El número 112.

Como con nuestros lectores, siempre ha habido en Francia el Palacio-Real, llamado á la sazón Palacio-Igualdad, y el cual tambien ha sido bautizado con el nombre de Palacio-Nacional, pues entre nosotros la primera cosa que hacen los revolucionarios es variar los rótulos de las calles y de las plazas, salvo devolvérselo en tiempo de las restauraciones; el Palacio-Real, íbamos diciendo, y bajo esta denominacion esnos muy familiar, no era en la época de que hablamos lo que es hoy; pero, mirado por el punto de vista pintoresco, nada perdía, principalmente por la tarde, á la hora en que Hoffmann hacía allá se encamina.

Su disposicion diferia poco de la que ahora vemos, con escepcion de que lo que al presente se llama galeria de Orleans, estaba ocupado por una doble galeria de madera, la cual debia

ser reemplazada mas tarde por un paseo cubierto, de seis hileras de columnas dóricas; en lugar de tilos habia castaños en el jardin, y donde está el estanque habia un circo, vasto edificio rodeado de emparrados y cuadros de césped, y coronado de arbustos y flores.

No se vaya á creer que dicho circo fuese lo que el espectáculo al cual dimos este nombre es. No: los acróbatas y volatines que evolucionaban en el del Palacio-Igualdad eran de género distinto al de ese acróbata inglés, Mr. Price, que algunos años antes tanto habia maravillado á la Francia, y que ha dado á luz á los Mazurier y á los Auriol.

El circo estaba ocupado, en el tiempo de que tratamos, por los *Amigos de la verdad*, los cuales daban alli representaciones, y podia ver cualquiera funcionar con tal que estuviese suscrito al periódico la *Boca de hierro*. Con el número publicado por la mañana, era admitido uno por la tarde en aquel lugar de delicias, y oia los discursos de todos los federados, reunidos (segun decian) con el loable objeto de proteger á gobernantes y á gobernados, de *imparcializar* las leyes é ir á buscar, en todos los rincones de la tierra, un amigo de la verdad, de cualquiera nacion, color y opinion que fuese, pues descubierta la verdad enseñaríasela á los hombres.

Como ven nuestros lectores, siempre ha habido en Francia gentes convencidas de que á ellas les correspondia ilustrar á las masas populares, y que el resto de la humanidad solamente era una poblacion absurda.

¿Qué ha hecho el errante viento del nombre, de las ideas, y de las vanidades de estas gentes?

Sin embargo, el circo llamaba la atencion en el Palacio-Igualdad, aun en medio del general ruido, y mezclaba su murmullo á los cien que todas las tardes resonaban en el gran concierto del jardin.

Pues, digámoslo de una vez, en aquellos tiempos de miseria, de destierro, de terrores y proscripciones, el Palacio-Real habia llegado á ser el centro donde la vida, comprimida durante el dia por las pasiones y las luchas, venia de noche en busca de

un ensueño, esforzándose en olvidar la verdad, tras la cual corrían los miembros del Círculo-Social y los socios del Circo. Mientras que todos los barrios de París estaban oscuros y desiertos; mientras que siniestas patrullas, formadas de carceleros del día y de verdugos del siguiente, ragaban como bestias feroces, codiciando una presa cualquiera; mientras que en torno del hogar, privado de un amigo, ó de un pariente muerto ó emigrado, los que quedaban cuchicheaban tristemente acerca de sus penas y temores, el Palacio-Real estaba resplandeciente, semejándose al dios del mal, iluminaba sus ciento ochenta arcadas, ostentaba sus alhajas en los escaparates de los joyeros, y arrojaba en fin en medio de las carmañolas populares y á través de la miseria general, sus mozas de partido, deslumbradoras de diamantes, cubiertas de blanco y púrpura, vestidas de terciopelo ó de seda, aun que lo preciso para no ir desnudas, y las cuales se paseaban bajo los árboles y á lo largo de las galerías, haciendo gala de su espléndido impudor. En ese lujo de la prostitucion habia una postrera ironia contra lo pasado, un insulto contra la hundida monarquía.

Exhibir tales criaturas con sus trages reales, era salpicar de lodo, despues de haberlo hecho con sangre, la faz de aquella magnífica corte de mugeres tan lujosas, de las que Maria Antonieta habia sido la reina, y á las cuales el huracan revolucionario habia arrebatado delante de sí desde Trianon hasta la plaza de la gillotina, como un hombre ébrio que corriese arrastrando por el fango el albo vestido de su desposada.

El lujo habia sido abandonado á las mugeres mas viles; la virtud debía mostrarse cubierta de harapos.

Esta era una de las verdades halladas por el Círculo-Social.

Y no obstante, aquel pueblo, que acababa de dar al mundo impulso tan violento; el pueblo parisiense, que desgraciadamente no razona hasta que le pasa el entusiasmo, lo cual es causa de que no tenga bastante sangre fria, si no es para acordarse de sus tonterías; el pueblo de entonces, decíamos, pobre, desarropado, no se daba cuenta cabal de la filosofia de esta antítesis, y con envidia, mas que con desprecio, pasaba codeando por

entre aquellas reinas de mancebia, repugnantes magestades de vicio. Luego, cuando animado por lo que contemplaba, con la mirada chispeante, queria poner la mano sobre aquellos cuerpos que pertenecian á todo el mundo, pedíasele oro, y, si no lo tenia, se le rechazaba ignominiosamente. Asi era hollado en todas partes el principio de igualdad, apoyado en el hacha y escrito con letras de sangre, y sobre el cual tenian derecho á escupir riéndose las prostitutas del Palacio-Real.

En dias como aquellos, la sobrecitacion moral habia llegado á tal grado, que realmente hacian falta tan estraños contrastes. Ya no era sobre un volcan, sinó en medio del volcan mismo, donde se agitaban las gentes; y los pulmones, acostumbrados á una atmósfera saturada de azufre, y candente como la lava, no se hubieran contentado con los tibios perfumes de antes.

Asi que, el Palacio-Real todas las noches iluminaba todo con su corona de fuego. Especie de vocinglero de piedra, ahullaba como dirigiéndose á la gran ciudad taciturna:

—He aquí llegada la noche. ¡Venid! Todo lo encierro en mi recinto: fortuna y amor; juego y mugeres. Todo lo vendo, hasta el suicidio y el asesinato. Vosotros los que no habeis comido desde ayer; vosotros los que sufris, los que llorais, acudid á mí. Vereis como llegais á ser ricos; vereis como reimos, como gozamos, ¿Tenéis una conciencia, una hija que vender? ¡Venid! os hartareis de contemplar oro, y de oir obscenidades; marchareis con rápido paso por la senda del vicio, del olvido y de la corrupcion, ¡Venid acá esta noche! ¡tal vez mañana murais!

Esto era una gran verdad; preciso era vivir como se moria: á prisa.

Y al Palacio-Real acudian todos.

Como cualquiera comprenderá, el lugar mas frecuentado era aquel donde se jugaba. Allí se encontraba el talisman que proporcionaba lo restante.

De todos aquellos ardientes respiraderos, era el número 113, el que lanzaba mas claridad con su roja farola, ojo inmenso de aquel ciclope embriagado que se llamaba Palacio-Igualdad.

Si el infierno está designado por algun número, forzosamente debe ser el número 113.

¡Oh! todo estaba previsto.

En el piso bajo habia una fonda; en el principal, se jugaba, y nada mas natural que el pecho del edificio encerrase al corazón; y en el segundo habia lo suficiente para debilitar las fuerzas que el cuerpo hubiese cobrado en el piso bajo, y para vaciar el dinero que la bolsa hubiese guardado en el piso principal.

Todo se hallaba previsto, lo repetimos, para que el dinero no saliese de la casa.

Y á ella se dirigia Hoffmann, el poético amante de Antonia.

El número 113 correspondia entonces á donde corresponde hoy: á algunas tiendas de la casa Corcelet.

Apenas hubo saltado Hoffmann del coche abajo, y puesto los piés en la galeria del palacio, cuando fué acosado por las divindades de aquellos sitios, gracias á su vestido de corte extranjero que, antes como ahora, inspiraba mas confianza que el traje nacional.

Por natié es mas despreciado un país que por sí mismo.

—¿Dónde está el número 113? preguntó el jóven á la muchacha que le habia cogido del brazo.

—¡Ah! ¡vas allá! exclamó la Aspasia con desden. Y bien, querido, esa farola encarnada te lo señala. Pero procura guardar dos luses, y acuérdate del número 115.

Hoffmann dió á andar en la direccion indicada, internándose en aquella avenida como Curtius en la sima, y un minuto despues se encontraba en el salon de juego.

Allí reinaba igual ruido que en una venta pública; ¡verdad es que allí eran vendidas muchas cosas.

Los salones estaban brillantes con los dorados, las arañas, las flores, y las mugeres, mas bellas, suntuosas é impúdicas que las del piso bajo.

Hoffmann dejó á su derecha la sala donde se hallaban la treinta y la cuarenta, y entró en el salon de la ruleta.

Al rededor de una gran mesa verde estaban colocados los ju-

gadores reunidos con idéntico objeto, y de los cuales ni uno solo tenia fisonomía parecida á la del otro.

Veíase confundidos á jóvenes y viejos, algunos de los cuales tenían raidas las mangas de las casacas, á consecuencia de apoyar tanto los codos sobre la mesa. Entre aquellos hombres los habia que quedáran sin padre la víspera, ó por la mañana ó la tarde, y los cuales, á pesar de esto, tenían fijo su pensamiento en la bola que giraba. Los jugadores abrigan un solo sentimiento que jamás muere, el deseo, y este sentimiento se nutre y se aumenta, con perjuicio de todos los demás. Mr. de Bassompierre, á quien le acababan de decir, precisamente á punto que se disponia á bailar con Maria de Médicis:—Vuestra madre ha muerto,—y el cual respondia:—Mi madre no se morirá hasta que yo concluya de danzar;—Mr de Bassompierre era un buen hijo en parangon con un jugador. Un jugador, á quien le viniesen á dar tal noticia estando engolfado en el juego, ni aun responderia á semejanza del marqués: lo uno, porque esto sería tiempo perdido; y lo otro, porque un jugador, sinó tiene corazon, tampoco tiene alma cuando juega.

Y cuando no juega, es lo mismo: piensa en jugar.

El jugador tiene (digámoslo así) todas las virtudes de su vicio: es sóbrio, paciente, infatigable. Un jugador que pudiese poner al servicio de una pasión honrada, de un grande y noble sentimiento, la energía increíble con que se ocupa del juego, llegaria á ser infalible y prontamente una de las celebridades de la tierra. Nunca César, Anibal ni Napoleon han tenido, aun en la realizacion de sus mas grandes empresas, una fuerza de voluntad igual á la del jugador mas oscuro. La ambicion, el amor, los sentidos, el corazon, el espíritu, el oido, el olfato y el tacto, todos los resortes vitales del hombre, en fin, se comprenden en una sola palabra y se reunen para un solo objeto: jugar. Y no se vaya á creer que el jugador juega para ganar; primeramente comienza por ahí; mas concluye jugando por jugar, por ver barajas y enterrar las manos en pilas de oro, experimentando esas estrañas emociones que no tienen analogia con las de otras pasiones de la vida; las cuales

hacen que, en la expectativa de la ganancia y de la pérdida, de esos dos polos que recorre el jugador de extremo á extremo con la velocidad del viento, y uno de los que abrasa como el fuego, en tanto que el otro hiela como la nieve; las cuales hacen que, segun íbamos diciendo, su corazon palpita dentro de su pecho, ora á impulsos del deseo, ora de la realidad, como un caballo aguijado por la espuela, y absorba como una esponja todas las facultades del alma, comprimiéndolas, reteniéndolas, hasta que, ya decidida la suerte, las arroja bruscamente entorno de sí, para volver á apoderarse de ellas con mas fuerza todavía.

La causa de que la pasion del juego sea mas poderosa que todas las demás, es que, no pudiendo nunca ser satisfecha, nunca puede mitigarse. Parécese á una querida, que promete siempre, pero que no se deja estrechar entre los brazos de su amante jamás. Mata, y sin embargo no fatiga.

La pasion del juego, es la plaga del hombre.

Para el jugador todo yace muerto; familia, pátria, amigos. Su horizonte, es la baraja y la ruleta. Su pátria, es la silla en que se sienta, y el tapete verde sobre el cual se apoya. Condenesele al suplicio de las parrillas, como á San Lorenzo, pero déjesele jugar; apostariamos cualquiera cosa á que no siente el fuego, ni se vuelve siquiera.

El jugador es silencioso. La palabra de nada le sirve. Juega, gana, pierde; no es un hombre, es una máquina. ¿A qué conduciría el hablar?

El ruido que reinaba en el salon no provenia, pues, de los jugadores; sinó de los encargados de juntar el oro, y los cuales gritaban con voz gangosa:

—¡Atencion al juego!

En aquel instante Hoffmann no era un mero observador, pues la sed de jugar tambien se habia apoderado de él; sin esto, delante de los ojos tenía una série de estudios, por cierto dignos de que el jóven se ocupase de ellos.

Se deslizó rápidamente en medio de los grupos de jugadores, llegó á tocar la orilla del tapete, y hallóse entre un hombre

ataviado con una carmañola, el cual estaba de pié, y un anciano sentado, que estaba haciendo cálculos con lápiz en un papel.

Aquel anciano, que habia gastado sus años en buscar el modo de recompensar cuanto dinero habia perdido, dedicaba y malgastaba igualmente sus últimos dias en la realizacion de su proyecto, perdiendo sus últimas monedas en ver como fracasaba. La revancha es tan impalpable como el alma.

En medio de las cabezas de todos aquellos hombres, quienes sentados y quienes de pié, aparecian cabezas de mugeres, las cuales se apoyaban en los hombros de los primeros, revolvián el oro que delante de sí tenían, y, con una habilidad sin rival, y sin jugar, siempre encontraban medio de salir gananciosas, así con la ganancia de unos como con la pérdida de otros.

Al contemplar aquellos cubiletes colmados de oro, aquellas pirámides de plata, costaria trabajo creer que tan grande era, la miseria pública y qué valia el oro tanto.

El hombre de la carmañola arrojó un paquete de papeles sobre un número.

—Cincuenta libras, dijo para anunciar su juego.

—¿Qué es esto? preguntó uno de los encargados de la mesa, trayendo hácia sí con su raseró los papeles, y agarrándolos con las puntas de los dedos.

—Son asignados, respondió nuestro hombre.

—¿No teneis mas dinero que este?

—No, ciudadano.

—En tal caso, podeis dejar vuestro sitio á otra persona.

—¿Por qué?

—Porque aqui no recibimos asignados.

—Reparad que es la moneda del gobierno.

—¡Tanto mejor para el gobierno, si se sirve de ella! Pero no pasa aqui.

¡—Ah! ¡bueno! exclamó el hombre de la carmañola recojiendo su papel-moneda; ¡vaya un dinero, que ni perder uno lo puede!

Y alejóse estrujando sus asignados entre las manos.

—¡Atencion al juego! gritó el encargado de la mesa

Hoffmann era jugador, ya lo sabemos; pero entonces na acudia allí por el juego, sinó por el dinero.

La fiebre que le abrasaba hacia hervir su alma dento de su cuerpo, como el agua en una vasija.

—¡Cien thalers al 26! gritó.

El encargado de la mesa examinó las monedas alemanas, de gual modo que habia examinado los asignados.

—Id á cambiar, dijole á Hoffmann; nosotros no admitimos mas que dinero francés.

Hoffmann descendió las escaleras como un loco, entró en casa de un cambiador, que casualmente era aleman, y cambió sus trescientos thalers por piezas de oro; esto es, por unos cuarenta luises.

Durante la ausencia de Hoffmann, la ruleta habia dado vueltas tres veces.

—¡Quince luises al 26! gritó el prometido de Antonia corriendo hácia la mesa, y persistiendo en señalar, con esa supersticion comun á todos los jugadores, el número que antes habia elegido al azar, porque tal era el número á que habia querido jugar el hombre de los asignados;

—¡Nadie mas! gritó el encargado.

Y la rueda giró.

El vecino de Hoffmann recogió dos puñados de oro, y arrojólos en el sombrero, que sostenia entre las rodillas; el encargado sellevó los quince luises de Hoffmann, y muchos mas de otros.

Era el número 16 el que habia ganado,

Hoffmann conoció que un sudor frio bañaba su frente, como si sobre ella se posara una red de mallas de acero.

—Quince luises al 26! repitió.

Diferentes voces marcaron otros números, y la ruleta tornó á dar vueltas.

Esta vez todo fué para la banca. La bola habia parado en el cero.

—¡Diez luises al 26! murmuró Hoffmann con voz ahogada; pero, al punto mismo, dijo:—No; nueve luises solamente.

Y recogió una moneda, á fin de tener, en caso de desgracia, una postrera esperanza y una pequeña cantidad para jugar.

Salió el número 30.

El oro fué retirado del tapete, como la marea durante el reflujo.

Hoffmann, cuyo corazon le saltaba con violencia dentro del pecho, y entreveía, á través de los latidos de su cerebro, el burlon semblante de Arsenia, y el rostro triste de Antonia; Hoffmann, decimos, puso con crispada mano su último luis sobre el número 26.

Las puestas fueron hechas y colocadas en un minuto.

—¡Nadie mas! gritó el encargado de la mesa.

Hoffmann siguió con mirada llena de ardor la rueda que giraba, ni mas ni menos que si esta fuese su propia vida, dando vueltas delante del jóven.

De repente echóse este hacia atrás, ocultando el rostro entre las dos manos.

No solo habia perdido, sino que, por desdicha, ni un solo dinero le quedaba en sus bolsillos, ni en casa.

Una muger que estaba presente, y que cualquiera hubiera podido conquistar por veinte francos, prorumpió un grito de salvaje alegría, y recogió un puñado de oro que acababa de ganar.

Hoffmann hubiese dado diez años de su vida por poseer uno de los luses de aquella muger.

Obedeciendo á un movimiento mas rápido que la reflexion, tentó y registró uno tras otro los bolsillos, como para convenirse de la realidad.

Los bolsillos del jóven estaban completamente vacíos; pero, de pronto palpó sobre su pecho una cosa redonda, á manera de un escudo, y asíóla con fuerza.

Era el medallon de Antonia, que su amante habia dado al olvido.

—¡Estoy salvado! exclamó el jóven.

Y arrojó el medallon de oro, como puesta, encima del número 26.

El encargado de la mesa cogió el medallon, y examinólo.

—Caballero, le dijo á Hoffmann, pues en el número 113 se daba todavía tratamiento de caballero y de señor; caballero, id á vender esta joya, si quereis, y jugad con dinero, porque aquí no pasa mas que el oro y la plata acuñados; os lo repito.

Hoffmann guardó su medallon, y, sin replicar palabra, salió de la sala de juego.

Cruzó varias habitaciones del piso principal, descendió la escalera, y no tardó en encontrarse primero en los aposentos del piso bajo, y luego en la puerta de la calle.

Durante el tiempo que el jóven empleó en esto, muchos pensamientos, muchos consejos, muchos presentimientos zumbaban en torno suyo; pero, haciéndose sordo á todos aquellos vagos rumores, entró bruscamente en casa del mismo cambiador que poco antes, acababa de cambiarle sus thalers por dorados luises.

¡Pobre Antonia!

La imágen de la dulce hija del maestro Gottlieb Murr, iba á ser convertida en unas cuantas monedas, con cuya cantidad el prometido de la jóven quizás ganaría oro bastante para comprar las caricias de una muchacha que vendía su cuerpo al que mayor suma ofrecía, y con su cuerpo su alma.

XIX.

El medallon.

El buen cambiador estaba á la sazón leyendo, con las gafas colocadas sobre la punta de la nariz, recostado negligentemente en una ancha poltrona de cuero, y alumbrado por una lámpara baja de opaca luz, á cuyos rayos uníase el amarillento reflejo de las piezas de oro acomodadas en sus compartimientos de cobre.

Delante del cambista, correspondiendo al mostrador, había un fino enrejado de alambre, guarnecido de cortinetas de tafetan verde, y abierto por una portezuela á la altura de la tabla, por cuya abertura únicamente podía pasarse una mano.

Nunca Hoffmann admirára tanto oro.

Así que, abría maravillado los ojos, creyéndose bañado por los fulgores de un rayo de sol, y no obstante venía de contemplar en la casa de juego mas oro que veía allí; pero no era el mismo oro filosóficamente hablando.

Entre el oro abrasador, veloz y agitado del número 115, y el

oro tranquilo, grave, mudo del cambiador, habia igual diferencia que entre los habladores sin talento y sin imaginacion y los pensadores llenos de ideas.

Nada de bueno puede hacerse con el oro de la ruleta ó de los naipes, porque no pertenece al que lo posée, sino que el que lo posée le pertenece. Venido de una fuente corrompida, debe tener un fin impuro. Lleva en sí la vida, pero es ésta la mala, y velozmente váse como vino. Solo aconseja el vicio, y no dispensa un bien, cuando lo dispensa, mas que á pesar suyo. Inspira deseos, cuatro, veinte veces mas grandes que lo que él vale, y, una vez poseido, parece que disminuye de valor. De suerte que al fin y al cabo, el dinero del juego, segun que uno lo gane ó lo codicie, que uno lo pierda ó lo amontone, siempre tiene un valor ficticio. Ya un puñado de oro no representa nada; ya una sola moneda encierra la existencia de un hombre. Al contrario, el oro comercial, el oro del cambista, el oro como el que habia ido á buscar Hoffmann á casa de su compatriota, vale realmente el precio que lleva marcado en su reverso; y no sale de su nido de cobre, sino para ser cambiado por un valor igual ó superior al suyo, y no se prostituye pasando, como una cortesana sin pudor, de una en otra mano sin alcanzar preferencia ni amor, pues tiene la estima de sí propio. Fuera de las arcas del cambista puede corromperse, puede frecuentar la mala sociedad, lo cual hacia probablemente antes de estar allí; pero, en tanto que en poder del cambista permanece, es respetable, y por lo tanto, debe honrársele: es la imágen de la necesidad, no del capricho. Adquiere uno el oro, mas no lo gana; no es arrojado bruscamente como simples fichas, por la mano del encargado de la mesa de juego, sino que es metódicamente contado pieza por pieza por el cambista, con lentitud y con todo el respeto debido. Guarda silencio, y esto constituye su gran elocuencia; y así Hoffmann, por cuya imaginacion no tardaban un minuto en cruzar comparaciones iguales ó semejantes, comenzó á recelar que el cambiador no quisiese de ningun modo darle dinero tan positivo, dejando en prenda su medallion. Por mas que desperdiciase el tiempo, creyóse el

jóven en el caso de hablar con perifrasis y circunloquios, para llegar al objeto que se proponia; tanto mas, cuanto que no era un negocio, lo que iba á proponer, sinó un servicio lo que iba á pedir al cambiador.

—Caballero, le dijo, yo soy quien, poco hace, vino á cambiar thalers por oro.

—Si, señor, os reconozco, contestó el cambista.

—¿Sois alemán?

—Si: de Heidelberg.

—Allí he hecho mis estudios.

—¡Qué bonita ciudad!

—En efecto.

Durante este tiempo, la sangre de Hoffmann hervia; parecia al jóven que cada minuto que malgastaba en esta insustancial conversacion, era un año de su vida que perdia.

Así que, resuelto á abordar la cuestion, prosiguió, sonriéndose:

—He pensado que á título de compatriota podriais hacerme un servicio.

—¿Cuál? preguntó el cambista, cuya fisonomia se oscureció al escuchar la última palabra. Bueno es advertir que el cambiador es tan amigo de prestar como la hormiga.

Deseo que me presteis tres luises sobre este medallon de oro.

Y así diciendo, ponia Hoffmann el medallon en manos del comerciante, quien lo colocó en una balanza, á fin de pesarlo.

—¿No os convendria mas venderlo? preguntó el cambista.

—¡Oh! no, exclamó Hoffmann; basta y sobra con empeñarlo; si me h ceis este servicio, os suplico, caballero, que guardéis el medallon con el mas esquisito cuidado, pues lo aprecio mas que á mi vida; mañana vendré á recobrarlo: tan solo una circunstancia escepcional puede obligarme á empeñarlo.

—Voy, pues, á prestaros tres luises, caballero.

Y el cambiador, con toda la gravedad que él creia que debia dar á tal accion, tomó tres luises y alineólos delante de Hoffmann.

—¡Oh! ¡gracias, caballero! ¡mil gracias! exclamó el poeta. Y apoderándose de las tres monedas de oro, desapareció.

El cambiador continuó silenciosamente su lectura, después de haber colocado el medallón en un ángulo de su cajón.

Seguramente á aquel hombre no se le hubiera ocurrido la idea de ir á aventurar su oro contra el oro del 113.

Al jugador le falta tan poco para ser sacrilego, que Hoffmann, al arrojar su primer moneda sobre el número 26, pues no quería arriesgar su dinero sino pieza á pieza, pronunció el nombre de Antonio.

En tanto que giró la bola, Hoffmann no sintió ninguna emoción; una voz interior le predecía que iba á ganar.

Salió el número 26.

Hoffmann, radiante de júbilo, recogió treinta y seis luises.

Lo primero que hizo fué poner á parte, en el bolsillo mas seguro, tres monedas para estar cierto de poder rescatar el retrato de su prometida, á la cual evidentemente era el jóven deudor de esta ganancia. Dejó treinta y tres luises encima de la mesa, y salió igual número que antes. Ganaba, pues, treinta y seis veces treinta y tres luises; ó lo que es lo mismo, mil ciento ochenta y ocho luises, ó sea mas de veinticinco mil francos.

Entonces Hoffmann, hundiendo las manos en el Pactolo sólido, y cogiendo las piezas de oro á puñados, jugó al azar, deslumbrado, embriagado. Cada vez que jugaba, el montón de sus ganancias crecía, semejándose á una montaña que sale de pronto del seno del agua.

El jóven tenía oro en los bolsillos de su casaca y de su chaleco; en el sombrero, en las manos, sobre la mesa, en todos sitios en fin. El oro rodaba delante de él, empujado por el rascero de los encargados de la mesa de juego, como la sangre de una ancha herida. Habíase convertido en el Júpiter de todas las Danaes presentes, y en el cajero de todos los desafortunados jugadores.

Así perdió una veintena de miles de francos.

Por último, reuniendo y guardando cuanto oro tenía en fren-

te de sí, tan pronto como juzgó que poseía bastante, alejóse precipitadamente de la sala, dejando llenos de admiracion y envidia á todos los que allí se hallaban, y corrió hácia la casa de Arsenia.

Era ya la una de la madrugada; pero muy poco le importaba esto á nuestro jóven.

Yendo en compañía de suma tan crecida, parecíale que podia llamar á las puertas de Arsenia á cualquier hora de la noche, y que siempre seria bien recibido.

Hoffmann gozaba anticipadamente, soñando en cubrir de oro aquel hermosísimo cuerpo que, delante de él, se habia despojado de las ropas, y el cual, apesar de haber sido de mármol para su amor, se animaria en presencia de su riqueza, como la estatua de Prometeo cuando hubo hallado éste su alma verdadera.

Iba á entrar el jóven en casa de Arsenia, á vaciar sus bolsillos, hasta que cayese á las plantas de ella la última moneda, y á decir á la bailarina: —Ahora, amadme.—Despues, al dia siguiente, se pondria en camino para Alemania, escapando, si es to le era posible, hasta del recuerdo de aquel febril é intenso ensueño.

Llamó, pues, á la puerta de Arsenia, como un amo que regresa á su casa.

La puerta fué abierta.

Hoffmann corrió hácia las primeras gradas de la escalera.

—¿Quién vá? gritó la voz del portero.

Hoffmann no respondió.

—¿A dónde os dirigis, ciudadano? repitió la misma voz. Y una sombra, vestida y calzada como las sombras de esta clase lo están á tales horas de la noche, salió de una habitacion baja, y avanzó con direccion á Hoffmann.

En aquellos tiempos se ponía cuidado sumo en averiguar quién salia, y sobre todo quién entraba.

—Voy á casa de Mile. Arsenia, contestó Hoffmann colocando sobre las palmas del portero tres ó cuatro luises, por cuya posesion, una hora antes, hubiera dado el jóven su alma á Santa nás.

Esta manera de espresarse agradó muchísimo al oficioso.

—Mlle. Arsenia no está aquí, señor, respondió pensando con razon que debía sustituir con este tratamiento la palabra ciudadano, toda vez que se trataba de un hombre cuya mano era tan pródiga. Un hombre que pregunta, puede decir:—Ciudadano;—uno que recibe no puede decir mas que:—Señor.—

—¡Cómo!... exclamó Hoffmann; ¿ya no vive en esta casa Arsenia?

—No, señor.

—¿Queréis darme á entender que no volvió aun de fuera esta noche?

—No, señor; no volverá ya.

—¿Dónde está, pues?

—Lo ignoro.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Hoffmann. Y oprimió su cabeza entre ambas manos, como para retener á su razon, proxima á abandonarle. Todo lo que le sucedia, de algun tiempo á aquella parte, era tan extraño, que á cada instante se decia:—¡Vamos! ¡he aqui llegado el momento de perder el juicio!—

—No sabeis lo que ocurre? repuso el portero.

—¿Y qué es ello?

—Mr. Danton ha sido preso.

—¿Cuándo?

—Ayer. Mr. Robespierre es quien ha ordenado esto. ¡Qué gran hombre es el ciudadano Robespierre!

—¡Y bien!...

—¡Y bien! Mlle. Arsenia se ha visto precisada á ponerse en salvo; pues, como querida de Danton, pudiera estar comprometida en todo este negocio.

—Es verdad. Pero ¿cómo se ha puesto en salvo?

—Como cualquiera persona, que tiene miedo de que le corten el pescuezo: andando sin volver la vista atrás.

—Gracias, amigo mio, dijo Hoffmann.

Y alejóse de la casa, no sin dejar algunas monedas mas en la mano del portero.

Cuando se encontró en mitad de la calle, preguntóse el jó-

ven qué iba á hacer, y de qué le servia todo aquel oro; pues' como cualquiera comprenderá fácilmente, no se le ocurrió' la idea de que podria encontrar á Arsenia, así como tampoco la de regresar á su posada, á fin de reposar,

Hoffmann, en su consecuencia, dió á andar á buen paso sin direccion fija, haciendo resonar el pavimento de las tétricas calles con los tacones de sus botas; el jóven, despierto como estaba, no por eso dejaba de caminar abismado en un doloroso ensueño.

La noche era fria, y los árboles, desprovistos de hojas, temblaban á impulsos del viento de la noche, como si fueren enfermos atacados de delirio, que han abandonado su lecho, y cuyos enflaquecidos miembros agita la calentura.

La escarcha azotaba el rostro de los transeuntes nocturnos, y apenas si, de tiempo en tiempo, en las casas que confundian sus masas con el sombrío celaje, una ventana iluminada rasgaba la oscuridad.

Sin embargo, aquel aire fríisimo hacia provecho al joven. Su espíritu se tranquilizaba poco á poco á favor de tan rápida marcha, y, si uno se puede espresar de esta suerte, su efervescencia moral se volatizaba; dentro de una habitacion, el jóven se hubiera ahogado. Además, á fuerza de andar, quizás encontraría á Arsenia; pues ¿quién sabe si, al ponerse en salvo, habia seguido igual direccion que él al salir de casa de ella?

Recorrió Hoffmann el desierto boulevard, y atravesó la calle Real, ni mas ni menos que si, á falta de sus ojos, que no miraban, sus piés hubiesen reconocido el paraje donde á la sazón se encontraba; alzó la cabeza, y paróse al notar que caminaba derechamente hácia la plaza de la Revolución, á donde habia jurado no volver.

Apesar de las tinieblas que oscurecian el cielo, una silueta mas sombría todavia se destacaba sobre el horizonte, negro como la tinta. Era la silueta de la horrible máquina, cuya boca, húmeda por la sangre, secaba el viento de la noche, y la cual parecia dormir aguardando su presa cotidiana.

Durante el dia era cuando Hoffmann no queria tornar á ver

dicha plaza, á causa de la sangre que allí corría; pero, por la noche, era muy distinto: para el poeta, cuyo instinto poético, apesar suyo, velaba sin cesar, era de interés sumo el ver, el tocar con el dedo, en medio del silencio y de la sombra; el siniestro patíbulo cuya imagen sangrienta debía, á la hora á aquella, presentarse á muchas imaginaciones.

¡Qué singular contraste, saliendo de la ruidosa sala de una casa de juego, formaba aquella solitaria plaza, de la cual era el cadalso huésped sempiterno! ¡Después del espectáculo de la muerte, abandono é insensibilidad!

Hoffmann se dirigía, pues, hacia la guillotina, como atraído por una fuerza magnética.

De repente, y con sorpresa suya, encontróse frente á frente del patíbulo.

La brisa silbaba, al pasar por las junturas de las tablas.

Hoffmann cruzó sus manos sobre el pecho, y miró.

¡Cuántos pensamientos debieron agolparse á la mente de aquel hombre que, con los bolsillos colmados de oro, y contando con pasar una noche entregado al deleite, la pasaba á solas en presencia de un cadalso!

Parecióle, en medio de estos pensamientos, que una queja humana se unía á las quejas del viento.

Inclinó la cabeza hacia adelante, prestando atento oído.

Los quejidos se renovaron, y creíase que no venían de lo lejos, sino de lo bajo.

Hoffmann miró en torno de sí; mas á nadie vió.

Empero, un tercer quejido tornó á llegar á oídos del jóven.

—Diríase que es una voz de mujer, murmuró, y diríase que esa voz sale de debajo del cadalso.

Entonces, encorvándose á fin de ver mejor, comenzó á dar una vuelta al rededor de la guillotina. Al pasar por delante de la terrible escalera, el pié del jóven tropezó en un bulto; estendió los brazos, y tocó un ser acurrucado sobre los primeros peldaños de aquella escalera, y el cual estaba vestido de luto de piés á cabeza.

—¿Quién sois? preguntó Hoffmann; ¿quién sois vos, que así dormís junto á un patíbulo?

Y al propio tiempo arrodillóse, para distinguir el rostro de aquella muger, pues una muger era el ser que el jóven delante de sí tenía.

Pero ella no hacia el menor movimiento, y con los codos apoyados encima de las rodillas, reclinaba la cabeza sobre ambas manos.

No obstante el frío de la noche, tenía los hombros casi del todo desnudos, y Hoffmann pudo ver una línea negra que rodeaba el cuello de la desconocida.

Aquella línea, era un collar de terciopelo.

—¡Arsenia!... exclamó el jóven.

—¡Sí! ¡sí! ¡Arsenia! murmuró la misteriosa muger con voz extraña, irguiendo la frente y mirando á Hoffmann.

XX.

Un hotel de la calle de San Honorato.

Hoffmann retrocedió espantado; á pesar de la voz, á pesar de la fisonomía, todavía dudaba. Pero, al alzar la cabeza, Arsenia dejó caer una y otra mano sobre las rodillas, y, desviándose de su cuello las manos de la bailarina permitieron ver e extraño broche de diamantes que sugetaba ambas puntas de la cinta de terciopelo, y el cual centellaba en medio de la oscuridad,

—¡Arsenia! ¡Arsenia! repitió Hoffmann.

Levantóse Arsenia.

—¿Qué haceis aquí, á tales horas? preguntó el jóven. —¿Cómo vestida con esa túnica oscura!... ¡Cómo, con los hombros desnudos!...

—Él ha sido preso ayer, dijo Arsenia; han venido á arrestarme á mi también, y me puse en salvo con el traje que te-

nía vestido; esta noche, á las once, encontrando mi cuarto muy estrecho y mi lecho muy frio, he salido y vine aqui.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento singular, sin gestos, ni inflexiones, y escapábanse de unos labios descoloridos, que se abrian y se cerraban como por un resorte; cualquiera creeria que aquella muger era un autómatá que hablaba.

—Sin embargo, repuso Hoffmann, vos no podeis permanecer en estos sitios.

—¿Y á dónde iré? Quiero volver al sitio de donde acabo de salir, lo mas tarde posible; siento mucho frio.

—En ese caso venid conmigo, dijo Hoffmann.

—¡Con vos...! exclamó Arsenia.

Y parecióle al jóven, al escaso resplandor de las estrellas, que una mirada de desden caía sobre él, semejante á aquella otra que ya le habia hecho quedar atónito en el encantado retrete de la calle de Hannover.

—Soy rico, tengo oro, exclamó Hoffmann.

Los ojos de la bailarina lanzaron un relámpago.

—Vamos, dijo ella; pero ¿á dónde?

—¡A dónde!....

En efecto, ¿á qué parage iba á conducir Hoffman á aquella muger, acostumbrada al lujo y á la molicie, la cual, al salir de los palacios mágicos y de los encantados jardines de la Opera, pisaba solamente alfombras de Persia y se envolvía en cachemiras de la India?

Claro está que no podia conducirla el jóven á su habitacion-cilla de estudiante; tan angosta y tan fria la hubiera encontrado como la desconocida morada de que hablaba, y en la cual, al parecer, temia tanto entrar de nuevo.

—¿A dónde, á dónde?... se preguntó á sí propio Hoffmann. Yo no conozco á Paris.

—Yo os serviré de guia, dijo Arsenia.

—¡Oh! sí, sí, exclamó Hoffmann.

—Seguidme, ordenó la jóven.

Y con pasos rígidos y automáticos, que no tenían nada de comun con la graciosa ligereza que Hoffmann habia admirado en

la bailarina, dió á andar delante del prometido de Antonia.

Ni aun le vino á las mientes la idea de ofrecer su brazo á la jóven; siguióla.

Arsenia tomó por la calle Real, llamada en aquella época calle de la Revolucion; torció á mano derecha, en la calle de San Honorato, que se llamaba entonces calle de Honorato á secas, y por último, haciendo alto enfrente de un magnífico *hotel* (1), llamó.

La puerta fué abierta al punto.

El conserge miró con pasmo á Arsenia.

—Hablad, dijo esta al jóven poeta, ó no permitirian que yo entrase, y me veria precisada á tornar á sentarme al pié de la guillotina.

—Amigo mio, dijo vivamente Hoffmann, interponiéndose entre Arsenia y el conserge; atravesando yo los Campos Eliseos oí gritar á una persona: —¡Socorro! Por mas que me apresuré á correr hácia el lado donde sonaba la voz, llegué tarde para estorbar que esta señora fuese robada, aunque afortunadamente llegué á tiempo para impedir que fuese asesinada. Dadme prontamente vuestra mejor habitacion; mandad encender un gran fuego, y haced que nos sirvan una buena cena. He aquí un luis para vos.

Y el jóven arrojó un luis sobre la mesa, encima de la cual estaba colocado un velon, cuyos rayos todos parecieron concentrarse sobre el brillante busto de Luis XV.

Una moneda de esta clase era una crecida suma entonces, y representaba novecientos veinticinco francos en asignados.

El conserge quitóse su gorro grasiento, y llamó: un mozo acudió, á los campanillazos del conserge.

—¡Aprisa! ¡aprisa! ¡una habitacion, la mejor del hotel, para el señor y la señora.

—¿Para el señor y la señora?... repuso el mozo admirado, mirando alternativamente el traje mas que modesto de Hoffmann, y el vestido mas que ligero de Arsenia.

—Si, dijo Hoffmann; la mejor y mas hermosa; sobre todo, que esté bien caliente y afumbrada: he aquí un luis para vos.

El sirviente pareció experimentar igual influencia que el

(1) Fonda.

conserge, pues inclinóse delante del luis, y, señalando una ancha escalera, medio iluminada solamente, á causa de la hor-
avanzada de la noche, pero sobre cuyas gradas, por un lujo re-
finado en la época de que hablamos, estaba tendido un tapiz.

—Subid, dijo y aguardad á la puerta del número 3.

Y en seguida desapareció corriendo.

Al llegar al primer escalon, detúvose Arsenia.

Diríase que ella, la sílfide de la Opera, luchaba con una di-
ficultad invencible, que no la dejaba levantar el pié, como si
su delgado calzado de raso tuviese suelas de plomo.

Hoffmann ofreció un brazo á Arsenia.

Arsenia apoyó una mano en el brazo que la presentaba el
jóven, y á pesar de no sentir la presion del puño de la bailarina
sintió el frio que del cuerpo de ella se comunicaba al de él.

Luego, haciendo un violento esfuerzo, Arsenia subió el pri-
mer peldaño, y sucesivamente los otros; pero cada uno que
subia arrancábale un suspiro.

—¡Oh! ¡pobre muger! murmuró Hoffmann; ¡cuánto habeis
debido sufrir!...

—Sí, sí, respondió Arsenia; mucho... yo he sufrido, mucho.

Llegaron por fin á la puerta del núm. 3.

Casi al punto mismo llegó tambien el mozo, trayendo un
gran brasero; abrió la puerta del aposento, y en un instante
despidió llamaras la chimenea, y las bugias quedaron encen-
didas.

—¿Teneis hambre? preguntó Hoffmann.

—No sé, contestó Arsenia.

—Traednos una opípara cena, mozo, dijo Hoffmann.

—Caballero, observò éste, ya no se dice mozo, sino oficio-
so; pero, así y todo, si el señor paga bien puede llamarme como
guste.

Y, satisfecho de su observacion, salió del aposento el sir-
viente, gritando:

—¡La cena antes de cinco minutos!

Cerrada la puerta tras del oficioso, Hoffmann clavó en Arse-
nia una ávida mirada:

Tanta premura la bailarina tenia para aproximarse al fuego, que no se cuidó de arrastrar un sillón hasta la chimenea; únicamente se acurrucó en un ángulo del hogar, en igual postura que Hoffmann la habia hallado delante de la guillotina, y, con los codos apoyados sobre las rodillas, parecia ocupada en sostener con ambas manos la cabeza encima de los hombros.

—¡Arsenia! ¡Arsenia! dijo el joven; ya te he dicho que soy rico, ¿no es verdad? Mira... mira y verás que no he mentido.

Hoffmann comenzó por desocupar su sombrero encima de la mesa; el sombrero estaba lleno de luises y de dobles luises, que desde el sombrero rodaron al mármol, produciendo ese ruido del oro, tan peculiar de él, y tan fácil de distinguir entre todos los demás ruidos.

Luego, una vez desocupado el sombrero, Hoffmann vació sus bolsillos; y sus bolsillos, uno tras otro, vomitaron el inmenso botín que el joven acababa de conquistar al juego.

Un montecillo de oro, movable y resplandeciente, se alzó sobre la mesa.

Al ruido de las monedas, pareció que Arsenia se reanimaba, volvió la cabeza, y cualquiera creeria que la vista completaba la resurreccion comenzada por el oído.

Levantóse la bolera, siempre tiesa como un autómatas; pero, á pesar de esto, sus pálidos labios sonrieron; sus vidriosos ojos iluminándose, despidieron fulgores que se cruzaban con los del oro.

—¡Oh! dijo ella; ¿todo eso es tuyo?...

—No, no... tuyo, Arsenia.

—¡Mio!... pronunció la bailarina.

Y hundió sus ebúrneas manos en el monton de metal amarillo.

Los brazos de la joven desaparecieron hasta el codo.

Entonces aquella muger, cuya vida habia sido el oro, parecia recobrar nuevo aliento al contacto del oro.

—¡Mi!... murmuraba; ¡mio!...

Y acentuaba esta palabra con un acento vibrante y metálico,

que se avenía de una manera increíble con el retintin de los luis.

Dos mozos entraron á la sazón, conduciendo una mesa ya servida, que por poco dejan caer, al divisar aquel enorme montón de oro, en el cual se hundían las manos de Arsenia.

—Está bien, dijo Hoffmann; traed vino de Champagne, y dejadnos.

Los mozos trajeron varias botellas del vino pedido por el joven, y se retiraron.

Tan pronto como salieron, Hoffmann se dirigió hacia la puerta, la empujó y corrió el cerrojo.

En seguida, con la mirada encendida por el deseo, tornó al lado de Arsenia, á quien halló como antes, de pie junto á la mesa con los ojos clavados en el oro, como si fuese para la joven la vida, no aquella fuente de Juencio, sino aquel manantial del Pactolo.

—¿Y bien?... preguntóle.

—¡Cuán bello es el oro! exclamó ella; tiempo hacia que mis manos no lo tocá an.

—¡Vaya! cena primero, dijo Hoffmann; y luego, Danæ, te bañarás en el oro á tu placer, si quieres.

Y la llevó á la mesa.

— ¡Tengo frío! exclamó Arsenia.

Hoffmann miró alrededor de sí: las ventanas y el lecho estaban colgados de damasco encarnado; el joven arrancó una cortina de la ventana, y dióselo á la bailarina.

La bailarina se envolvió en la coladura, que pareció plegarse sobre su cuerpo como un manto antiguo, y entre el color encarnado del damasco su cabeza tomó un tinte mas extraño aun.

Hoffmann casi sentía miedo.

Sentóse á la mesa, y llenó y bebió dos ó tres vasos de vino de Champagne, uno tras otro; entonces fué cuando se le figuró que una leve coloración aparecía en los ojos de Arsenia.

A su turno el joven le sirvió vino, y á su turno ella bebió.

Luego Hoffmann quiso que comiese; pero la bailarina rehuyó.

Y como Hoffmann insistiese,

—No podría tragar bocado, dijo ella.

—Pues bebamos.

La joven presentó su vaso.

—Sí, bebamos, repitió.

Hoffmann sentía á la par hambre y sed; en su consecuencia, comió y bebió.

Sobre todo, bebió; conocía que necesitaba adquirir atrevimiento; y no porque Arsenia, como la otra vez, pareciese dispuesta á resistir, sea por la fuerza, sea por el desden; sino porque algo de glacial se notaba en el cuerpo de la hermosa convidada.

A mediada que el joven bebía, animabase Arsenia, á lo menos á los ojos de él; solamente cuando, á su vez, Arsenia vació su vaso, algunas gotas rosadas rodaron de la parte inferior del collar de terciopelo sobre el pecho de la bailarina. Hoffmann miraba sin comprender: luego, presintiendo que alguna cosa terrible y misteriosa se ocultaba allí, combatió su calor interno multiplicando los brindis á los bellos ojos, la bella boca, y á las manos bellas de la bailarina.

Esta imitaba al joven, bebiendo tanto como él, y pareciendo reanimarse, no con el vino que bebía, sino con el que bebía Hoffmann.

De pronto, desprendióse y rodó un tizon del hogar

Hoffmann siguió con la vista la direccion del sarmiento incendiado, el cual no se detuvo hasta tropezar en los piés desnudos de Arsenia.

Sin duda, para calentarse mejor, Arsenia se había quitado medias y zapatos; y sus piecitos, blancos como el mármol, descansaban sobre el mármol de la chimenea, blanco igualmente como los piés de la joven, con los cuales parecia confundirse.

Hoffmann prorumpió en un grito.

—¡Arsenia! ¡Arsenia! dijo, ¡tened cuidado!

—¿De qué? preguntó la bailarina.

—Ese tizon... ese tizon que cayó sobre uno de vuestros piés...

Y en efecto, la brasa cubría en parte el pié de Arsenia.

—Quitadlo, dijo ella tranquilamente.

Bajóse Hoffmann, apartó el tizon, y notó con espanto que la brasa, en vez de quemar el pié de la jóven, al contrario, el pié había apagado la brasa.

—¡Bebamos! dijo Hoffmann.

—¡Bebamos! repitió Arsenia.

Y alargó nuevamente su vaso.

La segunda botella quedó desocupada.

Sin embargo, el prometido de Antonia conocía que la embriaguez del vino no le bastaba.

En esto, vió un piano

—¡Muy bien! .. exclamó el jóven.

Había comprendido que la música le embriagaría mas que el Champagne.

Y se sentó delante del piano.

Y al contacto de los dedos de Hoffmann brotó aquel aire á cuyo son bailaba Arsenia aquel paso á tres del *Juicio de París*, cuando el jóven la había visto por vez primera.

Únicamente que, á la sazón, parecíale á Hoffmann que eran de acero las cuerdas del piano: el instrumento, por si solo, producía un ruido semejante al de toda una orquesta.

—¡Ah! murmuró Hoffmann; sea en buen hora.

Acababa de hablar en este ruido la embriaguez que anhelaba; por su parte, Arsenia se puso de pié al escuchar los primeros acordes.

Estos acordes, á modo de una nube de fuego, parecía que envolvía toda su persona.

Arrojó lejos de sí la cortina de damasco encarnado, y ¡cosa extraña! lo mismo que un cambio mágico se opera en el teatro, sin que uno sepa como, un cambio se había efectuado en ella, y en lugar de su túnica oscura, en lugar de sus hombros desnudos sin adornos ni joyas, reapareció la bailarina de la Ópera con el traje de Flora, perfumada con las flores, vaporosa con las gasas, y respirando volupnosidad.

Hoffmann no pudo reprimir una exclamación; luego,

redoblando la fuerza de sus dedos, hizo brotar un estruendo infernal del pecho, digásmolo así, del clavicordio, cuyas fibras de acero se estremecían.

Entonces, igual ilusion conturbó nuevamente el espíritu de Hoffmann. Aquella muger aérea, que se había reanimado por grados, ejercía sobre él una atracción irresistible. Aquella muger había elegido por teatro todo el espacio que separaba el piano de la alcoba, y á modo de una aparición del infierno, destacábase sobre el fondo encarnado de las colgaduras. Cada vez que desde el fondo avanzaba hácia Hoffmann, Hoffmann se levantaba de su asiento; cada vez que se alejaba hácia el fondo, el jóven se sentía como arrastrado en pos de la bailarina. En fin, sin que Hoffmann pudiera darse cuenta de ello, brotaron otros sonos bajos sus dedos, y ya no fué el aire aprendido por él en la Ópera lo que tocó, sino un wals: este wals, que se titulaba *el Deseo*, era de Beethoven, y, como una espresion de su pensamiento, había resonado en la sala, á la presión de los dedos del poeta.

Por su parte, Arsenia había cambiado de compás: así que, primeramente giró sobre sí misma; luego, poco á poco, ensanchando el círculo que trazaba, aproximóse á Hoffmann; éste, jadeante, conocía que venía hácia él... que se acercaba; comprendía que á la última vuelta la bailarina iba á pasar rozando con él, y que entonces fuerza le sería levantarse á su vez, para tomar parte en aquel rápido wals. A un tiempo sentía deseo y temor. En fin, al pasar Arsenia estendió la mano, tocando al jóven con las yemas de los dedos. Hoffmann exhaló un grito, botó encima de su asiento como si una chispa eléctrica le hubiese tocado, corrió tras de la bolera y la enlazó entre sus brazos, continuando en su mente el aire realmente interrumpido, apretando contra su corazón aquel cuerpo que había recobrado su elasticidad, aspirando las miradas de sus ojos y el hálito de su boca; en suma, devorando el jóven con sus aspiraciones el cuello, los hombros y los brazos desnudos de Arsenia, y girando no ya en una atmósfera respirable, sino en una atmósfera de llamas, la cual, penetrando hasta lo mas hondo del pecho de

los dos danzadores, concluyó por hacer que se dejaran caer, jadeando y delirando casi, sobre un canapé que cerca de ellos habia.

Cuando Hoffmann despertó á la mañana siguiente, vió que era de dia; uno de esos pálidos dias de los inviernos de París, que hacia deslizar su claridad naciente, á través de los vidrios de la ventana, hasta el mismo canapé, pues ya sabemos que la cortina habia sido arrancada por el jóven. Miró en torno de sí, ignorando donde se encontraba, y sintió que una masa inerte pesaba su brazo izquierdo; volvióse del otro lado, y reconoció, acostada á su lado, no á la hermosa bailarina de la Opera, sino á la descolorida muger de la plaza de la Revolucion.

Entonces lo pasado tornó á presentarse en la memoria de Hoffmann: retiró, de debajo de aquel cuerpo tieso, su brazo helado, levantóse, y, notando que aquel cuerpo permanecia inmóvil, cogió un candelabro en el cual todavia ardian cinco bugias, y á la doble luz de la aurora y de las bugias apercibióse de que Arsenia yacia sin movimiento, sin color, y con los ojos cerrados.

La primera idea que asaltó al jóven, fué la de que la fatiga habia sido mas fuerte que el amor, que el deseo y la voluntad de Arsenia, y que esta se habia desvanecido; cogió una de sus manos, la mano estaba helada: buscó los latidos de su corazon, el corazon de la bolera ya no latia.

Entonces un pensamiento horrible cruzó por la mente de Hoffmann: tiró con fuerza del cordon de la campanilla, que se hizo pedazos entre sus manos, y en seguida, dirigiéndose atropelladamente hácia la puerta, la abrió y bajó la escalera, gritando conforme bajaba.

—¡Socorro! ¡socorro! ¡socorro!...

Un hombrecillo vestido de negro subia á la sazón por la misma escalera, y alzò la cabeza. Hoffmann lanzó un grito: acababa de reconocer al médico de la Opera.

—¡Ah! ¿sois vos, querido señor? dijo el doctor reconociendo á su turno á Hoffmann; ¿qué sucede? ¿qué significa todo este estrépito que armais?

—¡Oh! venid, venid, suplicó Hoffmann sin pararse á explicar al médico lo que esperaba de él, creyendo que la vista de Arsenia inanimada haría mas efecto al doctor que cuantas palabras pudiese pronunciar; ¡venid!

Y le llevó, ó mas bien le arrastró á la sala.

En seguida, empujándole con una mano hácia el canapé, en tanto que con la otra sostenia el candelabro, que aproximó al rostro de Arsenia.

—Ahora, mirad, díjole nuestro alemán.

Pero, muy al contrario de parecer sorprendido, contestó el médico:

—¡Ah! ¿conque habeis rescatado ese cuerpo, á fin de que no se pudiese en la fosa comun...? ¡Perfectamente, jóven, perfectamente!

—Ese cuerpo rescatado... la fosa comun... murmuró Hoffmann. ¿Qué quereis decir? ¡Oh, Dios mio!

—Digo que la pobre Arsenia, arrestada ayer á las ocho de la mañana, fué juzgada á las dos de la tarde, y ejecutada á las cuatro.

Hoffmann creyó volverse loco, y agarró al doctor por la garganta.

—¡Ejecutada ayer á las cuatro....! barbotó con sorda voz; ¡Arsenia muerta...!

Y prorumpió en una carcajada; pero en una carcajada tan estraña, tan estridente, tan poco parecida á todas las modulaciones de la risa humana, que el doctor fijó en él una mirada de asombro.

—¡Qué! ¿dudas? le preguntó.

—¡Cómo...! exclamó Hoffmann; ¡si dudo...! Si tal: con ella he cenado, valsado y dormido esta noche pasada.

—Entonces, lo que sucede en un caso estraño, que yo consignaré en los anales de la medicina, dijo el médico; y vos firmareis el proceso verbal, ¿no es esto?

—No... yo no puedo firmar, porque estoy dispuesto á desmentiros, y juraré que eso es imposible, que eso no es verdad...

—¡Ah! ¿pensais que mis palabras no son verdad?... inter-

rumpió el doctor; y me lo decís á mí, médico de las prisiones á mí, que he hecho cuanto pude para salvarla, sin conseguir mi deseo; á mí, que le he dado un ¡adios! al pié de la carreta. ...! ¡Estad atento!

Y el médico estendió el brazo, apretó el pequeño resorte de diamantes, que servía de broche al collar de terciopelo, y trajo el collar hácia sí.

Hoffmann prorrumpió en un terrible alarido: cesando de estar sostenida por el único lazo que la mantenía derecha sobre los hombros, la cabeza de la ajusticiada rodó desde el canapé al piso, y no se detuvo hasta que tocó en los piés de Hoffmann, como el tizon no se habia detenido hasta tropezar con los de Arsenia.

El joven dió un salto hácia atrás, y se precipitó por las escaleras, exclamando, ó mejor dicho ahullando:

—¡Me he vuelto loco!!!

Asunción, de la cual se había hecho un cuerpo de guardia. Y allí comprendió Hoffmann el peligro real que corría: unos le tenían por aristócrata, que atravesado corría por la ciudad, á guisa de kázar mas presto la frontera; otros veían en él al le de Pitt y de Coburgo; No estaba dentro de la ciudad: «Al tal con él!» lo que no era muy alegre que digamos. Y por el contrario, algunos vocaban: «Al tribunal revolucionario!» lo cual era menos alegre todavía. Todavía más volver sano y salvo del tribunal revolucionario, nunca.

Entonces Hoffmann procuró explicar cuanto le había acaecido desde la vigilia por la noche. Contó que había jugado y ganado. Contó como, con los bolsillos llenos de oro, se había encaminado á la casa de Hannever; cómo la mujer que el poeta iba ya no había allí; cómo, bajo el imperio de la pasión que le abrasaba, había recorrido las calles de París; cómo, al pasar por la plaza de la Revolución, había hallado á aquella mujer sentada el pie de la guillotina; cómo había sido conducido por ella á un hotel de la calle de San Honorato, y como una vez en el hotel, había estrechado á un joven en sus brazos no solo á una mujer muerta, sino á una mujer decapitada.

Un hotel de la calle de San Honorato.-Conclusion.

De pronto, uno de los asistentes advirtió esta luminosa op-
La exclamacion de Hoffmann nada tenia de exagerada: ese débil tabique que separa la imaginacion de la locura, y que, en el poeta, á causa del continuo ejercicio de sus facultades cerebrales, á menudo parece á punto de romperse, cruja en la cabeza del jóven con el ruido de un paredon que se agrieta.

Pero, en la época de que hablamos, no se corría largo rato por las calles de París sin decir el motivo: los parisienses eran muy curiosos allá por el año de gracia de 1793; y, cuantas veces un hombre pasaba corriendo, otras tantas se detenia á este hombre, para saber detrás de quien corría, ó quien corría detrás de él.

Hoffmann, por lo tanto fué detenido frente á la iglesia de la

Asuncion, de la cual se habia hecho un cuerpo de guardia, y fué conducido á presencia del gefe del puesto.

Allí comprendió Hoffmann el peligro real que corria: unos le tenian por aristócrata, que atravesaba corriendo la ciudad, á fin de ganar mas presto la frontera; otros gritaban: «¡Al agente de Pitt y de Coburgo! No faltaba quien clamase: «¡Al farol con él!» lo que no era muy alegre que digamos. Y por el contrario, algunos voceaban: «¡Al tribunal revolucionario!» lo cual era menos alegre todavia. Podia uno volver sano y salvo del farol; del tribunal revolucionario, nunca.

Entonces Hoffmann procuró esplicar cuanto le habia acaecido desde la víspera por la noche. Contó que habia jugado y ganado. Contó como, con los bolsillos llenos de oro, se habia encaminado á la calle de Hannover; cómo la muger que él buscaba ya no habitaba allí; cómo, bajo el imperio de la pasion que le abrasaba, habia recorrido las calles de París; cómo, al pasar por la plaza de la Revolucion, habia hallado á aquella muger sentada al pié de la gillotina; cómo habia sido conducido por ella á un hotel de de la calle de San Honorato, y como una vez en el hotel, habia estrechado el jóven en sus brazos no solo á una muger muerta, sino á una muger decapitada.

Todo esto era bastante inverosímil; así que, el relato de Hoffmann mereció poca fé; los mas fanáticos por la verdad gritaron: «¡mentira!» los mas moderados gritaron: «¡locura!»

De pronto, uno de los asistentes aventuró esta luminosa observacion:

«No habeis pasado, decid, la noche en un hotel de la calle de San Honorato?»

—Sí.

—¿No habeis cenado y dormido con la muger, cuya cabeza rodando hasta vuestros pies, os ha causado ese espanto de que érais presa cuando os detuvimos?

—Sí.

—¡Pues bien! busquemos el hotel: ya no se encontrará el oro segun las mayores probabilidades; pero si la muger.

—Eso es! gritaron todos; ¡busquemos, busquemos!

Hoffmann hubiera querido, de buena gana, no hacer tal; pero fuerza le fué acatar la inmensa voluntad resumida en torno de él en esta palabra: «¡busquemos!»

Salió, pues, de la iglesia, y continuó descendiendo la calle de San Honorato, con objeto de señalar el hotel.

No era larga la distancia que mediaba entre la ex-iglesia de la Asunción y la ex-calle Real, y sin embargo, por mas que miró y remiró Hoffman, descuidadamente primero, con mas fijeza luego, y con firme propósito de hallar despues, nada halló que le recordase el hotel donde habia entrado el vispera, donde habia pasado la noche, y del cual acababa de salir. A semejanza de esos palacios de hadas, que se desvanecen cuando el tramoyista ya no tiene necesidad de ellos, el hotel de la calle de San Honorato habia desaparecido en seguida que la escena infernal, que hemos tratado de describir, habia sido representada.

Esto no satisfacía, como nuestros lectores comprenderán, á los curiosos que acompañaban á Hoffmann y que querían absolutamente una solucion cualquiera á lo que sucedía; empero, esta solucion no podia ser otra que el descubrimiento del cadáver de Arsenia, ó bien el arresto de Hoffman, detenido como sospechoso.

Y como no se daba con el cuerpo de Arsenia, determinóse prender á Hoffman; mas, cuando de prenderle se trataba, diviso este en la calle al hombrecillo enlutado; y llamólo en su ayuda, invocando su testimonio acerca de la verdad del caso que acababa el jóven de narrar.

La voz de un médico ejerce siempre una gran influencia sobre la multitud; así que, manifestó su profesion, y le dejaron acercarse á Hoffman.

—¡Ah! ¡pobre jóven! dijo asiéndole de una mano, so pretexto de tomarle el pulso, pero en realidad para aconsejar al poeta, por medio de una presion particular, que no le desmintiese; ¡pobre jóven.... se ha escapado!

—¡Escapado! ¿de dónde? ¿cómo? exclamaron en coro veinte voces.

—Escapado...! ¿de dónde? preguntó Hoffmann, que no quería aceptar este medio de salvación que le ofrecía el doctor, pues lo consideraba humillante.

—¡Voto á sanes! dijo el médico; si tal... escapado del hospicio.

—¡Del hospicio...! repitieron las mismas voces de antes; ¿y de cuál?

—Del hospicio de locos.

—¡Ah! ¡doctor, doctor! murmuró Hoffmann; ¡basta de broma!

—¡Pobre diablo! exclamó el doctor, figurándose no escuchar á Hoffmann; habrá perdido en el cadalso alguna querida, y...

—¡Oh! sí, sí, dijo Hoffmann; yo la amaba mucho, aunque no tanto como á Antonia.

—¡Infeliz muchacho! exclamaron varias mugeres que se hallaban presentes, y las cuales comenzaban á condolerse de Hoffmann.

—Desde entonces, continuó el doctor, este joven es presa de una alucinación terrible: cree jugar, y ganar... Cuando ha jugado y ganado, cree que puede poseer á la que ama; luego, con su oro, cruza á la correría las calles; después encuentra á una mujer, acurrucada al pie de la guillotina; mas tarde, la lleva á un magnífico palacio, á alguna espléndida fonda, donde pasan la noche bebiendo, cantando y bailando. Caen en brazos uno de otro, rendidos de cansancio, y por último, á la mañana siguiente la encuentra difunta. ¿No es esto lo mismo que os ha contado?

—Sí, sí, gritó la multitud; palabra por palabra.

—¡Y bien, dijo Hoffmann, con la mirada centellante; ¿direis vos que esto no es cierto... vos, doctor, cuando sois quien abrió el broche de diamantes que cerraba el collar de terciopelo? ¡oh! algo debí haber sospechado, al ver que el vino de Champagne se filtraba por debajo del collar; al ver rodar un tizon inflamado en lugar de ser quemado por la brasa; ni mas ni menos que si los piés de Arsenia fuesen los de la muerte.

—Ya lo veis, ya lo veis, dijo el doctor con mirada henchida de piedad y con lastimera voz; hé aquí que la locura vuelve á atacarle.

—¡Cómo...! ¡la locura! exclamó Hoffmann; ¡cómo! ¿osais decir que todo eso no es cierto, que yo no he pasado la noche con Arsenia, y que ésta no fué guillotizada ayer? ¿osais decir que su collar de terciopelo no era lo único que retenia su cabeza sobre los hombros? ¿osais decir que, cuando vos habeis abierto el broche y quitado el collar, la cabeza no rodó por la alfombra?... Vamos, doctor, vamos; bien sabeis que cuanto estoy diciendo es la pura verdad.

—Amigos míos, dijo el doctor, estais perfectamente convencidos ahora, ¿no es verdad?

—Sí, sí, gritaron las cien voces de la multitud.

Los circunstantes que no contestaron, movieron melancólicamente la cabeza, en muestra de adhesión.

—¡Y bien! entonces, dijo el doctor, haced avanzar un fiacre, á fin de que yo torne á conducir á este jóven allá.

—¿A dónde? gritó Hoffmann; ¿á dónde quereis llevarme?

—¿A dónde?... respondió el doctor; á la casa de locos, de la cual habeis huido, mi buen amigo.

Y luego en voz queda,

—¡Dejadme obrar, voto á sanes! añadió el doctor; de lo contrario, no respondo de vos. Estas gentes creerían que os habeis estado burlando de ellas, y os despedazarían.

Hoffmann exhaló un suspiro, y dejó caer sus brazos á lo largo de ambos costados.

—Ved, dijo el doctor, dirigiéndose á la turba; hélo ahora manso como un cordero. Ya ha pasado la crisis... Así, amigo mio, así.

Y el doctor pareció calmar á Hoffmann, como se calma á un caballo indómito, ó á un perro encolerizado.

Mientras tanto, algunos de los presentes habian detenido un fiacre, y habian hecho que se aproximase.

—Subid aprisa, dijole el médico á Hoffmann.

Hoffmann obedeció; todas sus fuerzas se habian agotado en la lucha anterior.

—¡A Bicetrel ordenó en voz alta el doctor, subiendo al coche en pos de Hoffmann.

Y en seguida, apagando el habla, le preguntó al jóven:

—¿Dónde quereis echar pié á tierra?

—Junto al Palacio-Igualdad, articuló penosamente Hoffmann.

—En marcha, cochero, gritó el doctor.

Tras esto, saludó á la multitud.

—¡Viva el doctor! vocearon todos los circunstantes.

Preciso es que las turbas, cuando están bajo el imperio de una pasion, griten que viva ó que muera alguien.

Llegados al Palacio-Igualdad, el doctor hizo parar el fiacre.

—Adios jóven, dijo el médico á Hoffmann; si quereis creerme, partid al punto para Alemania; no es á propósito la Francia para hombres que tienen una imaginacion como la vuestra.

Y empujó fuera del carruage á Hoffmann, quien, aturdido todavia de resultas de lo que acababa de sucederle, dió á andar derechamente hácia una carreta, que rodaba en direccion inversa á la que seguia el fiacre, y hubiera sido atropellado á no retenerle un jóven en sus brazos, á tiempo que el carretero hacia un esfuerzo para detener los caballos.

El fiacre continuó su camino.

Los dos jóvenes, el que habia estado á pique de estrellarse, y el que habia impedido tal catástrofe, prorumpieron á una en la siguiente exclamacion.

—¡Hoffmann!

—¡Werner!

Luego, viendo el estado de atonía en que se hallaba su amigo, llevólo Werner al jardin del Palacio-Real.

Entonces el recuerdo de cuanto habia pasado tornó mas vivamente á la memoria de Hoffmann, el cual se acordó del medallon de Antonia, dejado como prenda en casa del cambista alemán.

Nuestro jóven lanzo un grito de angustia, pensando que ha-

bía vaciado todos sus bolsillos encima de la mesa de mármol del hotel; pero, al punto mismo, acordóse de que había puesto tres luises aparte, en un bolsillo reservado, á fin de poder des-
empeñar el medallon.

El bolsillo había guardado fielmente su depósito; los tres luises estaban encerrados en él.

Hoffmann se desasíó de los brazos de Werner, gritándole: —¡Aguárdame!—Y alejóse en direccion de la tienda del cambiador.

A cada paso que daba, parecíale que salía de entre espesos vapores, y que avanzaba á través de nubes de cada vez mas diáfanas, acercándose á una atmósfera serena y resplandeciente.

A la puerta de la tienda del cambiador, se detuvo para tomar aliento; la antigua vision, la vision de la noche, casi había desaparecido.

Respiró un instante á sus anchas, y por fin entró.

El cambista estaba en su puesto: las cajillas de cobre seguían en su sitio.

Al ruido causado por la llegada de Hoffmann, el cambiador alzó la vista.

—¡Ah! ¡ah! exclamó; ¿sois vos, mi jóven compatriota? Yo no contaba con volveros á ver.

—Presumo que no me decis eso por haber dispuesto del medallon, dijo Hoffmann.

—No, puesto que prometí guardároslo; y aunque me hubiesen dado veinticinco luises en lugar de tres, que vos me estais adeudando, el medallon no hubiera salido de mi tienda.

—Tomad los tres luises, dijo tímidamente Hoffmann; pero os confieso que nada me resta para pagaros los intereses.

—¡Los intereses de una noche...! dijo el cambista; vamos, os chanceais. ¡Los intereses de tres luises por una noche, y á un compatriota...! ¡Nunca!

Y devolvióle el medallon.

—Gracias, caballero, dijo Hoffmann; y ahora, continuó exhalando un hondo suspiro, voy á buscar dinero con objeto de ponerme en camino para Manheim.

—¡Para Manheim!... exclamó el cambista; ¡oiga! sois vos de Manheim?

—No señor, no soy de Manheim; pero habito en esa ciudad. en ella me aguarda mi novia, y regreso á Manheim para casarme con ella.

—¡Ah! pronunció el cambiador.

Y luego, cuando ya el jóven tenia una mano sobre el pestillo de la puerta,

—¿Conoceis en Manheim, le dijo el cambiador, á un anciano amigo mio, á un músico viejo?

—¿Llamado Gottlieb Murr?... preguntó Hoffmann.

—¡Justamente! ¿Le conoceis?

—¡Si le conozco...! Yo lo creo, puesto que la hija de él es mi novia.

—¡Antonia! exclamó á su vez con sorpresa el cambiador.

—Sí, Antonia, afirmó Hoffmann.

—¿Cómo, jóven...! ¿Para casaros con Antonia os ibais á poner en camino para Manheim?

—Sin duda.

—Pues en este caso quedaos en París; hariais un viaje inútil.

—Explicaos.

—Hé aquí una carta de su padre, acabada de recibir, en la cual me anuncia que ocho dias há, á las tres de la tarde, Antonia murió de repente, cuando estaba tocando el arpa.

Era cabalmente el dia en que Hoffmann habia ido á casa de Arsenia: era cabalmente la hora en que el jóven habia posado sus labios sobre uno de los desnudos hombros de la bailarina.

Hoffmann, pálido, trémulo, aterrado, abrió el medallon para llevar la imágen de Antonia á sus labios; pero el marfil se ha-

bia quedado tan blanco y tan puro, como si estuviese virgen todavía del pincel de artista.

Nada restaba de Antonia á Hoffmann, dos veces infiel á su juramento, ni aun el retrato de la muger á la cual habia él jurado un amor eterno.

Do s horas despues, Hoffmann, acompañado de Werner y del buen cambista, subia al carruage de Manheim, á cuya ciudad llegó á tiempo para acompañar al cementerio el cuerpo de Gottlieb Murr; quien habia recomendado, en la hora de la muerte, que se le enterrase al lado de su querida Antonia.

FIN.

INDICE.

Cap.		pág.
I.	El Arsenal	3.
II.	El Arsenal.—Continuacion	12.
III.	El Arsenal.—Continuacion	24.
IV.	El Arsenal.—Conclusion	34.
V.	La familia de Hoffmann	45.
VI.	Un enamorado y un loco	52.
VII.	El maestro Gottlieb Murr	62.
VIII.	Antonia	74.
IX.	El juramento.	82.
X.	Una barrera de Paris en 1793.	92.
XI.	De como las Bibliotecas y les Museos estaban cerrados, pero de como la plaza de la Revolu- cion estaba abierta	103.
XII.	El Juicio de París	112.
XIII.	Arsenia.	121.
XIV.	La segunda representacion del Juicio de París.	133.
XV.	El fumadero	143.
XVI.	El retrato.	152.
XVII.	El tentador	161.
XVIII.	El número 113.	169.
XIX.	El medallon	180.
XX.	Un hotel de la calle de San honorato.	189.
XXI.	Un hotel de la calle de San Honorato.--Conclusion.	201.

1	El hotel de la calle de San Francisco	103
II	El hotel de la calle de San Francisco	113
III	El hotel de la calle de San Francisco	121
IV	El hotel de la calle de San Francisco	133
V	El hotel de la calle de San Francisco	143
VI	El hotel de la calle de San Francisco	153
VII	El hotel de la calle de San Francisco	161
VIII	El hotel de la calle de San Francisco	169
IX	El hotel de la calle de San Francisco	179
X	El hotel de la calle de San Francisco	189
XI	El hotel de la calle de San Francisco	201
XII	El hotel de la calle de San Francisco	203
XIII	El hotel de la calle de San Francisco	213
XIV	El hotel de la calle de San Francisco	221
XV	El hotel de la calle de San Francisco	233
XVI	El hotel de la calle de San Francisco	243
XVII	El hotel de la calle de San Francisco	253
XVIII	El hotel de la calle de San Francisco	261
XIX	El hotel de la calle de San Francisco	269
XX	El hotel de la calle de San Francisco	279
XXI	El hotel de la calle de San Francisco	289
XXII	El hotel de la calle de San Francisco	291

